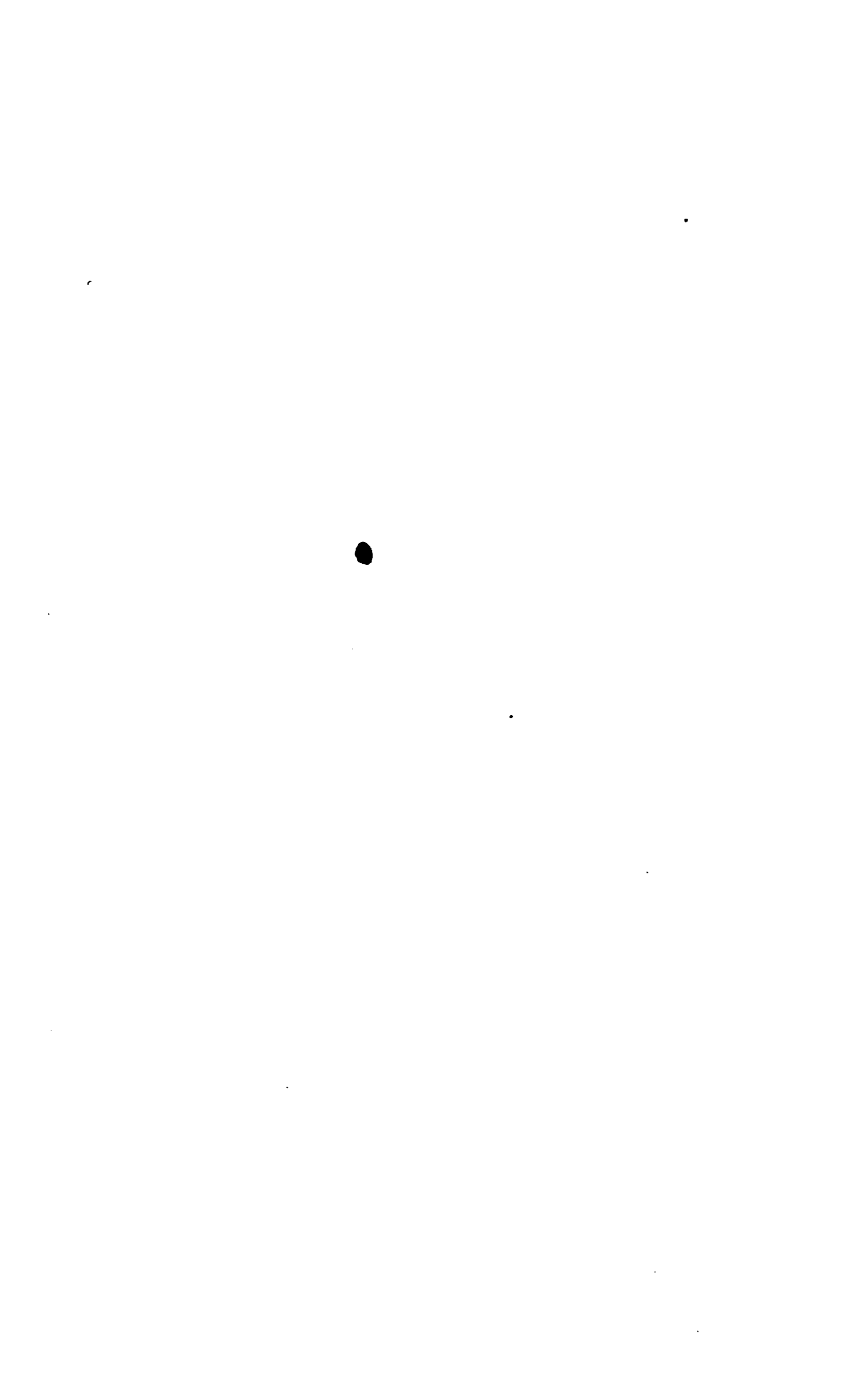
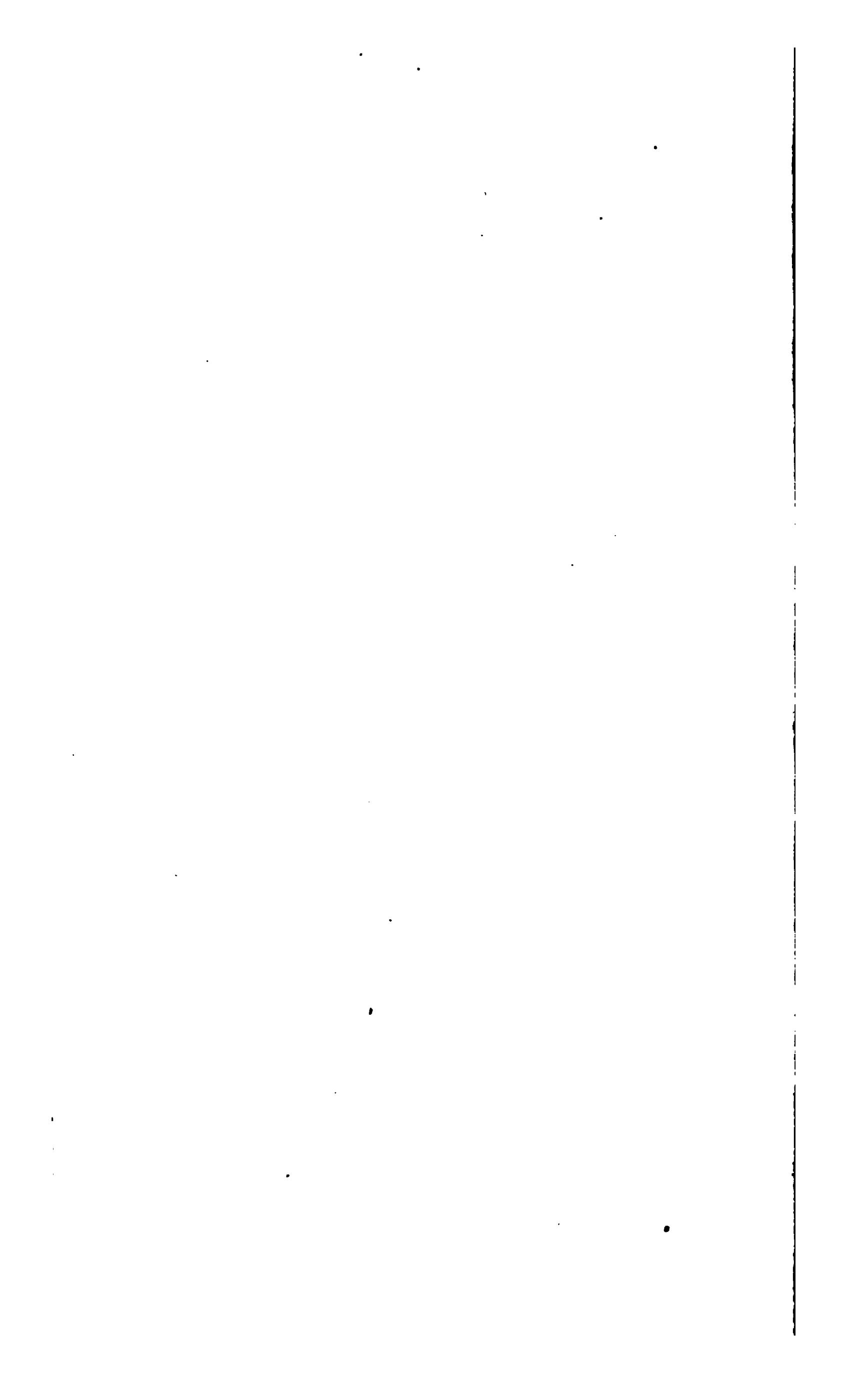
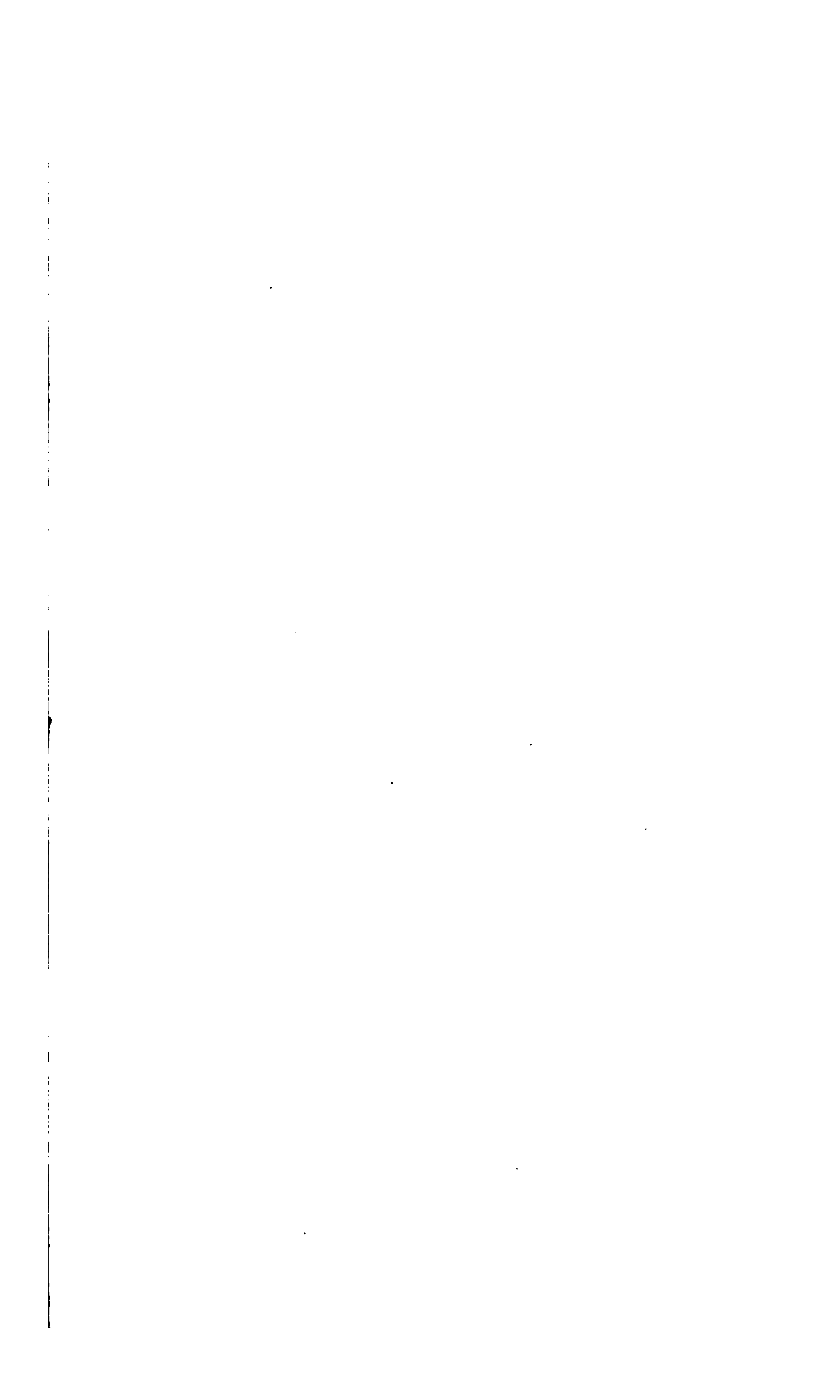
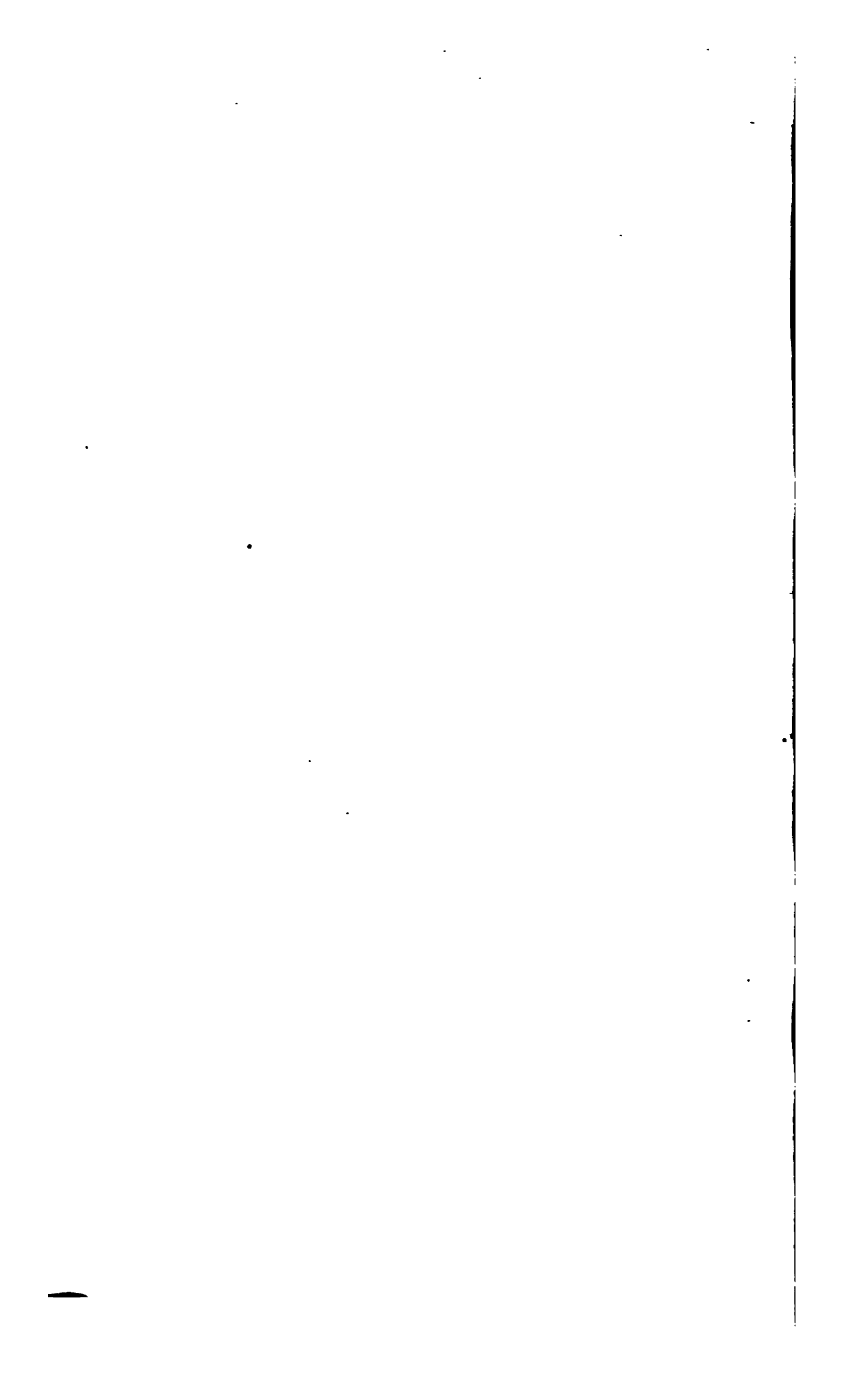








A. GIL DE SANTIVAÑES

POESÍAS INÉDITAS

CON UN PRÓLOGO

POR

DON ÁNGEL ARENAS

Y UNA CARTA

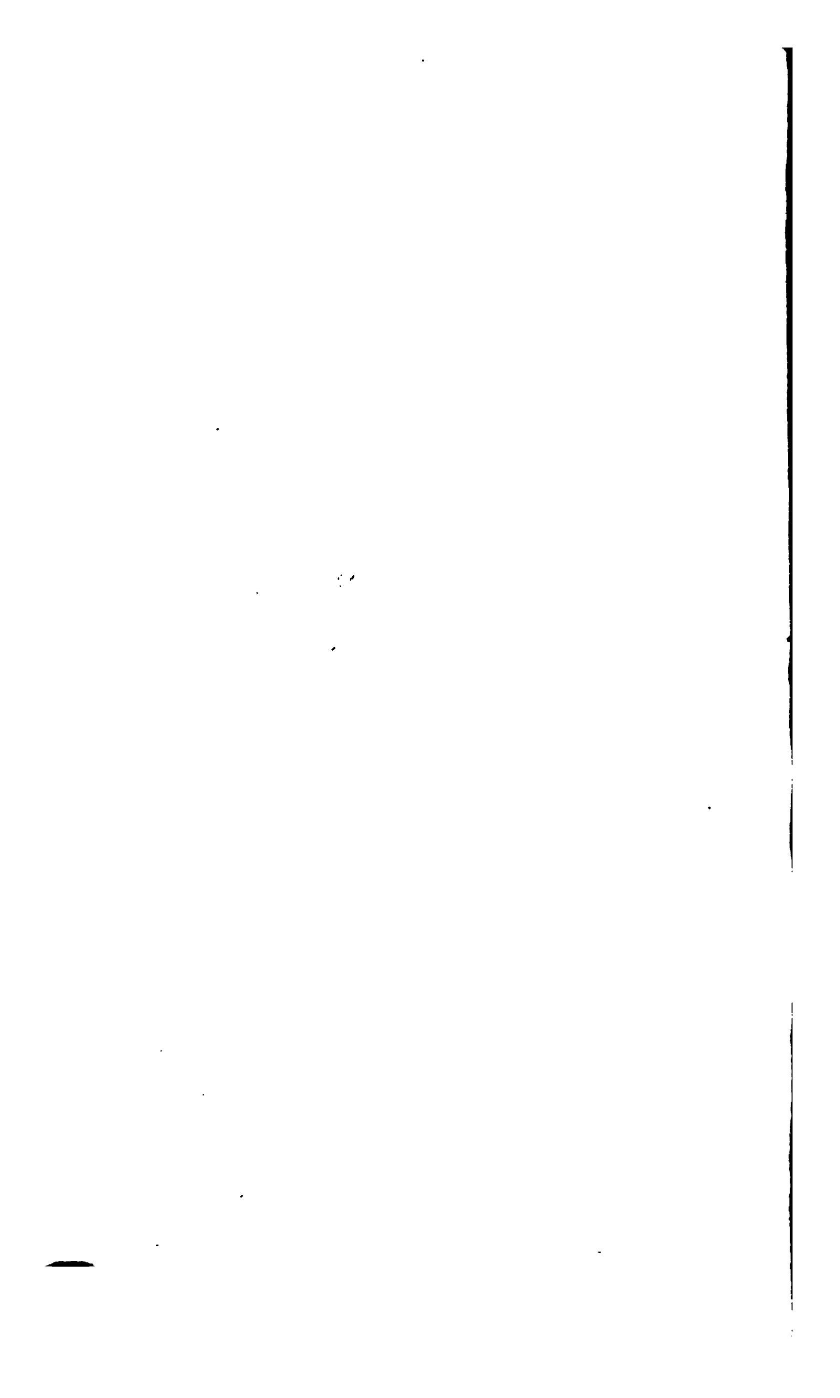
DE

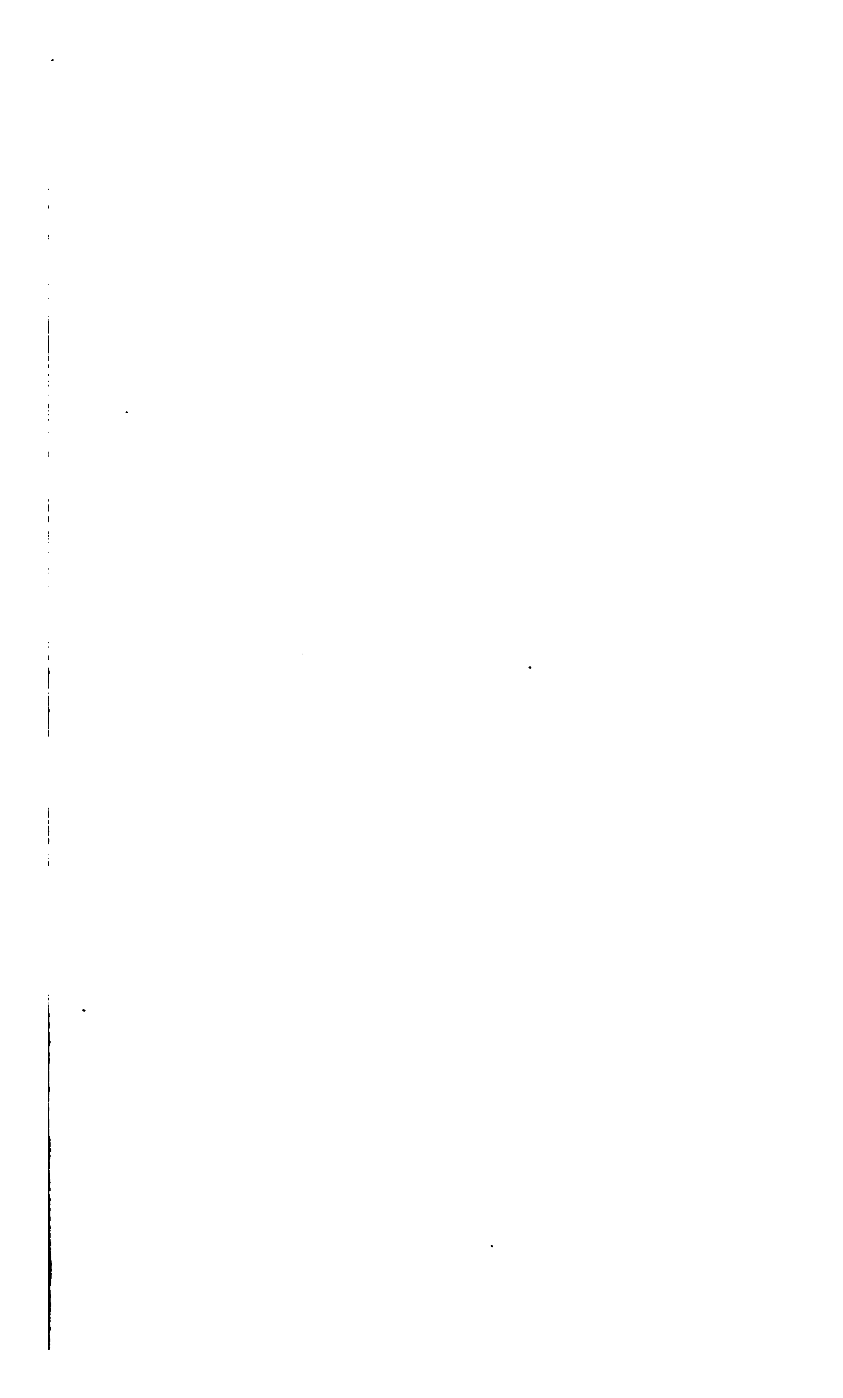
DON JOSÉ ECHEGARAY

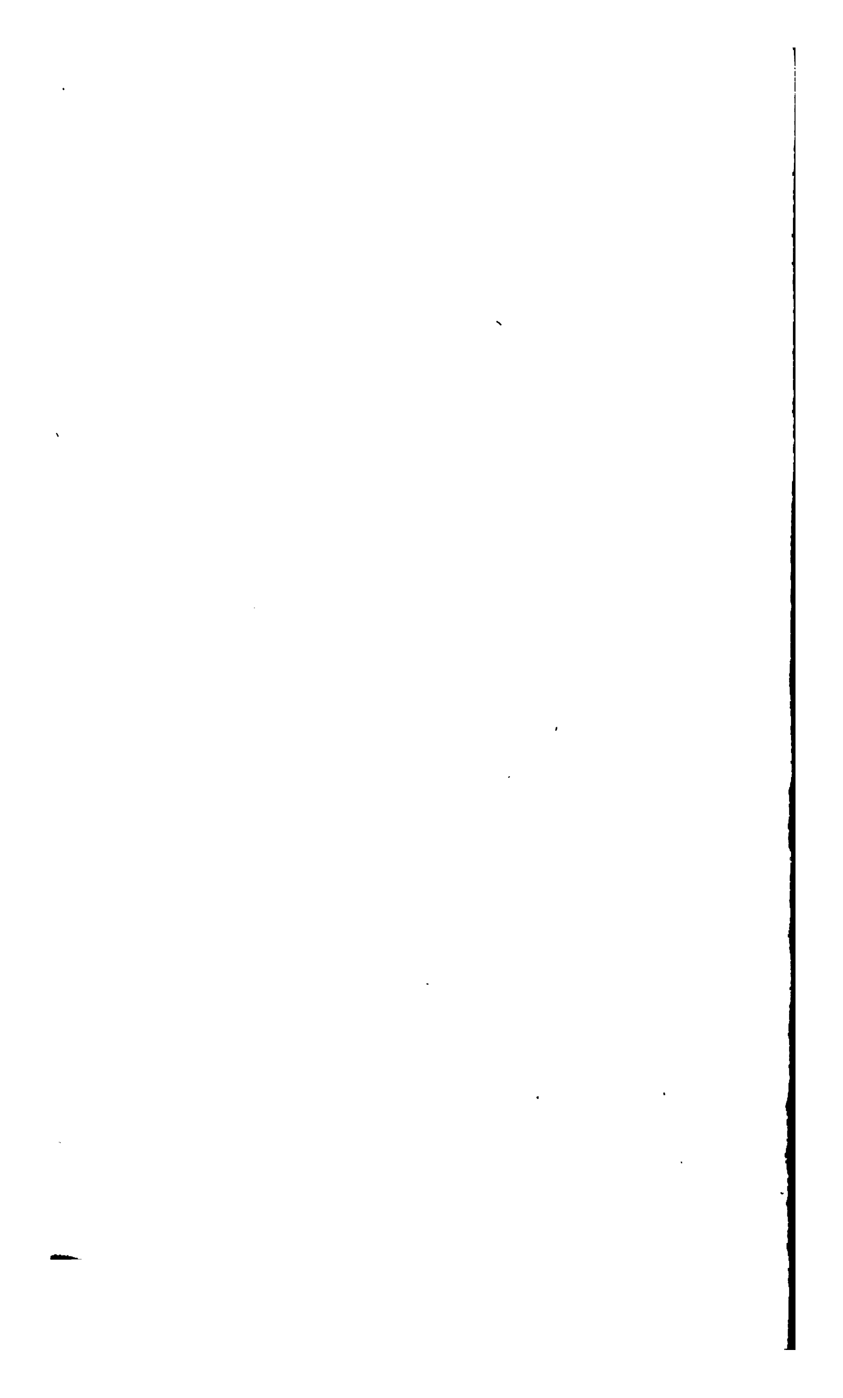


MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ M. DUCAZCAL
Plaza de Isabel II, núm. 6.

1885

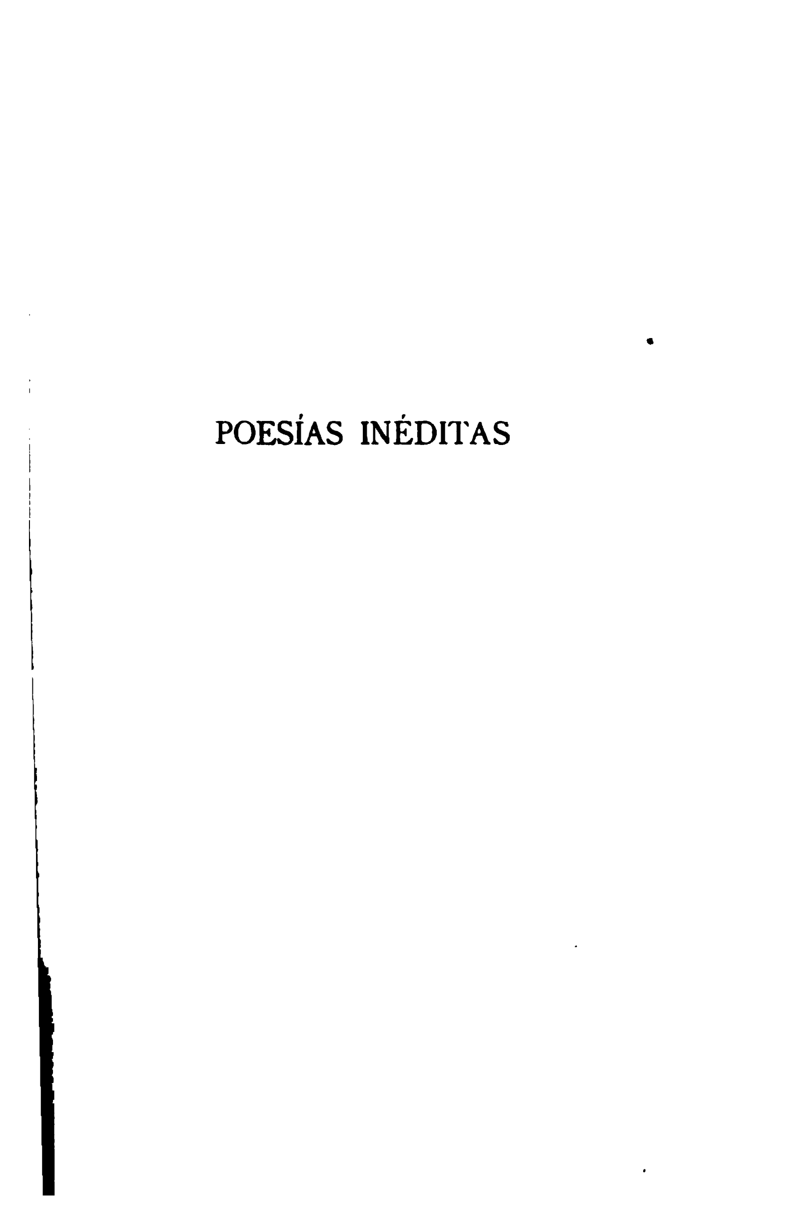




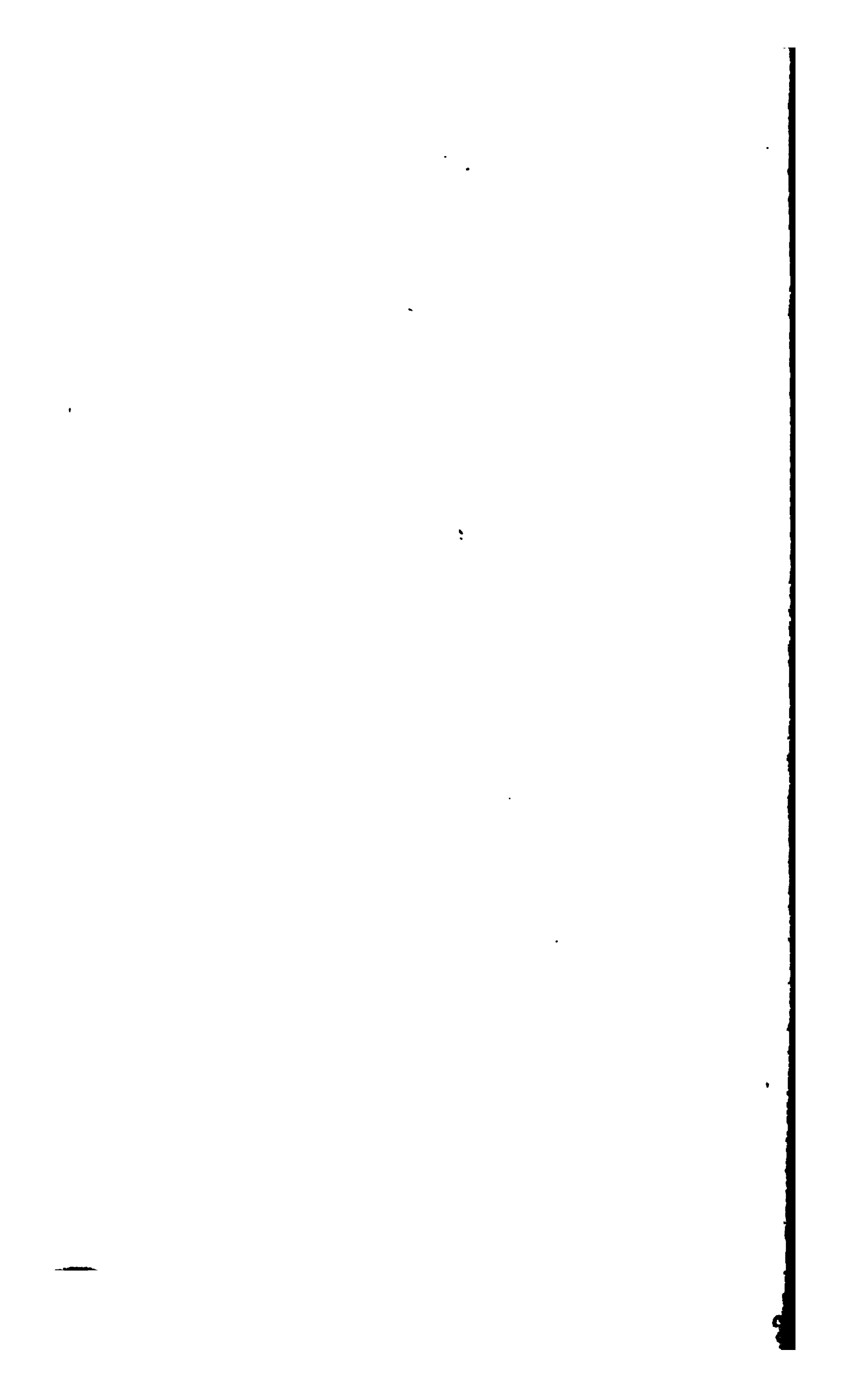




ARTURO GIL DE SANTIVAÑES.



POESÍAS INÉDITAS



ARTURO GIL DE SANTIVAÑES

POESÍAS INÉDITAS

CON UN PRÓLOGO

POR

DON ÁNGEL ARENAS

Y UNA CARTA

DE

DON JOSÉ ECHEGARAY



MADRID

IMPRENTA DE JOSÉ M. DUCAZCAL

Plaza de Isabel II, núm. 6.

1885

PRÓLOGO

I. Proemio del prólogo.—El prólogo de estas Poesías corresponde al epílogo del poeta. Se han escrito ante una tumba que iba á abrirse, y el prólogo se escribe ante una tumba que acaba de cerrarse. De aquí la dificultad de escribir esto que llamaremos *Prólogo*, dificultad que aumenta al tratarse de cantos inéditos, de una obra que nace y de un autor que muere; de una obra, en fin, que necesita prólogo, porque muchas veces el prólogo de una obra es el epílogo de una vida.

Tiempo há que ese autor—cuesta trabajo el escribir su nombre cuando anublan las lágrimas los ojos—publicó un libro, intitulado Poesías; pero aquel libro nació, como todo lo que nace, cuando debía nacer, y en él nada faltaba: la lectura que engendra el consejo; el consejo que hace concebir la corrección; la lima que pule lo que la pluma escribe. El libro agradó. Las Poesías estaban impregnadas de verdadera poesía. Hay algo en estos ecos del sentimiento y la pasión que es invulnerable ante la más severa crítica, y el libro fatalmente había de agradar. Santivañes nació y murió poeta,

y hay en la vida de sus obras, hay en las obras de su vida, una poesía que no acaba: muchas veces la poesía del amoroso idilio; muchas más la de la elegía dolorosa.

Pero este libro inédito no puede compararse al que dió á luz. Ni la lectura dictó el consejo, ni el consejo elaboró la corrección, ni en la corrección pueden verse las huellas de la lima. Remitimos al lector á lo que decimos en la *Vida del poeta* (Biografía), principalmente en el amor de su historia, que denominamos *La Historia de unos amores*, y que es la piedra angular, ó tal vez la clave de su obra.

Pero adelantar una idea puede ser retroceder en nuestro fin. No adelantemos las ideas, para proceder con método; que estamos en el proemio del prólogo—los extremos se tocan—fronterizo del final del epílogo.

II. Biografía.—Inútil es el escribirla. Santivañes es contemporáneo. La tierra de su sepultura está todavía humedecida con las lágrimas de sus amigos; las coronas que allí han depositado no se han ajado aún; y no ha de ser menos perenne que esa corona y esas lágrimas el recuerdo que su muerte despierta de su vida.

Hay otra razón que hace inútil el escribir su biografía: el poeta la ha narrado en sus obras, y, donde no la ha narrado, la ha reflejado en sus poesías, principalmente subjetivas. Es una fotografía formada en la cámara oscura de la pasión y el sentimiento. Quien lea las poesías, leerá al hombre; quien conozca la fotografía, conocerá al poeta; las fechas, los recuerdos, los pensamientos, los asuntos de sus obras, son las fechas, los recuerdos, los pensamientos, los asuntos de su vida.

Léala, quien quiera saberla, en sus composiciones, que, como los mejores documentos históricos, no se escribie-

ron para escribir la historia. Podrá parecer un tanto abultada, exagerada, como toda esperanza, toda queja, toda ilusión, toda desgracia reflejada en el espejo de la pasión. Nada importa que la imágen se reproduzca en espejos cóncavos ó convexos: el hombre, y, sobre todo, el corazón, es siempre el mismo.

Es obvio que, aun reflejada fielmente en sus obras, no se hallan en ella ciertos detalles de su vida; y á esos detalles nos referimos al afirmar, como afirmamos, que lo que se llama *Biografía* puede hacerse en poquísimas palabras, máxime cuando la mano que hojée estas composiones tal vez habrá estrechado muchas veces la mano del autor. Búsquese, pues, la *Biografía*, en la *Bibliografía:* la vida en las obras.

Apuntemos, esto no obstante, que en ellas influyeron no poco algunos estados de su vida. Santivañes fué, entre otras cosas, agregado á la Embajada en Roma, y es claro que su estancia allí, donde las grandezas de la religión tienen todas las bellezas del arte, y donde las bellezas del arte tienen todas las grandezas de la religión, influyó para escribir la vida de su sentimiento con todo el sentimiento de su vida. Y, como ese suceso, influyeron otros muchos, porque, excepción que confirma la regla, el poeta era *afortunado* y podía viajar á regiones muy diferentes de las regiones de lo ideal, y hasta sus viajes, como otros mil sucesos, influyeron en la inspiración y elaboración de sus composiciones.

Sabido es que Santivañes militaba en el partido más avanzado en que, dados sus justificados antecedentes y sus más solemnes compromisos, podía militar. Amaba la libertad y el progreso como él sabía amar: con corazón apasionado, con culto fervoroso. Pudo llegar, en una época en que se improvisaban las carreras y en que los más pequeños se

hacían ver en las más encumbradas posiciones, á los puestos más elevados; pero, hombre de partido, iba tan sólo á donde al partido convenía, siguiendo su camino sin mancharse con el lodo de la ambición. El Distrito de la Audiencia le nombró su representante en el Municipio, cargo que desempeñó con el mayor celo y la más noble lealtad.

Santivañes pudo brillar en el Foro, en el Parlamento, en mil partes; pero, amén de sus trabajos políticos, su vida se redujo á una larga serie de trabajos literarios, como apuntamos en nuestro artículo *Bibliografía*. Cultivó la poesía dramática, y principalmente la lírica, su género predilecto. Escribió mucho, porque amó mucho. Por esto afirmamos que en esas POESÍAS se refleja fielmente la vida del poeta.

No es frecuente que el hombre notable por su cuna ilustre y por su cuantiosa fortuna, que pudo escalar los más altos destinos y emprender los más lucrativos negocios, aspirase á ser más notable por sus obras literarias. Nobleza, fortuna, destinos, empresas, todo era para Santivañes menos querido que los versos, ejemplo pocas veces repetido en una Edad en que el *positivismo* es ley de vida y norma de conducta.

Mucho hubo de influir en Santivañes la série de desgracias que hirió su corazón apasionado. Perdió madre, esposa, un hijo, todos los séres más amados. Luchó con un amor imposible, según decimos en artículo aparte, y, según se desprende de sus obras, en larga lucha con una esperanza, terminó con la codiciada posesión..... Esas desgracias, esa lucha, esas esperanzas que creyó irrealizables, esa realidad que superó á sus esperanzas, inspiraron muchas, las mejores, composiciones de este libro.

Es, pues, tan difícil como ocioso acumular hechos para escribir su *Biografía*. Aún no se han borrado los recuerdos

de cuanto hizo en el periodismo, en su partido, en el Ayuntamiento de Madrid, en sus viajes, en su emigración; y uno de sus últimos hechos, patente de su amor á las glorias nacionales, es la estatua ó el grupo de *Isabel la Católica,* que se admira en la terminación del Paseo de la Castellana.

Había dos estatuas, cuya erección había reclamado la opinión ilustrada, y, por ende, la prensa, fiel barómetro de esa opinión, nunca de la opinión vulgar: nos referimos á la estatua del revelador del Nuevo Mundo, y á la de la reina que adivinó al revelador y realizó su profecía. Y este siglo que, por gloria suya, es en cierto modo el siglo de las reparaciones, de los centenarios y de las estatuas, ha erigido, no ya en su último tercio, sino en su ultimo cuarto, las de Cristóbal Colón é Isabel I, la del genovés ilustre, que no halló en toda Europa patria para su pensamiento, y la de la magnánima reina, que hizo hallase en España patria mayor que Europa.

Lo hemos dicho: reclamábanlo la opinión ilustrada y la prensa; y el Ayuntamiento de Madrid acordó la fundición de la estatua de Isabel I, en 26 de Abril de 1882, fecha que, con la de 4 de Agosto de 1492, se eslabona en la corona de joyas de nuestras glorias nacionales. Hay detalles que deben omitirse, por más que lo pequeño engrandece lo grande. Callamos, por tanto, mil detalles relativos al entusiasmo del entusiasta Santivañes, que, sin reparar en gastos, marchó á Roma, estudió modelos, visitó talleres, consultó artistas, hasta que se verificó la creación de la preciosa obra de D. Manuel Orns; y, aunque omitimos esto, diremos que la estatua se inauguró en 30 de Noviembre de 1883, época en que á Santivañes había llevado fuera de la patria la enfermedad que había de llevarle fuera de la vida.

Lo presentía y no lo podía temer.

Sus bienes sirvieron para remediar muchos males. Santivañes creía una especie de religión el hacer bien, y enjugó en silencio muchas lágrimas; en silencio, porque nunca se anunció su limosna, como la de los publicanos y los fariseos, y se escondió para hacer bien, como se esconde el que perpetra un crimen.

Santivañes tenía el presentimiento, la evidencia de una muerte temprana; presentimiento y evidencia que saturaba sus composiciones de tristeza y melancolía. Su vida fué muy corta. A los treinta y cuatro años fué víctima de una hemoptisis, muriendo con la filosófica resignación del que ha calculado los días de su vida, con la santa tranquilidad del que no cierra sus ojos ante las sombras aterradoras de un remordimiento.

El corazón de Santivañes fué tesoro de sentimiento y de pasión, de amor y caridad. Es muy difícil grabar una inscripción en el sepulcro de quien poseyó tan rico tesoro.

III. BIBLIOGRAFÍA.—Santivañes cultivó todos los géneros: lírico, épico, dramático; desde los amores sencillos del idilio hasta las pasiones borrascosas del drama. De todo hay muestras en este libro de POESÍAS INÉDITAS; y, aunque no pertenecía al número de autores que esbozan muchas obras, principian algunas, terminan pocas y dejan sin concluir las más, murió cuando iba á enriquecer sus leyendas con «La Loca de la playa;» y su teatro, con «El Nido vacío,» «El ladrón de su honra» y «Las apariencias.» Las Parcas tienen pocas atenciones con las Musas. Átropos terminó su obra, impidiendo que Talía acabase la suya.

He aquí una sucinta enumeración de sus obras dramáticas:

La comedia LOS DOS ALARCONES, en tres actos y en

verso, original del Sr. Santivañes, que fué representada en el Teatro Español en 6 de Febrero de 1875.

EN COLABORACIÓN:

Con D. Carlos Luis de Cuenca:

LA HERENCIA DE UN REY, drama en tres actos, original y en verso, que se representó en el Teatro del Circo el 30 de Noviembre de 1875.

Con D. Francisco Pérez Echevarría:

La comedia en tres actos y en verso, estrenada en el Teatro Español en 27 de Enero de 1876, titulada UNA BODA EN PALACIO;

El drama en tres actos y en verso, LUCHAS HERÓICAS, que se estrenó en el mismo Teatro á beneficio del actor D. Miguel Cepillo, en 27 de Marzo de 1877;

El drama en tres actos y en verso, EL PARAÍSO DE MILTON, que se estrenó en el Español, el 5 de Diciembre de 1878;

El drama representado por primera vez en el Español, en 14 de Octubre de 1879, titulado EL EJEMPLO;

La comedia SALDO DE CUENTAS, que se representó en el Teatro de la Comedia, en 11 de Marzo de 1879; y

La titulada LOS INFELICES, que se estrenó en el Teatro de la Alhambra, en 31 de Marzo de 1880.

A este brevísimo catálogo bibliográfico quisiéramos poder añadir innumerables trabajos de diferente índole, pero principalmente literarios y políticos, que, como los de tan-

tos otros autores, son de difícil colección, como hojas desprendidas del árbol del periodismo, que arrastra la febril actividad de nuestros días. Consignemos, ya que no podamos hacer más, que es realmente asombroso el número de sus escritos; más asombroso aún tratándose de un hombre que hasta el sepulcro consagró un culto fervoroso á la política, y que, desde la cuna, recibió favores constantes de la fortuna.

IV. Historia de este libro.—Quisiéramos, debiéramos decir algo acerca de la historia de este libro, antes de hablar del libro de esta historia. El asunto es difícil; y, sin embargo, este libro, como casi todos los libros, tiene su historia; una historia bastante para escribir un libro. Y ¿por qué?...

Hay que decirlo clara y concretamente: el libro inédito de Santivañes es la historia de cuanto ha amado, como si dijéramos, la historia de sus amores; del amor purísimo de su madre, del amor sagrado á sus hijos, del amor apasionado á una mujer; porque el amor llena toda el alma del poeta, toda su vida, hasta su muerte. Por esto el libro es la historia de su corazón más que la historia de su mente. Canta un sentimiento, un afecto, una pasión más que una idea, por más que no olvida su idea política, su idea religiosa, su idea filosófica, diseminadas como flores, engarzadas como perlas, en la corona de sus composiciones.

Sintetizamos, pues, nuestro pensamiento, diciendo: la historia de todo su amor es la historia de todo este libro; ó de otro modo: el libro de su amor es el libro de su historia.

Porque, en efecto, en él se refleja toda la existencia del poeta, comprendida desde la primera hasta la última fecha; y esas fechas son como jalones en la senda de su vida, como piedras miliarias en el camino de su historia. Y unas veces

la esperanza que sonríe; otras, la decepción que hiere; algunas, el desengaño que mata; las más, los años lentos del sufrir; muy pocas, los momentos fugaces del gozar, todo aparece en este libro, resúmen de las luchas de su corazón y de las tempestades de su mente.

Yá lo hemos dicho: ¿para qué narrar la vida del poeta, si su biografía está escrita en sus POESÍAS INÉDITAS? Todo el que conozca la vida del poeta la hallará escrita en su libro; todo el que conozca su libro hallará escrita la vida del poeta.

De aquí la utilidad de la publicación del libro. Tributo debido á los talentos del autor, corona de su gloria póstuma, su publicación es una deuda contraída por los admiradores, avalada por los amigos, aceptada por todos los séres queridos del poeta: es una deuda de perlas pagada con lágrimas.

Digamos, ya que hablamos del pago de esta deuda, que haríamos interminables estas páginas citando nombres, todos respetables, de cuantos han autorizado y aplaudido la publicación del libro. Sirvan sus hojas para entretejerse en la corona del poeta; de esa última corona formada con las siemprevivas de sus obras, que depositamos en su sepulcro.

Y basta lo dicho para lo que conviene saber de la *Historia de este libro*, que se completa con nuestro pequeño artículo *La Historia de unos amores* ó *Los amores de su historia*.

V. HISTORIA DE OTRO LIBRO.—En nuestra nota bibliográfica hemos enumerado las diferentes obras que escribió Santivañes; pero en artículo aparte hemos de decir algo acerca de otro libro que, en 1883, dió á luz, con el título de POESÍAS.

Fué este libro como el generador ó, al ménos, como el primer tomo de una obra, que había de durar lo que su vida.

Este es el tomo segundo: la muerte ha impedido que la obra tenga más volúmenes. Y es el tomo segundo, porque es la continuación de sus composiciones líricas, eminentemente subjetivas; especie de diario ó de efemérides en verso, ó, cuando ménos, de los pensamientos y de las ideas, de las esperanzas y de las ilusiones, de las decepciones y de los desengaños, de los sentimientos y de las pasiones del autor.

Aunque el libro, tal vez como éste, siendo esencialmente subjetivo, parecía en su mayor parte destinado á dos ó pocas más personas, Santivañes le dió á luz. El album se convirtió en libro, y el público le acogió con cariño; y la crítica, con respeto. Atrevida empresa fué dar á luz el libro; que publicar en nuestros tiempos un tomo de POESÍAS es empresa siempre arriesgada, máxime si las *Poesías* son líricas, no siendo el lirismo el mayor pecado de que ha de arrepentirse ante la historia el siglo XIX.

Pero el autor había medido sus fuerzas en obras de más peso. Tenía valor, porque tenía fuerzas.

Lo dijimos entonces: «se escribe mucho; pero, contra el común sentir, creemos que se escribe mucho bueno. La impresión es poco duradera, porque se pierden mil escritos preciosos, que hemos llamado hojas desprendidas del árbol del periodismo, que duran lo que una de esas ráfagas celestes que pasan para no volverse á ver. La hoja pasa: el tomo queda; y la crítica no amontona hojas, sino que juzga los tomos que tienen el valor de arrojarla los héroes del arte ó de la ciencia.»

Aquel libro parece difícil de juzgar: «Difícil, porque la poesía lírica es la poesía de la pasión y del sentimiento, y el escalpelo se marcha fácilmente en órganos tan delicados como el corazón.»

Y, sin embargo, el juicio no es difícil, porque «no hay

que arrancar secretos al autor, pues él, como los autores más discretos, nos los confía en letras de molde. La obra es la de un hombre que ha perdido una madre, una mujer, un hijo, y que, por ende, está enfermo; pero doblemente enfermo, que para las heridas del corazón no hay preparados en los formularios de las farmacias. Es la obra de un alma llena de sombras y tristezas, que canta, decimos mal, que llora sus penas en el desierto de la sociedad. Y ¿de qué sirven unas cuantas lágrimas caídas en las arenas de un desierto?... El llanto no es amargo más que para los ojos que le vierten; y si bien hay en él algo sagrado, que, como sagrado, se debe respetar, podemos hablar de ello, cuando no se llora á solas, cuando las lágrimas son tinta de un libro.»

En el de POESÍAS, descubrimos tres elementos: el subjetivo, el filosófico, y otro de difícil calificación. De estos dos últimos hemos de hablar en otro lugar de este *Prólogo;* del primero debemos decir algo, aunque no sea más que repitiendo las palabras con que saludamos su aparición.

«Los poetas sueñan escribiendo: escriben sueños, como sueñan escritos; pero creen en sus sueños, es decir, en sus escritos, y dan por realidad la realidad de un sueño. Almas opresas, como la del autor, por los eslabones de muchas penas, sueñan con la rudeza de las rocas, y se permiten darse este consejo:

> «Sé dura cual la roca, y con fiereza
> Desafía después las tempestades.»

Y se creen fuertes, duras, como la roca misma; y, como en *La Romería*, sufren, mientras todos se divierten, al eco triste de las alegres carcajadas: ó como cuando dan un beso á un cadáver, sintiendo el frío de la frente, que se infiltra en el corazón. Se creen almas duras y escriben con lágrimas.

Nuestra sociedad tiene la tibia compasión de decir: ¡pobres soñadores! y es harto benévola con los que así narran la historia verdadera de sus dolores, ó los verdaderos dolores de su historia; corazones que «viven y mueren en perpétuo invierno,» entre «árboles desnudos, hojas secas, flores marchitadas,» ó, si esto es poco, bajo el hielo de las ilusiones defraudadas y de las esperanzas desvanecidas.

El poeta se venga de la tibieza de la compasión social y afirma que

. . . «no hay fonógrafo
que iguale al corazón.»

Se refiere á los corazones fuertes.»

Repetimos estas notas, porque son aplicables á este libro, tomo segundo de una obra que pudo tener muchos volúmenes. Y deberemos añadir, aunque hemos de volver á este tema, que el autor, en el primer libro, parece alardear de un pretendido escepticismo; pero «¿no os reiréis al verle afirmar que «las olas del sentimiento son las que dejan huella;» ó hablar de esclavos que «lo son de su propio pensamiento;» y, en lo que llama «Cosas,» acordarse de «la cuna vacía de su hijo?» «¿Puede ser escéptico quien crée que el sentimiento tiene mares, que el pensamiento es juez, y que una cuna es una *cosa* solamente?.....»

Nada diremos ahora de ese tercer elemento, de difícil calificación, asunto el más importante de aquél y de este libro. Acerca del anterior, repetimos estas líneas, que escribimos cuando apareció:

«Lágrimas que abrasan; dudas que atormentan, celos que asesinan; esperanzas que se disipan; hojas secas y flores marchitas; el escepticismo en la pluma, el sentimiento en el co-

razón; mezclad todo esto con un amor misterioso del autor, tenebroso como las noches de sus celos ó como los celos de sus noches, y tendréis el libro que Santivañes llamó POESÍAS.»

VI. EL NIDO VACÍO.—El drama, para serlo, ha de tener un fin, que antes se llamaba moral, y que, en el tecnicismo moderno, se llama humano, social. Denominadlo como queráis, pero dadle ese fin y llenará su misión. El drama será entonces, si así puede decirse, la composición más dramática, reflejo de las pasiones, espejo de la vida, trasunto de la sociedad, donde ni todo es cómico, ni todo es trágico, y donde muy frecuentemente en lo trágico se halla la generación de lo cómico, y viceversa. El drama humano, el drama social era el que prefería Santivañes y el que cultivaba cuando ha muerto. EL NIDO VACÍO es su último drama, un drama inédito, al que falta el tercer acto. Santivañes no pudo concluirle. El desenlace de su vida nos privó del desenlace de su drama. Y, sin embargo, es un desenlace que puede prever quien lee los dos actos primeros. El título no puede ser más gráfico: es el argumento abreviado, el compendio, la síntesis del drama. Hay en EL NIDO VACÍO dos caracteres opuestos y antagónicos: una esposa fanática y un marido liberal. El contraste está bien presentado, y de él resulta una lucha verdaderamente dramática. Pero en esta lucha hay una víctima, mejor dicho, una mártir, y lo es una hija desgraciada, cuya mano pretenden dos galanes, protegidos respectivamente por cada uno de los cónyuges: la elección no es problemática; la victoria, tampoco. El protegido de la madre triunfa. ¡Triste triunfo en verdad!

De este triunfo depende el martirio de la hija que se ve privada del objeto de su amor, del de su madre, protectora del galán que desprecia, y del estéril de su padre, que no

hace imperar su voluntad. Por esto se cree sola al vivir entre su familia, condensando su sentimiento en estas frases:

«Bien hicisteis en la cuna
al llamarme Soledad.»

Su verdadero amante ha sido desahuciado. Le han cerrado las puertas de su casa y de su esperanza, y bien pronto, como lo es del dolor moral, es víctima del dolor físico.

Soledad enferma y muere. Al presentarse el amante protegido, ya ha sido víctima de una madre altanera y fanática y de un padre que sólo tiene el valor de protestar. Para comprender lo que significa esa protección de la mujer fanática, bastará apuntar que el galán ha tenido otros amores y de ellos un hijo abandonado. El padre, que se había propuesto ser fuerte, se contenta después con inútiles recriminaciones, hasta que con la muerte de su hija viene la explosión de sus sentimientos contrariados y el remordimiento, que parece inevitable, de ambos cónyuges.

Esto es indudablemente lo que hubiera sido asunto del tercer acto, pues el drama es reflejo del tantas veces reproducido hace muchos siglos en nuestro riquísimo Teatro. Unas veces la educación religiosa; otras, la desproporción de edades; ayer, retratada la influencia de la Iglesia; hoy, fotografiado el *negocio* en que se ha convertido un sacramento, el drama se hace moral ó humano en los argumentos, siempre fecundos y nunca agotados, relativos al matrimonio. Y no traspasa los límites de la realidad, pues no es inverosímil que dos cónyuges, de pensamientos y de caracteres opuestos, tengan su respectivo candidato; ni que, en aras de un mal entendido amor paternal, se consume el sacrificio de un corazón, que es lo mismo que el sacrificio de una vida; ni que, como secuelas de este pecado social, tur-

ben la conciencia los implacables remordimientos y anublen para siempre el cielo tranquilo del hogar las más amargas y sombrías recriminaciones. La prometida esposa muere: el amante lleva la muerte en su corazón; dos víctimas del amor paternal mal entendido. Corolario de lo anterior: aunque Santivañes no acabó su drama, el crítico no ha menester el don de adivinación para deducir la acibarada y provechosa lección que en él se encierra.

El lector ilustrado conoce desde luego que, por el argumento y por los caracteres, el drama lleva á situaciones y efectos de interés, que nacen del choque inherente á todo contraste. Hemos de renunciar, muy á pesar nuestro, á poner en relieve tan dramáticos efectos y tan interesantes situaciones. Abandonamos á su juicio la exactitud de nuestra afirmación, rogándole no olvide que los personajes del drama, fotografías fieles de muchos que conocemos, tratamos ó despreciamos, son un padre cariñoso, pero débil; una madre fanática y altiva; una doncella, cuya corona nupcial se convierte en corona funeraria, entretejida con las simbólicas flores de azahar y las perpetuas del amor; un joven apasionado y entusiasta, que se lanza á los revueltos mares del derecho, creyendo siempre imantada la brújula de la justicia; y otro joven artero y solapado que tiene, ya que no el interés de la pasión, la pasión del interés, y se cree redimido de anteriores culpas por la premeditación de otras mayores, carácter ribeteado de falsedad é hipocresía, que reza con la premeditación del pecado y peca con la impunidad del rezo.

Renunciamos, por tanto, á citar en nuestro apoyo algunos pasajes del NIDO VACÍO. A lo que no renunciamos, y entonces el lector discreto confirmará su juicio, es á publicar en otro estudio algunos fragmentos, aunque pocos, que basten, por la exposición y por el nudo, para calcular el

desenlace; que el ser previsto revela que el poeta ha escrito con la difícil facilidad recomendada y conseguida por nuestro ilustre Moratín, secreto presentido por los iniciados y sólo realizado por los maestros del arte dramático.

VII. La Loca de la Playa.—Así se titula una leyenda en verso, que tampoco pudo concluir nuestro malogrado poeta.

Su argumento es sencillo é interesante; la acción, en uno de los pintorescos puntos de la costa de Cantabria; los personajes, son Mariana, la aldeana más linda de aquel valle, y Juan Gorría, el más apuesto de los marinos, el más bravo de los remeros.

El poeta no pide inspiración á las musas para principiar su canto: fuente de inspiración y poesía es el lugar donde la acción se desarrolla, é invoca á la ruda costa Cantábrica, al erguido monte de Urieta, que contempla su mole gigantesca en el revuelto mar en que se baña, mar tan terrible en la tormenta que le parece formado de lágrimas; á la concha que dora el sol, á las arenas que hacen las encrespadas olas mil veces sagradas por ser sepultura de tantos cuerpos, y pide inspiración á la costa, al monte, al mar, á la playa y á las olas para poder narrar—son sus palabras,

«la historia de una pena,
de una pena, es decir, casi de un mundo.»

Santivañes describe ó pinta á Mariana, acumulando todas las bellezas que los poetas copian de los sueños de su fantasía; de esos sueños que creen realidades, como á las realidades creen sueños. Renunciamos á reproducir esa pintura, consignando tan sólo que la moral corresponde en lo estético á la física.

El autor la hace en pocos trazos, pues nos dice que la asediaban los mozos, y hasta los ricos *indianos*—pero «*indianos* que vienen,» según la frase de Moratín—y los escuchaba, no esquiva y desdeñosa, como tantas otras heroínas de novelas y leyendas, sino amable y cariñosa, como deben escuchar los lirios y las azucenas de los valles las palabras de elogio y admiración que inspiran á cuantos las hablan á su paso; pero ¡eso sí! cuando algún galán, más atrevido ó más apasionado, la esperaba en la fuente, sitio obligado de amorosas declaraciones y de cuotidianas citas, la hablaba de su amor, la joven llenaba

. . . . « su brillante herrada,
y apresurando el paso,
tornaba á su morada,
diciendo de pasada;
no me hable usted de amor, que no me caso.»

Y de nada servía que alguno más enamorado ó más importuno esperase conseguir algo de la linda aldeana, que siempre repetía su eterno «no me caso.»

« Con usted,» debiera haber añadido, porque el poeta, que no concebía la juventud sin amor, pues afirma que

« siempre existe un secreto
en todo corazón de veinte años,»

nos revela el de Mariana, ignorado por todos, porque

«cuando es grande el amor ¡está tan hondo!...»

Y el secreto es que la niña amaba, con ese amor que llena la existencia y que el poeta bendice, ya sea

« ensueño ó realidad, gloria ó martirio.»

El autor retrata al amante en cinco versos. Mariana amaba en silencio á

> «Un pescador, llamado Juan Gorria,
> hijo de humilde cuna,
> que en su barca vivía,
> pues sólo poseía
> su barca y su valor como fortuna.»

Érase Juan Gorría un guapo mozo, de ancho pecho, rostro curtido y ojos dulces, el más ligero y ágil remero, que mil veces venció á los bravos y renombrados remeros de Pasajes; el primero en los ejercicios de fuerza, en el juego de pelota, en la danza *aurrescuá*, siempre el primero, como cumple á todo héroe de leyenda; en una palabra, *un buen partido* para la linda joven.

Pero no lo creían así los padres de Mariana. Los viejos calculan más, dice el poeta, y no siempre recuerdan que el dinero no es el socio de la felicidad en el comercio de las pasiones. Oponíanse á aquel amor, que llegó á ser imposible, si puede serlo cuando siente el acicate de la contrariedad. Tramaban medios y fraguaban planes, pero en vano, porque

> «un corazón que siente
> ¡hace á veces tan torpe el pensamiento!...»

Un día vagaba Juan Gorría por el muelle, y su mirada distraída hubo de fijarse en un bergantín que aparejaba y acababa su carga, y que iba á zarpar para la Habana. Era el capitán, con quien ya había servido nuestro héroe, un inteligente marino, que le descubrió y gritó desde el puente:

—¿Quieres venirte con nosotros?

Juan dudó sólo un momento, y aceptó.

—Pues ¡trato hecho! dijo el capitán.

Los tratos entre las gentes del mar son cortos, y los contratos se firman brevemente.

¡Adiós! Hasta mañana, se dijeron.

El contrato quedó firmado, y Juan, como era de esperar, fué á despedirse de su novia.

Llegó al blanco caserío, poblado de castaños, escondido al pié del monte, y bajo el portal abovedado la halló con sus padres:

«el anciano leía;
la pobre madre hilaba,
y Mariana enjugaba
el llanto con la ropa que cosía.»

Pintura magistral, hecha en cuatro rasgos; fotografía del lugar y de las personas, que hubiera exigido muchas páginas á nuestros modernos novelistas.

Tan breve como la descripción fué el diálogo y la entrevista. Juan dijo poco más ó menos:

—Deseo casarme con Mariana. Nos queremos. Soy pobre, y mañana parto para el Nuevo Mundo, á ver si vuelvo rico.

«Nada más dijo Juan. Enternecido
dudó el viejo un momento;
mas después, decidido,
dijo: Acepto al partido.
A trabajar, muchacho, y ten aliento!
Tres años te concedo...»

He aquí otro trato que, como de gentes del mar, quedó cerrado al momento, y que el viejo firmó con el permiso de que abrazase á Mariana, y Juan con su obediencia, sin dar lugar á que le reiterasen el permiso.

Santivañes dejó en blanco una estrofa. En vez de cinco versos, escribió cinco líneas de puntos suspensivos. El lector

discreto puede suplirlos con las dulces emociones del abrazo, ó con el insomnio de una noche de angustiosas horas...

La del alba sería cuando el bergantín levó anclas, y la joven vió sobre cubierta al amante que se despedía; después, el buque, cada vez más pequeño, más pequeño; después, sólo su estela, cuyas espumas blanquecinas se confundían con las aguas verdes del mar.

¡Ah! La estela de un buque deja muchas veces un surco profundo en algún corazón. El de Mariana guardó grabado para siempre el pañuelo que se agitaba en la cubierta, el casco que pareció hundirse en el mar, la estela que se rompió entre las inquietas olas.

Juan fué al Nuevo Mundo. El trabajo, más fecundo en cualquier tierra que en la feraz tierra de España, le hubo de deparar una pequeña fortuna. Mariana preparaba su *trousseau*, ó, como se dice en la montaña, su ajuar de desposada. Y en la capilla más oscura de una ermita, situada al pié de unas rocas, rogaba por el pronto regreso del marino, y elevaba

> «esa plegaria pura
> que el labio no murmura,
> pero que arranca llanto de los ojos.»

Y su fervor fué tanto, que no sólo cubría de flores el altar, sino que un día colgó su negra cabellera, exvoto el más preciado que á Dios puede ofrecer una doncella.

Espiraba el plazo convenido, cuando el padre de Mariana recibió un pliego de Juan anunciando su próximo regreso y remitiendo una letra por seis mil duros, la fortuna conquistada en América.

¡Pobre fortuna! exclama nuestro autor; pero nos describe

en estas tres preciosas estrofas todo lo que con ella se puede adquirir.

«Tal suma representa el verde prado,
la casa solitaria,
el establo abrigado,
el maizal colmado
y la frondosa encina centenaria.

Y lejos, en límite perdido,
que forma el horizonte,
con afán adquirido
el robledal erguido,
corona eterna del gigante monte,

representa las vacas bien cuidadas,
el gentil gallinero,
las ovejas cebadas,
las mieses apretadas
y el abundante pasto en el otero.»

Es decir, representaba la felicidad de las aldeas; esa felicidad que se cree de novela en la eterna novela de los palacios.

El padre de Mariana, hombre á quien el autor califica de práctico, y es un calificativo harto benigno, realizó la letra y compró, junto á la suya, una casa, de la que nos dice el autor:

«La casita es pequeña, muy pequeña;
más que casa es un nido,»

pero tiene un cercado grande y un buen prado poblado de robles, castaños y encinas. Mariana convirtió la casita en «un paraíso en miniatura;» y desde el sitial forrado de cuero hasta la amplia y bien mullida cama, la imagen de la Virgen,

con luz de que hizo faro para el regreso del marino, todo estaba previsto y arreglado.

¡Pobre Mariana! El autor nos lo dice:

> «es tan voluble el viento
> y tan traidor el fondo de los mares!...»

El bergantín llegó á estar á la vista del puerto, que era el de la felicidad de nuestro héroe. Desde el puente, su penetrante mirada de marino descubrió una flotante nubecilla, una de esas nubes donde cualquiera ve tan sólo un hacecillo de vapores y donde el marino siente latir la tempestad...

Hasta aquí la obra de Santivañes. No escribió más. El héroe quedó á la vista del puerto, donde su prometida se disponía á abrazarle. ¿Qué iba á escribir Santivañes? Ni en sus albums, ni siquiera en sus papeles de esbozos lo hemos podido descubrir; pero se presiente la pérdida del buque, catástrofe que basta para que la heroina y la leyenda tenga un nombre: LA LOCA DE LA PLAYA.

Y renunciamos por ahora á penetrar en el terreno peligroso del final que meditara Santivañes; que ese terreno, tanto como peligroso, es terreno sagrado, tan sagrado como que encierra la tumba del poeta. Afirmamos, esto no obstante, que el final que proyectaba era altamente interesante y dramático, como es posible cuando los personajes son un náufrago, que tal vez pudo salvarse, y una doncella que pierde la razón por tal naufragio.

La leyenda de Santivañes, como la mayor parte de las leyendas marinas, es de palpitante interés. Los caracteres son verdaderas fotografías de muchos personajes, que hemos conocido en nuestros puertos. Hasta en el carácter del padre, figura que Santivañes recargó de tintas para hacer resaltar el calculador positivismo que disculpa la vejez, es el de uno de

tantos marinos retirados, que no ha temido las tempestades de los mares y teme las tempestades de la vida. Nada decimos de las situaciones que, representadas sólo por tres momentos de la vida de los personajes, tienen la clásica grandeza de lo trágico.

¡Ah! La prematura muerte del poeta, esa muerte que aún lloran los verdaderos amigos, robó una perla á su corona y una joya á nuestra literatura.

Terminar el poema inédito podría parecer una profanación: no darle á conocer, un crimen... Publicar lo escrito por el autor es seguir cubriendo de flores su triste sepultura.

VIII. DOS CARTAS titula las composiciones, que figura escribir Abelardo á Eloísa y Eloísa á Abelardo.

Éste se lamenta de no hallar consuelo lejos de su amada y de no estar siempre

«unidos, como al alma el sentimiento;
unidos, cual la muerte á la existencia,
como el remordimiento á la conciencia.»

Abelardo no concibe la existencia sin los encantos del amor: los microscópicos átomos reciben de él su esencia generadora, y la religión lo mismo que la ciencia, el arte lo mismo que la historia, escriben por él sus más sublimes páginas. Todo lo creado vive para el amor:

«el ave que se agita en el altura,
el arroyo, que cruza por el prado,
el viento que se pierde en la espesura,
el trueno que revienta en el nublado,
la flor que crece solitaria y pura,
el alma, el corazón, la fe y la idea,
todo nace de amor, amor lo crea!»

Y el amor aviva la inteligencia del amante apasionado, la ilumina, disipa sus errores y trabaja con fe en el difícil campo de la ciencia.

Pero ese amor, á la par que le vivifica, es su tormento, pues vive separado de su amada. Abelardo recuerda el trágico motivo de su separación:

> «aquella triste y maldecida historia
> de aquella triste y maldecida tarde,»

en que, junto á las frondosas márgenes del Sena, la Sorbona reunía á sus alumnos para coronar á su reina... Sentóse junto á ella Edmundo, aquel traidor que la ultrajára y que Abelardo creía haber vencido con su perdón generoso. La tempestad hirvió en su alma, y, antes que la concurrencia pudiera evitarlo, Edmundo cayó muerto y Abelardo huyó, sin saber dónde, hasta que fué recogido por caritativos leñadores.

El amante siente vivir y prefiere la muerte á la vida sin su amada. Ni encuentra, como antes, consuelos en la ciencia, ni su vista penetra las sombras de lo infinito, ni puede acudir á la fe cuando de todo duda... ¿De qué no ha de dudar, si duda de Eloísa?

Pero duda, no porque no sea pura con la pureza de los ángeles, sino porque la duda es siempre sombra de la terrible noche de la ausencia. Y duda porque ya há tres meses que nada sabe de Eloísa, y teme que la horrorice su crimen, sin ver que su delito fué ordenado por su amor y que su muerte es más triste que la del muerto.

No hay para él otro remedio que el romper las cadenas que la aprisionan y volar á sus brazos. ¿Lo hará? Seguramente sí. Mil veces ha jurado ante Dios que será suya, y espera confiado:

> «piensa, mi vida, que en tu ausencia muero
> y no vaciles más. Te amo y te espero.»

Eloísa contesta á la carta de Abelardo, que, como otras muchas, atraviesa las rejas y penetra en la celda de su convento. Las anteriores no habían llegado á su poder, y también había caído en el infierno horrible de los celos. Recuerda lo pasado como un sueño y hasta se pregunta si ha vivido, pues los sucesos anteriores se presentaban y desvanecían como las vistas de un caleidóscopo, destacándose la severa figura de Abelardo, oyéndole en reñida controversia, resonando su voz como armonías celestiales en el concierto de los mundos. Y quería sondear el pensamiento de su amante, y le pedía piedad, y no la oía, impasible y duro cual la roca, sin ver que en sus ojos fulguraban destellos del amor, relámpagos de las terribles tempestades de un alma enamorada. Y otras veces, por el contrario, soñaba tenerle aprisionado entre sus brazos, confundidos sus lábios en eterno beso y sus corazones en unísono latido.

Pero Eloísa recuerda también sus juramentos; ante Dios es su esposa y nada la puede detener. Decide unirse á él y termina su carta, mensajera de su dicha, diciendo:

> «Iris de salvación, de fe y de vida
> fué para mí tu amor. Tu compañera
> eterna soy: si muero en la partida,
> mi alma á tu lado irá. Ama y espera.»

Y las dos cartas, vértigo de una pasión verdaderamente legendaria, constituyen un poema de amor y de esperanza; pero de amor que no enmudece ni retrocede ante un cadáver, y de esperanza que no hacen prisionera los elevados muros de un convento.

La pintura de ambos amantes es una fiel reproducción. El poeta, impregnado en la lectura de las famosas *Cartas,* presenta los mismos personajes, apasionados hasta la locura,

que se han de amar hasta después de muertos, unidos en el eterno beso de las almas.

¿Para qué repetir que el que escribió estas DOS CARTAS tuvo por ley de vida amar?

IX. EL TRIUNFO DEL POETA.—Así se titula una pequeña leyenda en que, describiendo los últimos momentos del Tasso, demuestra Santivañes una verdad tan amarga como sabida: que para los grandes hombres hay siempre coronas, al ménos en sus tumbas; ó, lo que es lo mismo, que la gloria del génio nace cuando el hombre muere.

Verdad es que el siglo XIX es un siglo de justísimas reparaciones; un siglo de centenarios y de estatuas y de otros gloriosos monumentos; un siglo que puede envanecerse ante la Historia por la justicia de la reparación ó por la reparación de la justicia. Triste es, sin embargo, toda reparación; que quien dice *reparación*, aunque sea la más justa y gloriosa, dice justicia y gloria póstumas. Pero la justicia es ley de la Historia, y ley que, como las leyes naturales, se cumple fatalmente.

Santivañes nos presenta al autor de *La Jerusalén libertada* cuando la corte romana prepara la inusitada fiesta de su coronación. La noche tiende su negro manto sobre las siete colinas de la Ciudad, que Torcuato Tasso contempla desde la sombría huerta de un humilde monasterio. Roma se prepara á una gran fiesta, y así lo anuncian las luminarias con que se adorna, las mil y mil voces que apagan el rumor del Tíber, los ecos del cañón que dominan esas voces. Un nombre llega á los oídos del Poeta, y es el suyo, aclamado con entusiasmo, repetido con frenesí por la romana muchedumbre. Tasso se exalta: ha llegado el codiciado momento y se celebra EL TRIUNFO DEL POETA; pero le falta aliento, y

cae rendido al pié de una encina, entregándose á las más dolorosas lamentaciones.

El Poeta ha triunfado; pero, como los héroes del Teatro antiguo, presiente su cercana muerte, y teme que el día tan ansiado alumbre su agonía. Asiste al espectáculo que ha de celebrarse; la aparatosa corte romana, que acude á su coronación, recuerda los sueños de amor y gloria, encanto triste de su triste vida, y quiere que huyan ante un moribundo que

«sabe que os ha de encerrar
en pocos palmos de tierra.»

Esos sueños le inspiran las más dolorosas reflexiones: son sueños que tienen su despertar en el último sueño de la vida, en ese sueño que se llama muerte; y los sucesos culminantes de su vida se le presentan con los fugaces destellos de una luz próxima á extinguirse.

El amor á la gloria le aparece unido al amor á la patria; y este amor, correspondido tarde, le arranca la acusación de ingratitud. Italia ha sido para su cantor una madre ingrata, y no puede ménos de decir á Roma, que le había herido en su corazón:

«¡hoy, que me siento morir,
quieres darme la existencia!»

Porque el Poeta había buscado ansioso la gloria que ahora obtiene, sin hallar un rincón apartado que le otorgára algún reposo en el suelo de la ingrata patria. Y, entonces, no la acusa; que le basta, para formular la más terrible acusación, recordarla los hechos y decirla:

«hiciste se me arrojára,
menospreciando mi afán,
por hereje, de Milán;
y por loco, de Ferrara.»

Pero, como eslabones de una cadena, los recuerdos de un lugar vienen unidos á los recuerdos de una pasión. El recuerdo de Ferrara evoca el recuerdo de Leonor; y el Poeta canta, ó, mejor dicho, llora esa mujer, á quien ha inmortalizado—él lo conoce—en sus canciones amorosas.

Pero los gritos y los vivas, los vítores y las aclamaciones, como las fantásticas luminarias, llegan á extinguirse. Aryante, Raynaldo, Tancredo, todas las creaciones del Poeta, salen de sus panteones, y se les une Leonor, Aminta, para juntarse en rededor de un ataúd. Es el de Tasso: lo conoce, el delirio le domina, quiere en vano luchar, y cae desmayado al pié de la encina, desde donde le trasporta al convento un piadoso fraile, cuyas débiles fuerzas vigoriza la santa caridad.

Llega el nuevo día, y la muchedumbre invade la Ciudad, ávida de contemplar el fausto y esplendor de aquella Córte, donde reina el Vicario del más humilde de los reyes. El entusiasmo, como el pánico, es contagioso, y los gritos de entusiasmo repercuten de una á otra colina. Pero hay misteriosos hilos eléctricos, que trasmiten entre las muchedumbres toda clase de nuevas, principalmente las infaustas; y la de la muerte del Tasso no tarda en circular. El cortejo de honor sale oportunamente por la puerta del Vaticano, y se reproduce el entusiasmo, y de nuevo pueblan los aires repetidos vivas en que se juntan los nombres del Papa y del Poeta. No ocultemos, y que nuestra franqueza quede exculpada por nuestra amistad, que Santivañes lo ha descrito en la peor de sus décimas.

La fastuosa comitiva llega á las puertas del convento, y el tañido del bronce funerario domina el ruido atronador de la muchedumbre. Mientras el pueblo canta y grita ¡viva! la campana llora y dice ¡ha muerto! El Prior recibe al Pontí-

fice, que penetra hasta la sombría celda, donde la Comunidad ora por el vate, y donde las tristes preces de los muertos quedan apagadas por los gritos alegres de los vivos.

El Pontífice avanza, levanta el fúnebre sudario, ora un momento por el vate, y exclama, como oración funeraria,

«el cielo que te reclama,
tus sufrimientos abone,
y á tu siglo le perdone
el olvido de tu fama!»

Y, después de otras frases, tal vez más filosóficas que religiosas, pero que tienen toda la filosofía de la religión y toda la religión de la filosofía, corona de laurel la helada frente del Poeta, sale del monasterio seguido de su ostentosa Córte y los atronadores vivas de la muchedumbre repercuten de nuevo desde un cuerpo que cae á un alma que sube.

El Papa vuelve al Vaticano: yá no retumba el cañón, ni pueblan el aire los vivas...

. . . . «la ciudad
su vida normal recobra,
y, contenta de su obra,
descansa la humanidad.»
. . . .

Su obra ha sido coronar al Tasso; éste ha sido EL TRIUNFO DEL POETA.

Pero ha triunfado tarde. La corona no ha de marchitarse con el fuego que un día hiciera latir las sienes del Poeta. El laurel conserva mejor su perenne verdura cuando se ciñe á la frente de un cadáver.

He aquí la triste síntesis de tan triste leyenda.

X. PÁGINAS DE UN ALBUM.—Si todas las *Poesías inéditas* que forman este volumen son de Santivañes, las PÁGINAS DE UN ALBUM son—permítasenos la frase—*las más suyas y las más inéditas.*

Que son *las más suyas,* conócelo cualquier mediano estilista, porque Santivañes *tenía estilo,* un estilo impregnado de tristeza y melancolía, en que se destaca su pensamiento sobre el cielo sombrío de la amargura y quizá de la desesperación, pero siempre irisado por la bondad y la virtud y por alguna ráfaga de felicidad. Y si «el estilo es el hombre,» y Santivañes tenía estilo propio, conocen más su estilo los que conocieron al poeta, porque escribía y hablaba como pensaba y sentía.

Que son *las más inéditas* las PÁGINAS DE UN ALBUM, pruébalo que son de un álbum esas páginas; pero no de uno de esos álbums en que cada poeta paga su cuota á la amistad con la moneda de un autógrafo, sino de un álbum del uso exclusivo del autor, en donde gota á gota condensa las lágrimas; piedra á piedra levanta el monumento de sus sentimientos y pasiones; hoja á hoja entreteje la corona de sus inspiraciones, y principalmente de las inspiraciones de su amor.

Por eso estos álbums, depósito sagrado, como el de toda inspiración; confidente querido, como todo confidente mudo, suelen ser conocidos tan sólo por el autor y otra persona; pero la muerte, que lo destruye todo, destruye los secretos, y el confidente habla, lo inédito se da á luz, y el álbum se convierte en libro.

Basta lo dicho para comprender lo que son estas PÁGINAS DE UN ALBUM, y para un sucinto juicio, formado, en gracia al mejor método, con orden diferente al seguido en la edición por las exigencias del tiempo y también por exigencias tipográficas.

Si todas las composiciones tuvieran un carácter determinado, que las inspirára é informára, podrían deslindarse sus fronteras y compendiarse en homogéneas agrupaciones; pero no siendo esto posible, porque pensamientos diferentes se hallan diseminados en las PÁGINAS, como florecillas de vario color en el tapiz de los prados, invertimos un tanto el orden para el mejor método: que el pensamiento no pierde su originalidad y su belleza por escribirse en una ú otra página; ni la flor, su color y su fragancia por encontrarse en uno ú otro prado.

1. PÁGINAS POLÍTICAS Y FILOSÓFICAS.—Pocas son las primeras, y corresponden á las ideas políticas que Santivañes defendió con fe profunda.

No aparece en este volumen *¡Paz entre hermanos!*, inspirada composición, sintetizada por su título, que dictó á Santivañes la lucha fratricida que ha poco azotó el Norte de nuestra península, porque no es inédita, y fué, á su aparición, unánime y justamente celebrada.

Damos á luz las tituladas: *A España*, *Esperanza*, dedicada al Excmo. Sr. D. Manuel Ruiz Zorrilla, y *La República*, al Excmo. Sr. D. Nicolás Salmerón y Alonso.

A España es un soneto, en que, con canto vigoroso y elevado, saluda, al regresar de luengas tierras, el suelo sagrado de la patria; ese suelo en que poco después había de encerrarse su sepulcro. Pero el poeta no la halla tal como la soñó su patriótico deseo y su amor ferviente á la libertad; los años han trascurrido casi en balde, y el progreso, eterno peregrino que recorre todas las naciones, apenas ha marcado sus sacrosantas huellas. Esto le hace exclamar:

«Pensé hallarte potente é ilustrada,
siguiendo con vigor y paso fuerte

del progreso la senda dilatada,
y te hallo débil, abatida, inerte,
al torpe fanatismo encadenada,
y sumida en el sueño de la muerte.»

La composición titulada *Esperanza* condensa la del partido progresista, ó revolucionario, que tanto monta una como otra palabra, personificada en el ilustre proscrito Ruiz Zorrilla, á quien la dedica el autor. En inspirada silva canta, no ya la poesía de los campos, ni los idilios de los amores, sino el sentimiento que le inunda al ver postrada su nación nobilísima:

«La patria está dormida, casi muerta:
el vate no la excita,
ni á comprenderla acierta,
ni su amante canción la resucita,
ni su enérgico canto la despierta.»

Olvidadas nuestras antiguas y preclaras glorias, escarnecido nuestro pasado, incierto nuestro porvenir, sin resonancia el grito con que se intenta despertarla, extendida la corrupción, como funesto cáncer, á los más elevados fines de la vida, el vate moderno no sabe dónde inspirarse ni dónde dirigirse para que la pluma lime las últimas cadenas:

. . . . «los añejos ideales
de Dios, Patria y Honor, todos cayeron
á impulso de furiosos vendavales
que sus rudos cimientos sacudieron,
de la tierra arrancando
su secular raiz» . . . .

Y las almas libres vuelan buscando nuevas ideas, estrellas que tachonan el cielo del porvenir, remontándose á esferas más elevadas y dejando esta fatal atmósfera, «en que envejece el espíritu.»

El poeta tiene profunda fe en lo venidero: «la idea surgirá;» pero sólo Dios, guarda del porvenir, sabe el momento, y á Él vuelve sus ojos, exclamando:

«deja que alce mi voz libre de espanto:
de mi conciencia apoya el débil grito,
¡no importa que mi canto
logre sólo perderse en lo infinito!»

En *La República*, soneto magistralmente escrito, dedicado al Excmo. Sr. D. Nicolás Salmerón y Alonso, combate la vulgar idea de entrañar esa forma de gobierno los absurdos, los errores y aun los crímenes que, ignorante ó interesadamente, se le atribuyen, sustentando que en nuestra Edad significa la realización del derecho y de la justicia. Con la convicción más profunda afirma su próximo triunfo, sin que puedan impedirle cuantos obstáculos se opongan, porque

. . . . «todo su esfuerzo será vano:
que al fin la humanidad es como el río,
que, ó se seca, ó le traga el Oceano.»

Y lo que escribía de *La República* fué una de sus más íntimas y arraigadas convicciones, desde que, en virtud de su última evolución, el partido radical se fundió en el republicano. Santivañes, proscrito voluntario, como infatigable viajero, había sentido, mucho mejor que otros, los latidos de la revolución, que, como las erupciones de los volcanes, se anuncia por ruídos muy lejanos. No hemos de hablar aquí de política, sino de lo que concierne á la política del autor, y esta salvedad exculpa estas pocas líneas; pero ello es que, quizá por percibirse esos latidos desde lejanas tierras, quizá por la distancia á que veía,—ó, lo que es lo mismo, por percibir y ver cómo perciben y ven los que aman la patria con la intensidad de los amantes ausentes—ello es que nuestro

malogrado Santivañes soñaba—era entonces un sueño—lo que parece haberse trasformado en realidad, y se ha calificado, pues hacía falta un nombre, con el de coalición. Próximo á celebrarse el aniversario de uno de nuestros más eminentes tribunos, cuyo nombre están reclamando las lápidas del Congreso, el autor de estas líneas se honra con haber recibido la carta que, sin comentario alguno, trascribe aquí:

Sr. D. Ángel Arenas.

ESTIMADO AMIGO Y CORRELIGIONARIO: Al verificarse hoy una manifestación de todos los republicanos, *sin distinción de matices*, lamento, más que nunca, la enfermedad que me obliga á permanecer fuera de España.

Pero si mi cuerpo débil está léjos del sitio de la manifestación, mi espíritu, que no desfallece, sino que, por el contrario, siente aumentar de día en día su vigor para luchar en pró de la causa republicana, está entre vosotros.

Hoy os reunís, para honrar á un muerto, en el campo de la verdad, en el sitio donde terminan los rencores, donde acaban las rivalidades, donde comienza la justicia.

¡Que ese movimiento de unión, que hoy se verifica, no concluya al concluir la ceremonia que le dió origen! ¡Que, por el contrario, continúe, y que, nacido en el seno de la muerte, sirva para dar vida á la República, que, hoy, más que nunca, necesita de la unión de todos y del esfuerzo de todos para vencer á sus enemigos de siempre, haciendo inútiles, al propio tiempo, las defecciones y apostasías de sus defensores de ayer!

Suyo siempre afectísimo amigo S. S. Q. S. M. B.—A. G. DE SANTIVAÑES.—*San Remo (Italia).*—*Octubre, 7, 1883.*

Y cerramos este punto, que se refiere á su política, consignando que ese movimiento de unión no concluyó al terminar la ceremonia; y que, al parecer, podrá producir los

resultados ópimos de que desconfiaba Santivañes, cuando sus íntimos amigos, congregados en fraternal Círculo, advertían en su frente las sombras de la preocupación y las nubes de la duda.

La carta basta para comprender el ideal político de Santivañes en sus últimos días, y en ella se retrata el hombre de partido y pensador, que acepta con entusiasmo, como única solución posible, la antes por muchos combatida, hoy por casi todos aceptada. Y basta de política.

Digamos ahora algo acerca de las composiciones filosóficas, no sin algunas prévias salvedades.

Si la filosofía hubiera de vestir el ropaje de la poesía, resultaría, cuando más, una filosofía poética ó una poesía filosófica; pero no la verdadera metafísica. Y es que esta ciencia, matriz de todas las ciencias, exige, como la matemática, un lenguaje severo y adecuado, un conjunto de signos, expresión fiel del pensamiento, que, más que la galanura de la dicción y de la rima, requiere la concisión del axioma y la exactitud del número. Querer demostrar una verdad metafísica en majestuosa octava, es intento parecido al de desenvolver un teorema en alegre seguidilla.

Lo que es posible, lo que hace que una verdad no se salga—si así puede decirse—del disfraz poético con que pretenda presentarse, es la exposición de alguno ó algunos pensamientos filosóficos, unas veces como enseñanza provechosa, otras como compendiosa síntesis de alguna composición. Sólo en este sentido puede hablarse de poesías filosóficas.

Y como esos pensamientos se hallan, por lo general, diseminados en diferentes composiciones, reseñaremos aquí sólamente aquellas en que parece predominar dicho carácter.

Santivañes no pertenece, en realidad, á una escuela determinada, ni la índole de sus obras era adecuada para el

adepto, y menos para el propagandista de un sistema. Su filosofía, si filosofía puede llamarse la de un conjunto de pensamientos que destila su pluma cuando el asunto lo requiere, es más la filosofía del mundo, de la cautelosa é ilustrada experiencia, que la de una verdadera teoría. Razona como siente y filosofa como escribe, advirtiéndose el mismo carácter que predomina en casi todas sus composiciones. Si la tristeza y la melancolía, la esperanza y la ilusión, mezcladas á veces con la duda, á veces con la fe, pudieran formar escuela, ésta sería la escuela filosófica de Santivañes.

Conste, no obstante que hemos nombrado la duda, que el escepticismo no ha sido nunca fuente de inspiración para el autor.

En *La Inmensidad* admira la de mundos que pueblan el espacio, y se pregunta si no tendrá término; pero sondea la de su alma y, después de hallar á Dios presidiendo el concierto armónico de los mundos, termina con esta rotunda afirmación:

«Sólo en Dios, en Dios tan sólo
se encuentra la inmensidad.»

La llamada filosofía de la vida nace del estudio de las costumbres; y por esto en *Tiempos y Tiempos*, al ver que ayer se buscaba en la futura esposa el capital de la virtud, y hoy la virtud del capital, escribe con amargura:

«De tal divergencia infiero,
llena el alma de inquietud,
que ayer se buscó *virtud*
y que hoy se busca *dinero*.»

Ley de vida es el trabajo, según nuestro poeta; y, como el más fervoroso creyente, juzga la ociosidad madre del vicio;

más que madre del vicio, que en *La Sombra*, como ésta sigue al cuerpo, dice que

> «así en la existencia va,
> en pos del ócio, el pecado.»

Vanidad de vanidades es aforismo de la Biblia y título de una de sus composiciones. Un conquistador, al perseguir el quimérico sueño de la monarquía universal, no le merece más que esta pregunta:

> «¿harás con eso mayor
> el espacio de tu huesa?...»

Si hay alguna sombra de escepticismo, propia de la oscuridad del desaliento que, por el suyo, se advierte en alguna de sus composiciones, se disipa ante la luz de sus creencias, que brilla en alguna de sus poesías inéditas. Así canta *A la Virgen de la Soledad*, recordando que su anciana madre le llevaba al pié de sus altares, y allí la dirigía plegarias fervorosas; recuerdo saturado de piedad y de cariño que dedica á la madre que le enseñó á sentir y á pensar, á esperar y á sufrir, y que le hace decir:

> «no son míos, suyos son
> los cantares que te canto.»

Y en esta misma composición, sentida y delicada, habla de una fe que, siendo ciega, guía; de una razón que, viendo, es ciega:

> «¿qué vale la lucha ardiente
> que, en esta Edad no creyente,
> riñe en pertinaz porfía
> con la fe, que, ciega, guía,
> la razón que, viendo, miente?»

Y es indudable que el poeta quiso escribir algo más que un retruécano, pues el objeto de su adoración es su puerto de bonanza cuando la duda desencadena el furor de sus tempestades y el alma vacila en el camino, lleno de abrojos, de la vida; en ese camino que conduce á la felicidad:

«que al cielo sólo se va
por la senda del dolor.»

Y esa senda es la que descubre siempre ante sus ojos, según confirma en *La Sierra,* donde ve:

«en la llanura, el trabajo;
el reposo, á media Sierra;
la recompensa, en lo alto;»

ó lo que es lo mismo: el trabajo, la pena, el desaliento; pero seguido del descanso para recobrar las agotadas fuerzas y llegar al fin de la jornada, siempre guiado, como por columna luminosa en el desierto de la vida, por la consoladora esperanza de la soñada recompensa.

Y esta idea inspira muchas de sus composiciones. En la titulada *Hartzenbusch*, en tres décimas magistralmente escritas, rinde al coronado vate el homenaje de su respetuosa admiración, como merece quien se elevó desde el oscuro taller al trono de la escena; aquel que

«nació para combatir,
combatió para triunfar,
triunfó para trabajar,
y murió para vivir.»

Consecuente con esa idea, tantas veces sustentada en sus POESÍAS, exclama:

«¡Ay del hombre que se abate,
olvidando en su delirio
que no hay dicha sin martirio
ni victoria sin combate!»

Para conseguirla se necesita esa firme esperanza, hija legítima de la fe, que le hace decir en *Mi deseo:*

> . . . «no hay mayor aflicción
> que llevar, buscando olvido,
> como náufrago perdido,
> á remolque el corazón.»

La Luz, creada por el *fiat* poderoso de Dios, tiñó los horizontes, iluminó los montes y los valles, los mares y los ríos, como faro bendito para orientar el mundo; y aunque el poeta no alcanza á explicarse cómo

> «se halla á veces tan sombría
> y oscura nuestra conciencia,»

es porque la humanidad vive *Siempre luchando*, epígrafe de otra de sus Poesías, en que dice:

> «¡Cuán pocas son las almas que no pagan
> su tributo á la duda!»

y en que, lo mismo del ignorante que del sabio, del poeta y del guerrero, de la virgen y de la madre, asevera que

> «en el mundo, en la celda, en el reposo
> de la vida más pura,
> no hay un alma, una sola que se libre
> del poder de la duda.»

Para el autor no hay alma más desgraciada que la que llega á sucumbir.

La fuerza del pensamiento, que todo lo destruye para crearlo todo, se encuentra reflejada en *La Inundación*, que invade prados, anega valles, convierte los arroyos en torrentes, los torrentes en ríos, y los ríos en mares que parecen no

caber entre los apartados continentes; de este modo el pensamiento

«destruye, inunda, arrasa, pero crea,
dejando, tras las ruinas del momento,
los gérmenes de vida de la idea.»

Por esto califica al pensamiento de «tirano de las almas, mar agitado de revueltas olas,» y parece dudar por un momento si hallará vida ó muerte, luz ó sombra después de las luchas de la vida, sin recordar que, en otras mil ocasiones, ha afirmado, que no hay premio sin lucha ni victoria sin combate.

En resumen: la amargura propia de la experiencia, ó la experiencia propia de la amargura; el desaliento, que nace de la vida, ó la vida que acaba por el desaliento; la vida que engendra la esperanza, ó la esperanza de otra vida mejor; toda la triste verdad de lo presente, impregnada de la risueña esperanza en lo futuro; alguna vez el escepticismo en los labios, pero siempre la fe en el corazón; si esto puede llamarse filosofía, tal es la filosofía que, en diseminados pensamientos, esmalta las POESÍAS INÉDITAS de Arturo Gil de Santivañes.

2. COMPOSICIONES VARIAS.—La circunstancia de tratarse de las PÁGINAS DE UN ALBUM aumenta la dificultad de este estudio, pero no empece para que, agrupando las composiciones por su índole y por su género, sigamos nuestro análisis, no deshojando esas PÁGINAS, antes bien combinando artísticamente sus hojas, que creemos—lo hemos dicho ya—la mejor corona del autor.

No hay género que no haya cultivado Santivañes, pues su album fué siempre el confidente á que, día por día, mejor, noche por noche, fué confiando sus secretos más secretos.

Harto bien lo demuestra la HISTORIA DE SUS AMORES, que aparecen entre las sombras del misterio en su tomo anterior de POESÍAS y que se manifiestan tal cual fueron, tal como se escondieron en las PÁGINAS DE UN ALBUM, en este volumen de POESÍAS INÉDITAS. Procuraremos deshacer la natural confusión de dichas PÁGINAS.

Hay en sus poesías líricas modelos diferentes, desde la fúnebre elegía hasta la alegre anacreóntica. No todas son de este volumen, pero esto no obsta para que citemos algo de lo que á nuestro propósito conviene.

Santivañes cantó siempre sus más queridas afecciones. Ya hemos indicado que, si cantaba á la Virgen de la Soledad, se debía al culto que la tributaba su madre idolatrada. Al rezar á la Virgen, rezaba á su madre.

Del mismo modo escribía á sus hijos, y en lo que más podía impresionarles halla enseñanza provechosa y que nunca debían olvidar. Si su hija Solita había admirado un Montgolfier que se perdía entre las nubes, hallaba asunto interesante para hacerle recordar

. . . . . . «del globo la enseñanza:
lo que se llena de humo sube pronto;
pero ¡más pronto baja!»

Si ha de compendiar en pocas palabras consejos á su hijo, que otro dictaría en indigesto fárrago, se concreta á recomendarle el amor y la bondad como única norma de su vida; bondad y amor que resplandecen en la suya y le dictan estos versos en su composición *A mi hijo:*

. . . . . . «que aquí se vive
con el sentimiento en guerra,
con un abismo en el alma
y otro abismo en la cabeza.

Bueno serás si eres mártir,
si no murmura tu lengua,
si el pensamiento aprisionas
con vergonzosas cadenas.
. . . .
. . . .
le pido á Dios que te otorgue
lo que mi suerte me niega.
Fe inquebrantable, hijo mío;
que jamás las alas negras
del demonio de la duda
anublen tu inteligencia.
Que ames con toda tu alma,
que con toda el alma creas,
que el sér que duda y no quiere
vive de más en la tierra.»

No hay niño que no haya jugado y se haya impresionado con la nieve, ese hermoso juguete que el cielo ó sus amiguitos los ángeles les envían de tarde en tarde; y en *La Nieve* dice á su hija Carmen que es imagen del alma, deseando

. . . . «que la tuya
de amor henchida siempre,
salga de estas batallas de la vida
blanca como la nieve.»

Otra vez, rompiendo su silencio, porque

« aquello que más se siente
más lo guarda el corazón,»

deja que su pluma escriba: *A mis hijos;* y, entonces, aun sabiendo que las flores del sentimiento sólo pueden conservarse allí donde nacieron, recuerda, enfermo, triste, solo, las dulces horas del placer pasado, siendo sus hijos su único consuelo, porque

« á veces permite el cielo
que haya en el desierto flores.»

Admira que quien así sentía los afectos de familia escribiese los *Ayes de una madre*, que llora á un niño que iba á contar seis años, y la dejase llorar por tener la amarga convicción de que no hay

«recuerdo que no se olvide,
ni dolor que no se acabe;»

pero no escribía á impulsos del escepticismo, que no puede tener por sepulcro un corazón, sino del desaliento que agotaba sus fuerzas, y de la melancolía que le dominaba en muchos momentos de su vida. Sólo en esos momentos se comprende que pueda visitar *El Cementerio,* en una

«tarde lóbrega y triste, como el recuerdo
que en el alma guardamos de los que han muerto,»

donde, cubriendo el nicho de su hijo, el templo de su amor, llora una madre, que adorna con flores aquel nicho. El poeta cree que el niño ha volado al cielo por no mancharse con el lodo de la tierra; y, sin proferir una palabra, porque el silencio es lo que mejor refleja la pena de una madre, se concreta á exclamar:

«¡Ay! Dichosas las almas que consiguieron,
sin mancharse de lodo, volverse al cielo.»

Tal vez la misma madre es la que juró al poeta ser siempre suya, y pronunció *El Juramento:* primero, junto á la tumba de su hijo; después, junto al sepulcro de su madre. Pero esto corresponde al capítulo de los juramentos y de las promesas; como si dijéramos, al capítulo de los amores.

Y sólo en momentos tales, como hombre divorciado de la suerte, examina *Lo que me queda*, y halla que la realidad disipó sus sueños de gloria y de ambición; que consagró su

corazón á la patria, madre desgraciada, martirizada por sus hijos; que quiso condensar su placer en el hogar y le halló desierto; que cifró en una mujer su vida y su ventura, todos los restos de su fe, y tiembla porque un día puede la mano del destino dejarle sin su amor, como antes sin hogar, sin ambición, sin patria.

Una de sus mejores composiciones, impregnada de ese mismo tinte de melancolía y de amor que da carácter á sus poesías, es la intitulada *En el Monasterio de San Onofre.* Sus décimas, inspiradas y fáciles, rotundas y elevadas, son un modelo de esta combinación métrica, una de las más genuinas de nuestro Parnaso. Las descripciones son magistrales, y el poeta nos hace asistir al cuadro de sombras que se extienden sobre las siete colinas y las históricas calles de Roma, sombras en que sólo brilla la gigantesca cruz del Vaticano, foco de luz que ilumina el mundo. El poeta canta al pié de la encina, que prestó su sombra al Tasso, y aunque busca vida y luz,

> «sólo ve sombra en el monte,
> y sombra en el horizonte,
> y sombra en el pensamiento.»

Hemos dicho que es un cuadro de sombras el que el poeta traza, quizá copiando el cuadro de tinieblas de su alma; esas tinieblas que le hacen tanto mal:

> «¡La oscuridad me rodea!
> No hallo una luz bendecida,
> ni en el mundo de la vida,
> ni en el mundo de la idea.»

Y hemos dicho las tinieblas de su alma, porque—él nos lo dice—la duda, el materialismo, la indiferencia mortal,

el escepticismo estéril han secado los manantiales de la vida

> «y es la noche de la idea
> más negra que la del mundo.»

El hombre cansado de pensar, no sabe ya cómo sentir; y tiembla al ver

> «que, envuelta en sombras la vida,
> no es ya vida, sino muerte;»

y el desaliento habitual le inspira de nuevo:

> «¡Menguados los frutos son
> del humano entendimiento!
> ¡Ha apagado el sentimiento
> sin dar luz á la razón!»

Pero las sombras del alma, como las sombras del cielo, hallan siempre una luz que las disipe; y el cuadro sombrío principia á iluminarse con la luna, que surge tras los montes y se refleja en aquella misma cruz que conservó débil luz entre tinieblas...

Renunciamos á trascribir algunas décimas, para que puedan nuestros lectores aspirar el perfume de poesía de que están impregnadas. Sería trasplantar flores preciosas, y las flores trasplantadas tienen siempre vida efímera.

De intento hemos dejado para este sitio de sus *Composiciones varias* la escrita para el aniversario ducentésimo sexagésimo de la muerte del príncipe de los ingenios españoles, publicado en un precioso *Album literario* que, en conmemoración de ese suceso, dió á luz en Madrid la Redacción de la revista literaria *Cervantes*. Titúlase *Un paso que pasó en 24 de Abril de 1616*, y es un precioso romance, con al-

gunas cuartetas ingeridas para el diálogo, que tiene en su lenguaje y construcción ese sabor clásico de los romances de

«allá, por aquellos tiempos
de tapadas y de dueñas,
de cuchilladas y citas
y de misteriosas rejas.»

Es la acción en aquellas famosas Gradas de San Felipe, mentidero oficial donde hacía el gasto implacable falange de faranduleros, poetas y comediantes, zurcidores de cábalas é intrigas, víboras que acababan por morder la lima con que intentaban destruir obras ajenas. Un hidalgüelo ingerto de poeta, momentáneo corifeo de desocupados, plantas parásitas que en todas las Edades han manchado las calles de la Villa coronada, peroraba con ronca y descompuesta voz acerca de Cervantes, muerto la mañana anterior, adelantándose á la obra de la tierra, ó, lo que es lo mismo, á convertir en polvo sus huesos; que en achaques de pronunciar responsos la envidia y la impotencia junto á toda huesa aún no cerrada, no desdice ni niega el parentesco con esta generación aquella su religiosa tatarabuela. El corro escuchaba gozoso y alborozado,

«pues siempre encuentra la envidia,
para su alabanza, lenguas;»

pero un hidalgo de buen aspecto, aunque de hombros tuertos y piernas zambas, tan pronto á mover la lengua como á manejar la tizona, interrumpió bruscamente al poetastro con este violento apóstrofe:

«Por Dios, que se echa de ver,
al oiros desbarrar,
que os atreveis á juzgar
lo que no sabeis leer.»

Quiso el murmurador desenvainar su espada; pero el recién llegado le aconsejó con calma y energía:

«Dejad en paz el acero,
buen hidalgo, por favor;
que es mejor, mucho mejor,
que discutamos primero.
Las razones que teneis
vale más veamos antes,
pues nada gana Cervantes
con que os mate ó me mateis.»

El concurso, versátil y tornadizo como todos, aplaudió al hidalgo y se agrupó á su rededor, ávido de escucharle; y el desconocido, aun creyéndose eximio letrado del ilustre ingenio, enumeró una á una sus inmortales obras, sintetizándolas en brevísimas palabras, que demuestran el concienzudo estudio del escritor, afirmando que el *Quijote* es el primer libro del mundo y su autor, por ende, el primero de los autores.

Santivañes nos revela quién era el defensor de Cervantes, aquel hidalgo hombrituerto y patizambo, en estas dos redondillas:

«Y si acaso por agravios
tomar mis dichos le agrada,
sepa usarcé que mi espada
apoya siempre mis labios.
Con que, á sus órdenes quedo:
vea si quiere reñir,
ó en qué le puede servir
Don Francisco de Quevedo.»

El poetastro se confundió entre la gente: sonrió desdeñosamente D. Francisco, y Cervantes quedó vindicado por Quevedo.

Sentimos muy de veras no poder reproducir íntegra tan preciosa composición.

Digamos ahora algo de los *Sonetos* de Santivañes.

Se ha creído el soneto la composición métrica más difícil de escribir. Así lo ha confirmado el famoso que principia:

«un soneto me manda hacer Violante,
y en mi vida me he visto en tal aprieto,»...

y así se ha venido creyendo, y trasmitiéndose la creencia á beneficio de inventario literario, fundándose, entre otras cosas, en la dificultad de encerrar un pensamiento completo en catorce endecasílabos, ó en diecisiete si se le añade un estrambote. No es tan pobre nuestra lengua—y patente de los caudales que posee es el lastimoso derroche de sus palabras—que sea empresa difícil combinar, cuatro á cuatro, los consonantes de sus cuartetos, y tres á tres ó dos á dos los de sus tercetos; ni los límites de catorce endecasílabos, es decir, de ciento noventa y seis sílabas, forman estrecho molde para encerrar completo un pensamiento. Tan difícil empresa, ó más difícil tal vez, sería escribir una buena décima, y, sin embargo, la verdadera dificultad está en señalar las mejores entre las mejores de nuestro Parnaso. Así lo ha mantenido uno de nuestros más ilustres críticos modernos, y así lo demuestra el asombroso número de excelentes sonetos escritos en nuestra rotunda y majestuosa lengua.

Pero ello es que se repite en todos tonos que el soneto es la más difícil de las composiciones, y que nos conviene consignar que Santivañes manejó magistralmente el soneto. El lector formulará las consecuencias.

Nos bastaría citar cualquiera de sus *Sonetos* para demostrar nuestra tesis, y hemos de renunciar, no ya por lo difícil

de la elección, sino también por no quitar su interés á los que hallará el lector en diferentes páginas de este volumen. Citaremos, sin embargo, algo como muestra.

En el titulado *Respuesta,* y la pregunta debió ser lo que entendía por amor, nuestro poeta dice:

> «Amor, es á la vez gozo y tormento,
> dolores y placeres sin medida,
> constante desear del pensamiento,
> fundirse en el crisol del sentimiento
> el alma, el corazón, la fe y la vida!»

Estos cinco versos bastan para comprender cómo manejaba el soneto Santivañes.

Y para que no pueda redargüírsenos de apasionados admiradores, trascribimos íntegro el siguiente:

> «¿Dudo? ¿Creo? No sé: mi pensamiento
> en vano busca la verdad desnuda;
> en vano apelo, demandando ayuda,
> á la sincera fe del sentimiento.
> Dentro del corazón, en violento
> combate sordo y en batalla ruda,
> riñen airados la maldita duda
> y el infinito amor que por tí siento.
> Mujer, mujer, á quien rendí sin pena
> el alma que en tus ojos se retrata,
> la propia vida y la ventura ajena,
> da fin á mi dolor; y, fiel ó ingrata,
> haz morir el amor que me enajena,
> ó acaba con la duda que me mata!»

Digamos, en fin, que hablaremos de otros en el siguiente artículo, y basta de *Sonetos*.

Para terminar este artículo de *Composiciones varias*, hemos dejado como últimas aquellas que, al poderse clasificar entre *anacreónticas* y *madrigales*, difieren, por su esencia, de las

que hemos agrupado, aun en poesía subjetiva. Y si, para explicarlo, hubiéramos de dar razones, sería la primera que en éste, como en otros, nos referimos al artículo que sigue. Cúmplenos sólo consignar que había en Santivañes lo que hoy se llama flexibilidad de ingenio—ha habido quien lo ha llamado elasticidad de espíritu—y que—ya lo hemos apuntado—su bien tajada pluma así servía para el amoroso idilio y la alegre cantilena como para la fúnebre elegía; así para escribir la elegía de sus amores como para los amores de sus cantares.

En su libro Poesías hay algunas, verdaderamente notables, que no parecen escritas con la misma pluma que las que van en este tomo. Y, sin embargo, ha sido una misma la que ha pintado el cuadro alegre de los sencillos placeres del campo, del vino y del amor; la que ha trazado luego el cuadro sombrío de un drama de amores misteriosos, con todas las borrascas de las dudas y los celos; tempestades que han agitado el mismo corazón; que antes latía por tranquilos y plácidos amores.

No afirmaremos que escribió poco, pero sí que publicó poco de ese género, de que tan excelentes muestras dió á luz en otro libro. Es una de ellas una preciosa *Anacreóntica* que principia así:

«Ven á mi lado, Nisi:
llena, Nisi, mi copa,
de ese néctar que el Betis
con su raudal sazona.
Aquí, en esta ribera
agreste y silenciosa,
vivamos olvidados
del mundo y de sus pompas.»

Y el poeta se ríe de los que le tildan de loco por querer vivir con Nisi en apartado valle, sin que le seduzcan ni des-

lumbren las espléndidas futilidades, ni la futilidad de la esplendidez de la corte:

«De loco se me tilda;...
Mas ¡bah! ¿qué se me importa,
si yo, con mis locuras
á tí te he vuelto loca?»

Los que le tildan de loco no saben—él lo dice—lo hermoso que es el campo, la paz que reina en él, viviendo entre los brazos de amorosa zagala, libando entre sus labios «las mieles de su boca.» La corona entretejida con amapolas y violetas infiltra el sueño tranquilo que huye de los que ciñen la corona imperial. Los besos de su Nisi hallan eco en el arrullo de las aves, el murmurar de los arroyos, los flébiles sonidos de las selvas:

«Que, al eco de tus besos,
gorjean las alondras,
los ruiseñores cantan,
se arrullan las palomas,
susurran los arroyos,
agitanse las hojas,
parece que revive
Naturaleza toda.»

Y compartiendo el culto entre Venus y Baco, cuando se cansa de hablar, dice á su zagala:

. . . . . . «de nuestra choza
salgamos; pero antes,
Nisi mía, mi diosa,
acerca la botella
y lléname la copa
de ese néctar que el Betis
con su raudal sazona,»

decidido, en tanto que su Musa le inspire y su Nisi responda enamorada, á gozar siempre la paz, que huye espantada del ruído de las ciudades,

«bebiendo de mi vino
y en brazos de mi hermosa.»

Si la anacreóntica ha de ser lo estatuído en la preceptiva literaria, ésta puede citarse como un verdadero modelo del género. Compárese ahora esta alegre composición, de perfecto sabor clásico; este cuadro de amores del campo, con otros sombríos cuadros de amores, que tienen por marco sus albums inéditos, y no se creerán obra de la misma pluma, si no se concede al autor una flexibilidad de ingenio, muy rara en los autores.

Cuando Santivañes quería encerrar en pocos versos un pensamiento tierno y delicado, lo conseguía «con esa difícil facilidad,» que es la desesperación de los que quieren escribir idilios y madrigales. No podemos dejar de trascribir uno que es un verdadero modelo. El color de dos rosas da asunto al poeta para escribirle. Héle aquí:

«Una rosa amarilla, otra encarnada
sobre tu corazón...
¿No ves en esas flores, vida mía,
la imagen de los dos?
De querer á una rosa, la otra rosa
ha perdido el color.
Tú eres la rosa de color brillante;
la amarilla soy yo.»

¡Ah! Lo que para nuestro poeta fué asnnto de un madrigal era trasunto de su vida. Él era la rosa amarilla, que perdió su color, por querer á la encarnada; pero, al perder su color, perdió la vida.

Y ahora dos palabras acerca de los *Cantares*.

Santivañes escribió muchos y publicó pocos. Y no por no haber superado la dificultad de hacerlos con ese sabor popular, más aún, nacional, que forma, de la inagotable colección de los cantares españoles, uno de nuestros más

ricos joyeros literarios; tanto más rico, cuanto por manos más toscas ha sido pulido y engastado. Recordamos haberle oído muchos, que no nos atrevemos á reproducir, por no cometer la profanación de rellenar los huecos debidos á nuestra infiel memoria; y en todos ellos, como en los que aquí damos al público, como en otros muchos que deben andar dispersos ó perdidos entre amigos que se precian de buenos pagadores y son morosos para pagar las deudas literarias resalta el carácter privativo del verdadero cantar, que—si no nos engañamos—debe ser obra espontánea de las gentes del pueblo, y no composición habilidosa de los que se han pasado las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio, nutriendo su inteligencia con infóleos indigestos.

Que Santivañes supo vencer esa dificultad, quedará demostrado con insertar cualquiera de sus cantares. He aquí uno:

El dia de los difuntos
al Cementerio me voy;
que yo tengo un cementerio
dentro de mi corazón.»

Un hombre del pueblo, que llevase muertos en el corazón,—permítase la frase—hubiera compuesto este cantar como Santivañes le escribió.

Y este es su mayor elogio al tratarse de Cantares.

3. HISTORIA DE UNOS AMORES.—Llegamos al punto más difícil de tratar en este *Prólogo*.

Hemos de condensar en pocas palabras una historia rodeada de misterios, historia tanto más difícil de narrar, cuanto más secreta ha sido, aun para los más íntimos amigos del autor; historia, sin embargo, que el lector discreto ha de de-

ducir de la lectura de estas POESÍAS INÉDITAS, inspiradas y dictadas por un amor que debió revasar los límites de la pasión y pararse tan sólo en las fronteras del delirio.

Al narrarla, no hemos, por tanto, de divulgar secretos ni vender confidencias; antes al contrario, si algo sabemos, hemos de olvidarlo. Si un sepulcro encierra secretos, hacemos de nuestro corazón otro sepulcro. Lo único que haremos es dejar hablar al autor, porque los muertos hablan, cuando dejan en sus obras algo intenso como el sentimiento y eterno como la idea.

Lo único que haremos, ya que los muertos hablan, es encauzar las oleadas de pensamientos y los torrentes de sentimientos que se desbordan en sus obras; ó, lo que es lo mismo, acompañar la mente del lector por el camino incierto de una historia que deducimos, pero que no copiamos, ni mucho menos inventamos. No somos, pues, amigos indiscretos del autor: somos severos escoliastas del poeta.

Que el lector benévolo, que nos ha seguido hasta este punto, no nos abandone hasta el epílogo, seguro de haber hallado guía fiel que, desde el punto de partida al de llegada, le aparta de toda vía tortuosa, de las escabrosidades de la indiscreción, de los peligros de los secretos divulgados.

Porque, lo hemos dicho en la HISTORIA DE OTRO LIBRO: los autores tienen la bondad de confiarnos sus secretos, pero de confiárnoslos en letras de molde, con toda la diplomacia de la discreción. No hay, pues, que arrancar secretos, que ellos mismos confían.

Al saludar la aparición de ese libro, lo decíamos también por deducción. Tiene aquel volumen tres composiciones, que carecen de título. Su epígrafe es ⁂ y tres estrellas son, entre nuestros vecinos los franceses, la careta ortográfica con que se encubre el nombre de una dama; y una dama cuyo

nombre había menester un antifaz, que en tipografía se dibuja con tres estrellas (***).

Y si quien ha menester un antifaz se disfraza, y si quien se disfraza se esconde, y si quien se esconde tiene alguna razón para esconderse, el antifaz de tres estrellas (***) de una *ella* era para esconderse de un *él*. Nos basta subrayar esta palabra para que el juicioso lector lo halle en la composición que trascribimos:

> «Una nube no más enturbia el cielo:
> una mancha tan sólo empaña el sol:
> la huella de un gusano miserable
> quita brillo á la flor.
> Si *él* es mancha, y es nube, y es gusano,
> ¿cómo quieres que yo
> deje que empañe el sol, que manche el cielo
> y que huelle la flor?»

Mancha, nube, gusano... mancha, sin duda, del cielo de su amor; que las *manchas* del cielo pueden llamarse *nubes; gusano* de la *flor* de su ilusión, que los roedores de una *ilusión* pueden llamarse *gusanos:* ¿qué mucho que se quiera borrar la *mancha*, ahuyentar la *nube*, aplastar al *gusano?* Traduzca, quien sepa traducir, lo que significan estos versos:

> «Cuando á tu lado le miro
> sereno, alegre y gozoso,
> cuando veo que en los suyos,
> tal vez por descuido, se fijan tus ojos,
> siento agitarse iracundas,
> de mi pecho en lo más hondo,
> sin que pueda dominarlas,
> horribles tormentas de celos y odios.
> No importa que para el mundo
> esté impasible mi rostro:

sereno está el mar á veces
y rudas borrascas conmueven su fondo.
!Ay! En aquellos momentos,
ciego, delirante y loco,
en la muerte y en la vida
quisiera, bien mío, mandar á mi antojo.»

¡Pobre *gusano,* si el autor mandára á su antojo en la muerte y en la vida!

Los secretos, pues, están en letras de molde.

Hagamos el resúmen de secretos revelados por el autor. Primero: ama apasionadamente á una incógnita; segundo: vive en un perpétuo purgatorio de dudas y de celos; tercero: la incógnita no le pertenece y no se pertenece.

¿Por qué?

Él nos lo dice en tres sonetos, que titula *De viaje.* Hay alguien, un amante, un marido, no nos importa quién, que se lo impide. La gravedad del impedimento nos hace pensar en la seriedad del matrimonio. Así nos explicamos las dudas y los celos, las vacilaciones que no terminan hasta que nos hace asistir á la Estación, donde la impaciente locomotora despide densa columna de humo, dispuesta á arrastrar obstáculos de tanto peso como tiene un amante ó un marido. Resuena la campana y el estridente silbido del vapor, óyese su poderosa respiración, el tren se pone en marcha y un monstruo arrastra á otro monstruo.

El poeta saluda, canta, bendice á noche tan feliz. Desde la Estación á la casa de su amada escribe el segundo soneto. El tercero es el primer jalón que fija en el camino de su felicidad. Lo que en él dice nos hace formular el cuarto punto de nuestras deducciones; la posesión del objeto amado. Tres sonetos de un album, tres momentos de una noche, bastan para que el lector discreto formule la misma deducción.

¿Qué sigue á esos momentos? La verdadera HISTORIA DE SUS AMORES, que escribe en sus albums, por hechos culminantes y no por soñolientas efemérides. Desde que llega á las puertas de la felicidad, esconde sus secretos tras los muros de un album; muros que, lo hemos dicho en otro artículo, solamente suelen traspasar dos personas. Y el album se convierte en una especie de santuario, en que la adoración dicta la dedicatoria y la muerte impide escribir la última página. Nos basta mariposear las hojas de esos albums para fijar los demás jalones del difícil camino de esta apasionada historia.

Y, para proceder con método, consignemos—será nuestro quinto dato—que conservó todas las ilusiones del enamorado, sin que la posesión del objeto amado entibiase su pasión. Es una especie de culto fervoroso que tributa desde el santuario de su corazón, y lo prueba, lo hemos de decir luego, el cuidado con que celebra los aniversarios de una fecha de felicísimos recuerdos; aniversarios fielmente observados en lo que pudiéramos llamar el santoral de sus amores.

Por esto, como antes escribía sus ilusiones, sus sueños, sus esperanzas, sus dudas, sus incertidumbres, y estas palabras son á la vez título y asunto de muchas de sus composiciones, vuelve á escribir después de haber traspasado los límites donde su mente apasionada forjára la felicidad, prueba evidente de que ésta no había desvanecido la ilusión. Basta para demostrarlo compulsar las fechas de muchas POESÍAS INÉDITAS, posteriores á la de aquel *Viaje*, que nos ha dejado en tres sonetos; á la de aquella noche memorable en que un tren le libró de todos los obstáculos y en que él llegó al fin del camino de sus sueños.

¿Necesitaremos probarlo? Pues justamente *Sueños* titula una composición, donde aún se pregunta si es realidad estar

con *ella,* siendo el destello de sus ojos la luz de su cerebro, hallándose tan sólo á la distancia en que puede fundirse un beso apasionado, *solos* los dos, y lamentándose de que escriba á otro, que es su dueño, por «la sociedad, la ley, la iglesia misma»—él mismo nos confía su secreto;—ó, lo que es igual, porque el dueño recibirá una carta, mientras él recibe todos los *efluvios* del sér idolatrado, y ya hemos dicho á qué distancia. Cuando aún se pregunta si serán sueño los sueños, preciso es convenir en que conserva la ilusión de sus ilusiones.

¿Es esto poco? Pues ahí tenéis la composición *Ilusiones y Esperanzas,* muy posterior también á ese *Viaje*, que hemos calificado de primer jalón de su felicidad, en que se acusa de dejar trascurrir días y noches sin escribir versos. Lo dice con esa candidez peculiar á los niños, que son siempre apasionados, y á los apasionados que son eternamente niños: es un *holgazán,* aun cuando cursa los ejercicios prácticos del amor.

Pues si aún es poco, leed otros renglones que intitula *Incertidumbre.* La incertidumbre es porque *ella* tarda... ¿Sabéis cuánto tarda? Lo que se tarda en oir misa. ¡Ah! Nos parece cruel que las mujeres amadas no oigan siempre misa de tropa, si estas misas no tuvieran los inconvenientes que tal vez podrán decirnos de misas. El heroismo raya á veces en las fronteras de la candidez, como la candidez tropieza á veces en las fronteras del heroismo.

Es que el autor sentía—decimos de intento la palabra, porque las palabras son objeto de recordación,—sentía eso que han dado en llamar nostalgia, y nosotros llamaremos de otro modo; que no en balde las palabras son objeto de recordación.

Hablábamos un día con el inolvidable autor de estas Poe-

SÍAS INÉDITAS: era un día próximo al último suyo, día triste y lluvioso, que parecía reflejar los pesares de sus ojos, como sus ojos parecían reflejar los pesares de su mente. Hubimos de permitirnos la frase acostumbrada con los hombres de talento, olvidando, en la prosa de la vida, ante la vida de su poesía, que los hombres de talento son hombres de corazón; y preguntamos, mejor dicho, nos hizo preguntar nuestra amistad:

—¿También V. padece *nostalgia*?...

—No, nos contestó nuestro querido amigo. Nuestra hermosa lengua no tiene palabra para mi enfermedad, porque nuestra lengua, aunque fuera más hermosa, más etimológica que la griega, raíz de mi palabra, no tiene ni la exactitud del sentimiento, ni el sentimiento de la exactitud. Recomiendo á V. mi palabra, siquiera en nombre, y el nombre es para el corazón lo que la inteligencia para la palabra, porque lo que yo tengo es *cardiostalgia*.

La palabra nos impresionó por la amistad, no por la lingüística: de sobra sabíamos, aun olvidados aquellos pobres rudimentos de la más pobre graica oficial que καρδιὸς *(kardiós)*, significa corazón; que la τ *(tau)* es, como otras varias, letra de enlace y letra eufónica de aquel pueblo, que tenía el sentimiento estético aun en el sentimiento del lenguaje; y que, por ende, el neologismo de nuestro amigo, como si dijéramos, la palabra nueva de un dolor muy viejo, significa: dolor, pesar, sentimiento del corazón, como esa otra palabra averiada en los arroyos del periodismo—que en esos arroyos puede haber averías—significa dolor, pesar, sentimiento de la inteligencia.

Un paréntesis, sin el signo ortográfico ni tipográfico del paréntesis: nuestro amigo no nos dijo *cardialgia;* cardialgia sería una buena palabra de orígen aprendida por médicos,

mientras *cardiostalgia* parece ser palabra inventada por poetas. Y queda cerrado el paréntesis de lingüística.

El amor tiene idolatría, como la amistad la tiene también. Y esa idolatría se lleva, no ya hasta los límites de un beso, sino también hasta los límites de una palabra. Muchas veces hemos meditado esa observación, tan científica como amorosa: no sabemos si predominaba la ciencia, no sabemos si predominaba el amor... sabemos tan sólo que en esa palabra se condensaba la vida de sus dolores, ó los dolores de su vida. Y ¿sabéis por qué, aquellos que os podéis llamar amigos del autor, de su mente ó de sus obras; aquellos que, aun siendo amigos, más que amigos, apasionados del autor, no conocéis sus obras, y mucho menos conocéis su mente?...

Os lo diremos, porque el que sabe, ó ha aprendido, tal vez del autor, la etimología de una palabra, puede haber estudiado, puede mejor haber experimentado la etimología de un sentimiento: que los sentimientos, mejor que las palabras, tienen su *veriloquium*, llamadlo, si os place, su razón de ser.

Nos perderíamos, al querer dar explicaciones. Trátase de la HISTORIA DE UNOS AMORES, y él incluía en sus amores, como amor que no se llama amor, al amor de la amistad; no hay por qué decir que había de incluir el amor. De aquí lo que otros autores, que con él colaboraron, quisieron hallar en la estética de la palabra sin estudiarlo en las obras de la estética; como si dijéramos en el sentimiento de la estética y no en la estética del sentimiento.

Esto confirma lo que hemos dicho acerca de la palabra *nostalgia*, canto rodado por los ríos, ó por los arroyos de los escritores vulgares, y que puede sustituirse por la palabra *cardiostalgia*, canto anguloso, no rodado, de los que escriben porque sienten. ¿Sabéis por qué? Porque hay que inventar pa-

labras para el dolor, si el dolor, que es cuestionable, puede inventar palabras; y si las impresiones del dolor pueden sugerir la invención de palabras nuevas.

Dejamos para más adelante lo que llamaremos resultados de ese doble dolor; dolor que se refleja en las enfermedades del alma, como las enfermedades del alma se reflejan en las enfermedades del cuerpo.

Y acerca de esas palabras, de esos neologismos, sentidos y no escritos, diremos que el placer como el dolor han resuelto el problema insoluble para filólogos y lingüistas: el problema del lenguaje universal. Y decimos que el placer y el dolor han resuelto ese problema, antes insoluble, del lenguaje universal, porque el dolor, lo mismo que el placer, dicta un lenguaje, que se oye porque no se habla, que se lee porque no se escribe. Y si algún sibarita del placer como algún sibarita del dolor—los hay así, que en el carnaval de la vida se disfrazan con el traje de poetas—hace ascos á la frase, porque no todos los estómagos literarios pueden resistir la digestión de una frase fuerte, bueno es que sepa que los que no padecen su dispepsia no pueden, como ellos, creer que se siente ó se goza ese lenguaje, porque no se lee ni se escribe. Amigos, admiradores, entusiastas, escoliastas del poeta, consignemos que las huellas de la pluma duran más que las del plomo de la fundición, que las huellas del sentimiento no son plomo, sino bronce indestructible en el corazón, ó, lo que es lo mismo, que el hierro de la sangre se trasforma en bronce del sentimiento, y se goza por lo mucho que se siente, y se siente por lo mucho que se goza.

Ya tiene el lector explicada la palabra *cardiostalgia.*

Pero siempre apasionado, aun con esa enfermedad vieja que requería palabras nuevas; es decir, con un arcaismo del amor y un neologismo del lenguaje, conservaba, como fuego

sagrado, la llama de su ilusión, ó mejor, tal vez, de su pasión; pasión que parece que aumentaba cuando salía de las fronteras de su patria, como si las naciones amigas protegieran á los amigos del amor oculto. Lo decimos porque, recordando las muchas composiciones que escribió en diferentes puntos de Francia é Italia, tropezamos con dos escritas en Biarritz, que merecen, una sobre todo, algunas palabras. Nos referimos á las que el lector hallará en el texto, con los epígrafes de *En la Gruta* y *A la Hiedra*.

¿Qué hubo *En la Gruta?* ¿Qué *gruta* era esa? Sólo sabemos lo que él nos dice *que hubo* en una gruta, *que hubo de haber* en Biarritz; *gruta,* en cuyas rocas se estrellaban las olas turbulentas; y no sabemos, tan gráfica y concisa es la pintura que nos hace, si las olas son nubes del mar, ó si las nubes son olas del cielo. El Océano, con toda la inmensidad del agua, no es más que imagen de la inmensidad de su cariño. Todavía, víctima de la *cardiostalgia,* si recuerda el hondo del mar es porque recuerda, cree recordar, el hondo de su pena. ¡Penas, lejos de su patria, con la mujer amada, junto al mar y en ignorada gruta!... Juzgue el lector discreto por estos cuatro versos que robamos á su interés:

> «Altar fué el mar; ara santa.
> las rudas y enhiestas rocas;
> la inmensidad, el testigo
> de aquellas eternas bodas.»

Se celebró la boda en una gruta.

No sabemos si la gruta tendría hiedra: sabemos, sí, que escribió *La Hiedra*, una de sus POESÍAS INÉDITAS, que puede ser desesperación para los poetas de sentimiento; es decir, para los poetas que no estén en autos, como dicen los prosistas del foro. Mil veces hemos estudiado esa composición, que nuestra memoria nos hace repetir con insufrible

tiranía, y nunca acertábamos á comprenderla; tanto tiene de enigmático, de simbólico, de cabalístico, hasta que hubimos de resolver la duda pensando que los símbolos, los enigmas y las cábalas tienen sólo una base: la base movediza y deleznable de la superstición.

Es la hiedra, en el vulgar sentir, hierba que mata; y el vulgar sentir corresponde á lo que, por admitido y corriente, es vulgar científico, de ser una planta trepadora, cuyas múltiples escondidas y traidoras raicillas asesinan al árbol que las nutre. La hiedra es un animalillo parásito de la Botánica como otros animalillos son los trepadores de la Zoología. Pero nos dice el poeta:

«Ella al tronco carcomido
en el invierno resguarda
de los fieros vendavales
que su existencia amenazan.
Ella, durante el estío,
rico pabellón levanta,
bajo cuya fresca sombra
el árbol viejo descansa;
y ella le da tanta vida,»
. . . .

Los puntos suspensivos bastan para que el lector discreto comprenda lo que, en achaque de locura, y la locura es siempre contagiosa, hemos apuntado, tal vez por miedo al contagio, acerca de la superstición. Leed despacio, ó, lo que es lo mismo, meditad la que ahora es de referencia, y hallaréis que en el árbol de la inspiración trepaba la hiedra de la superstición que la ha dictado.

Una hierba miserable, más que miserable, porque hay hierbas que tienen hasta traidores instintos, es la que se adhiere á un tronco carcomido, á un, para nosotros, pobre viejo; para el poeta, caduco sér que necesita, si ha de li-

brarse de la fuerza del vendaval, la debilidad de una cabaña, pero de una cabaña de hiedra... ¿Comprendéis esto? Pues seguramente no. No en balde hemos dicho que la locura es contagiosa, y la superstición es una locura, y esta poesía está saturada de superstición. Tal vez por esto no entendemos, no podemos entender lo del pabellón que levanta en los abrasadores días del estío, para que un tronco viejo, que tal vez no puede ver la luz, necesite sombra; sombra que, por ser comparación vulgar, no nos hará nombrar la sombra letal del manzanillo; ó, lo que es lo mismo, la de los árboles de la superstición, que, tras las luces de la vida, proyectan las sombras dc la muerte.

Que esa luz disipe las sombras, ó que esas sombras aumenten la luz de ese verso, que tanto tiene de luz como de sombras, en que, al seguir hablando de la hiedra, termina:

«ella le da tanta vida»...

Hay que seguir el lenguaje del poeta: le da la vida de la muerte, tal vez porque, donde principia la vida de la muerte, empieza la muerte de la vida.

Hános referido uno que, cuando Santivañes *cultivaba hiedra,* era emigrado que se apoyaba *en las muletas de la desgracia,* como nuestro autor adquiría para otros *muletas* que le permitía la desgracia de su fortuna, que un día, mejor dicho, una noche, llegó al Casino—esta palabra no significa siempre centro de juego, sino de reunión, de amistad, de recuerdos de la patria pasada, de esperanzas de la patria futura, de revoluciones locas, ó de locas conspiraciones—y hubo de preguntarle algo parecido, en esto de *La Hiedra,* á lo que es la duda de nuestra ignorancia ó la ignorancia de nuestra duda. Érase ya en aquel tiempo en que las sombras

de su cerebro marcaban las primeras arrugas de su espaciosa frente, y en que las traidoras arrugas de su frente denunciaban las primeras sombras de su espíritu. El emigrado de las *muletas* de la desgracia, tal vez compradas con la desgracia de la fortuna, hubo de interpelarle acerca de la hiedra, sobre esas sombras que son arrugas de la luz, sobre esas arrugas que son sombras de la carne. Nuestro poeta miró al fondo de una copa de absinto *aristocrático*, como si leyera la respuesta escrita en el fondo de la copa; y, apurándola, tal vez para que nadie leyera su secreto, le dijo:

—Es uno de mis últimos cantos. Escribir *La Hiedra* es evocar la muerte.

Al árbol de su superstición se adhirió la *hiedra* de sus creencias. Santivañes murió poco después. Se despedía de la hiedra diciéndola:

> «florece sobre la losa
> de mi tumba solitaria.»

El poeta se compró el ataud y hasta las flores del sepulcro.

. . . .

El resúmen es fácil, y el lector le puede hacer. Santivañes tiene un resúmen, escrito en ocho endecasílabos, que no reproducimos, para que el lector haga el resúmen. Es una composición, que titula *Tú*—ahí está *La Historia de sus amores*—síntesis de las que escribió en varios sonetos, condensando bellezas de ciudades extranjeras, para hacer el resúmen en esa belleza que epigrafío sólo con *Tú*.

Juzgue ahora el lector si los datos de la lógica del escoliasta responden á la lógica de los datos del poeta. Y los datos ya no exigen número, porque la pasión ni razona ni numera.

Ahora, como el viajero fatigado por penoso camino recuerda en el punto de llegada los que recorrió desde el punto de partida, el lector, fatigado también por este largo estudio, puede recordarlos por los diferentes jalones que hemos fijado en el camino que nos ha ayudado á recorrer. Que el autor amó á una incógnita, punto primero que ha de ser el último; que vivió en un terrible purgatorio de dudas y de celos; que *ella* no le pertenecía y no se pertenecía; que las ilusiones de la esperanza se aumentaron en el cielo de la posesión, pero conservando siempre reminiscencias del purgatorio de celos y de dudas; que su amor, digno de otros siglos, le deparó la *cardiostalgia*, pues para el arcaismo de su amor creía necesario el neologismo del lenguaje; que el que, por su posición y su fortuna, podía aposentar su amor en un palacio, gustaba de esconderle *En una Gruta;* que el que, por su talento incontestable, se reía de las supersticiones, tenía la superstición de la *hiedra*, que deseaba para su gruta y para su sepulcro... tales son los jalones que hemos fijado en nuestro camino, y que el lector encontrará, como piedras miliarias conocidas, en las páginas de este volúmen. Y si, aguijoneado por el interés de la curiosidad, ó por la curiosidad del interés, nos dice *que no hemos despejado la incógnita*, sólo podremos contestar que tan sólo en una composición, la intitulada *En una pandereta*, aparece un nombre propio, que puede ser la incógnita, lo que es la X en las matemáticas, lo que son las tres estrellas (⁂) en la poesía. Con ese nombre puede, si le place, sustituir las tres estrellas (⁂) ó la X.

Ahí tenéis en ese tomo *cosas*, que abandonamos á cualquier coleccionista de las pasiones, como si dijéramos, á cualquier coleccionista de las locuras. Revolvedlo, mezcladlo, confundidlo y, si podéis, asimiladlo. Es una heterogénea análisis que produce una síntesis homogénea. Musgos

espontáneos, flores cultivadas; como si dijéramos, musgos espontáneos por la pasión del amor, flores cultivadas por el delirio del placer; troncos viejos que dan vida á plantas nuevas, plantas nuevas que hallan su vida en la muerte de troncos viejos; y, si esto es poco, piedras, que parecen lágrimas de una *gruta*, lágrimas, que parecen piedras de un alma; el cariño, tejiendo la telaraña de la ilusión, la telaraña de la ilusión, siendo tabique que deshace el viento de la realidad; la esperanza, semillero de la duda; la duda, preñada por felicidades sin cuento, por desgracias sin número: revolved, mezclad, confundid todo esto, impregnadlo en un poco de locura y saturadlo con un mucho de superstición, y, en la retorta del corazón, habréis hallado la fusión de la felicidad humana, la piedra filosofal de la poesía, tal como Santivañes la entendía en sus POESÍAS INÉDITAS.

Ahora el PRÓLOGO necesita epílogo.

XI. EPÍLOGO DEL PRÓLOGO.—Si un *Prólogo* puede tener proemio, puede también tener epílogo.

¿Qué hemos hecho, ó, por mejor decir, qué hemos querido hacer en el *Prólogo*?

La autópsia de un libro.

Hemos escrito la anatomía de un alma.

Hemos hecho la disección de un corazón.

Hemos manejado el escalpelo de la crítica, pero con mano segura y despiadada, que no parece la mano de un amigo.

Y hemos hallado revelados, en los misterios de la muerte, todos los secretos de la vida.

Un sepulcro nos ha servido para pedestal de una estátua: un libro inédito, para corona de un autor.

Y si corona del autor son sus mismas obras, nada hemos

hecho sino pagar el tributo de perpétuo recuerdo al muerto, de admiración respetuosa al poeta, de cariño entrañable al amigo.

Esto hemos hecho, ó, por si decimos mal, esto hemos querido hacer.

Aliéntanos, para creer que lo hemos conseguido, la perla que, disfrazada con el ropaje de una carta, entreteje, en la corona de Santivañes, un autor que, cuando escribe ó habla, siembra perlas.

Justifiquemos esta frase diciendo que este autor es ECHEGARAY, y á nadie sorprenderá que una rica perla valga menos que una sencilla *Carta*.

Por su importancia, debió ser prólogo del *Prólogo*. Por su contexto, ha de ser epílogo del *Epílogo*. Por su valor, es digna de imprimirse en letras de oro.

Y no nos alienta por el perfume embriagador de la halagada vanidad, porque la vanidad es implacable enemiga del mérito y—no sorprenda al lector nuestra afirmación—tenemos el verdadero mérito: el de la admiración profunda, el del cariño apasionado hacia un poeta, hacia un amigo *muerto*, no pudiendo, por ende, forjar nuestras palabras en el yunque de la adulación.

Nuestro mérito, pues, consiste en ser pregoneros de su mérito; y su mérito podría ser problemático, pregonado tan sólo por nosotros; pero es axiomático cuando lo firma y confirma ECHEGARAY.

El príncipe de los poetas modernos cree á Santivañes un poeta de ideas modernas: justificado está el publicar sus POESÍAS.

Porque hay una poesía, genuinamente moderna, mal que pese á los que, andando, niegan el movimiento; á los que, en la prosa de nuestra Edad, niegan la poesía del siglo XIX.

La poesía no es la obra de un siglo: es la obra de un co-

razón, y nuestro siglo está impregnado, saturado de una nueva poesía.

¡Ah! La poesía no huye asfixiada por el humo de las chimeneas, ni espantada por el ruido del ferrocarril, ni marchitada porque en el campo de nuestro siglo se planten los árboles del telégrafo, que trasmite el pensamiento; del teléfono, que comunica la palabra; de la electricidad, que, esclava del hombre, llega á reproducir su misma imágen; antes bien son fuentes de inspiración todas las modernas invenciones, blasón de nuestro siglo. La poesía es la obra del corazón como la ciencia es la obra de la inteligencia, y el corazón y la inteligencia son del hombre, que no sería hombre sin inteligencia y corazón.

Habrá poesía mientras haya hombre.

Hay, pues, poesía en nuestro siglo.

Hay inspirada poesía, hay poesía moderna—ECHEGARAY lo dice—en Santivañes.

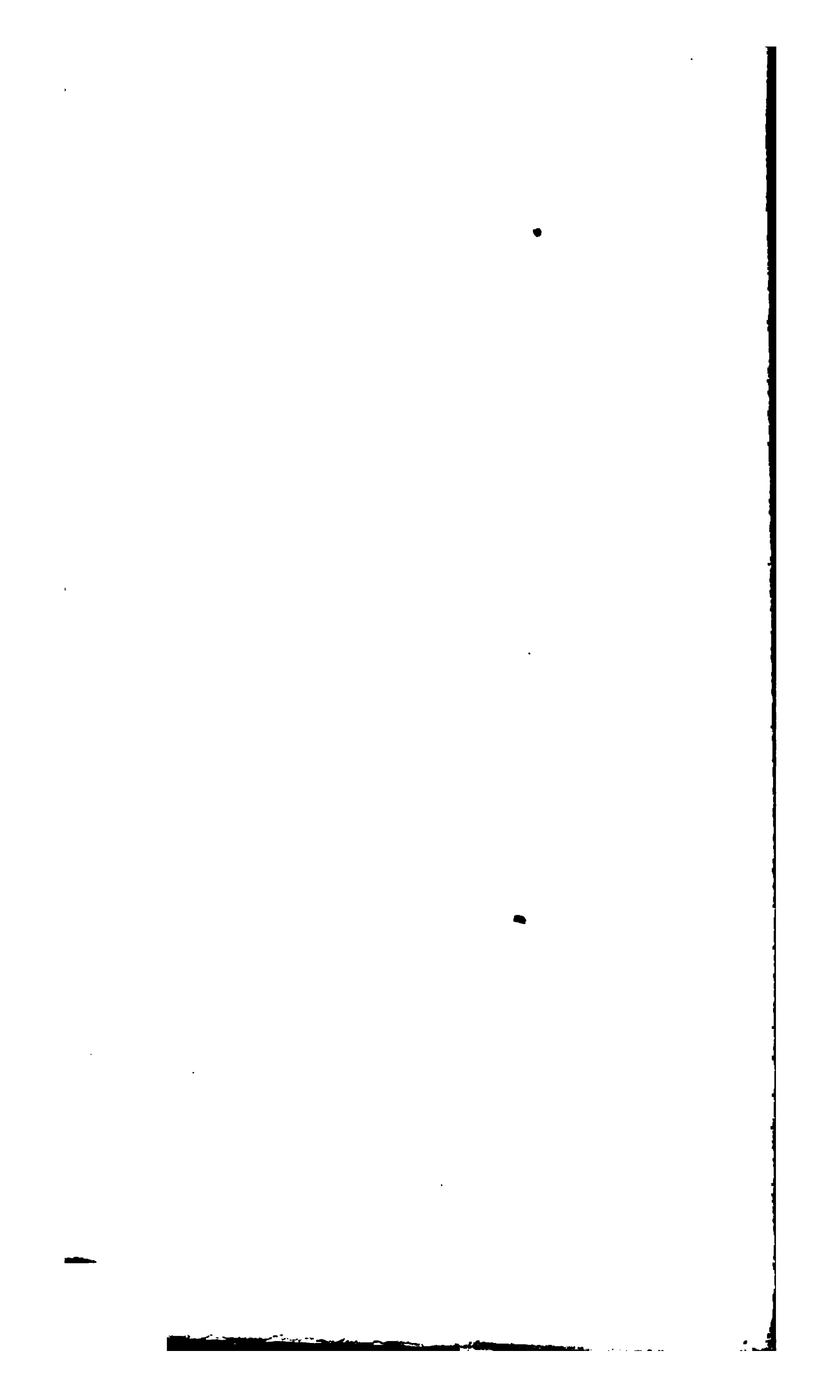
Hay el deber de publicar sus POESÍAS INÉDITAS, y de decir, siquiera de decir, que en esas POESÍAS hay mucha poesía.

Hemos escrito un *Prólogo* para demostrarlo.

¿Qué es, pues, nuestro *Prólogo*?

La autopsia de su libro.

ANGEL ARENAS.



Sr. D. Angel Arenas.

MUY SEÑOR MÍO Y DISTINGUIDO AMIGO: Cuando proyectaron ustedes dar á luz pública las POESÍAS INÉDITAS de D. Arturo Gil de Santivañes, tuvo usted la bondad de invitarme á escribir un *Prólogo*, introducción ó juicio crítico sobre esta nueva colección de composiciones, que son como hojas sueltas y hasta hoy perdidas, de aquella espléndida flor de Poesía, que, con regocijo de las letras, cultivó nuestro querido amigo, y que ya contemplamos deshecha en polvo y evaporada en recuerdos.

Bien hubiera querido corresponder á su amable invitación; pero mi tiempo es muy contado, mis ocupaciones son muchas é ineludibles, y no pude encargarme, á pesar de mis buenos deseos, de un trabajo

que exigía detenida lectura, digna del mérito indiscutible del inspirado poeta, cuya pérdida lamenta el arte y lloran sus admiradores y amigos; y que exigía, sobre todo, un minucioso análisis para llamar la atención de los lectores sobre las dotes excepcionales del Sr. Santivañes y sobre la multitud de artísticas bellezas, pensamientos profundos, gallardas estrofas, delicados conceptos y primores sin número, que esmaltaron siempre los espontáneos y fluidos versos de nuestro buen amigo.

Por fortuna para todos, este empeño, que yo hubiera querido tomar por mío, y no pude, usted lo ha realizado brillantemente en su *Prólogo*, por todo extremo notable, que hace inútil cuanto yo pudiera agregar por mi cuenta.

Una cosa hay, sin embargo, que no puede usted expresar por mí, ó que al menos yo quiero expresar por mí mismo, y es mi cariñosa simpatía por Santivañes y mi sincera admiración por sus versos; ver-

sos inspirados en aquel espíritu nobilísimo, como por un doble foco de luz: la del porvenir, con sus deslumbradores destellos de esperanza, y con sus sombras de dolor; la de lo pasado, con lejanas perspectivas de grandeza.

Porque Santivañes era un poeta de ideas modernas envueltas en el hermoso ropaje de Lope y Calderón. Pensaba como piensa la generación nueva: sus creaciones están impregnadas de nuestros dolores, de nuestras ilusiones, de nuestras esperanzas, de nuestras ambiciones también; pero su forma, sus estrofas, su manera de sentir, así como las armonías del ritmo, son las de nuestros grandes poetas.

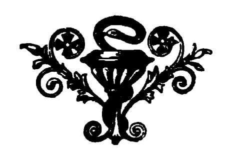
Si se me permitiera una imágen, diría que era el republicano moderno con la trusa de Cárlos V, el sombrero chambergo de Felipe IV, y la tajante espada toledana de siempre; y, en conjunto, *algo* simpático, noble y poético.

Sirvan estas líneas de adhesión á la

obra por usted emprendida; de tributo de admiración al poeta; de cariñoso recuerdo al amigo; y de humildísima excusa por haber querido hacer un trabajo digno del objeto, y no haber acertado con otra cosa que con estas breves, desaliñadas líneas.

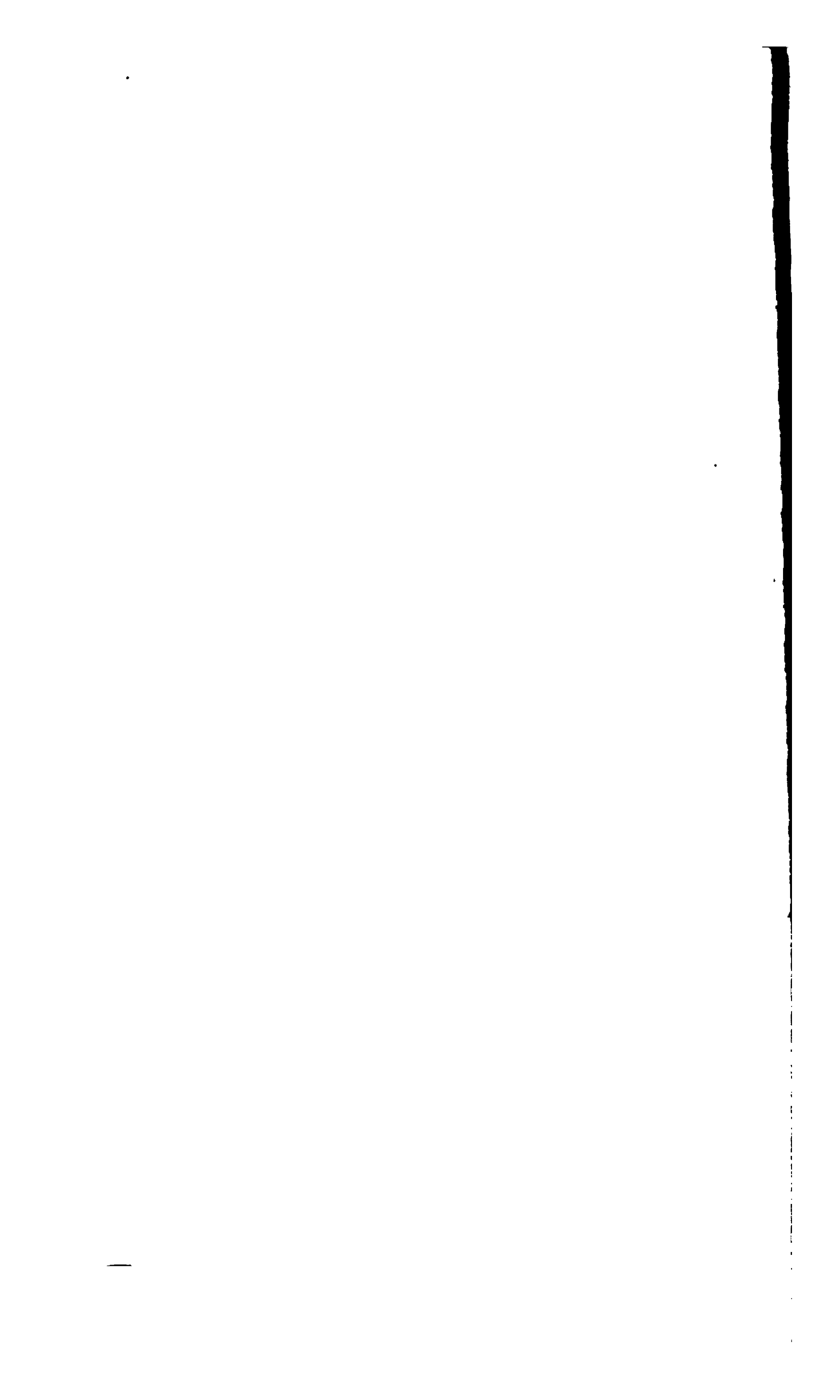
Soy de usted, atento y s. s. q. s. m. b.

JOSÉ ECHEGARAY.



DOS CARTAS

MADRID, 1879.—ANGLET, 1884.





DOS CARTAS

Couvre moi de baisers... je rèverrais le reste.

(Carta de Eloísa á Abelardo.)

ABELARDO Á ELOÍSA.

I.

Mi Eloísa, mi bien, dulce amor mío:
haciendo de mis quejas mensajeras
á las rápidas ondas de este río,
que á buscarte en París corren ligeras,
escribiéndote estoy, triste y sombrío,
en una de sus fértiles riberas,
buscando en vano en su quietud y calma
algún consuelo que prestar al alma.

II.

Algún consuelo, ¡ay Dios! ¡triste locura!...
Si estoy lejos de tí, ¿dónde el consuelo
puedo encontrar que busca mi amargura?
¿Qué puede mitigar este desvelo,
si, en donde tú no estás, se me figura
que luz le falta y resplandor al cielo,
y es que no rompe el luminar del día
la sombra en que se envuelve el alma mía?

III.

Vivir lejos de tí, no poder verte,
no aspirar el perfume de tu aliento,
no estrecharte en mis brazos, no tenerte,
como me finge loco el pensamiento,
siempre á mi lado, en venturosa suerte
unidos, como al alma el sentimiento;
unidos, cual la muerte á la existencia,
como el remordimiento á la conciencia.

IV.

¿Remordimiento? No. ¿Conciencia? ¿Acaso
sabe de ellos Amor? ¡Ay vida mía!

¿Quién piensa que llegar pueda al ocaso
el sol, al ver tras de la noche umbría,
cómo surge radiante, paso á paso,
de entre la sombra pavorosa el día?
Cuando se siente del amor la llama,
no es posible pensar: ¡sólo se ama!

V.

¿Amor, amor? ¡Qué fuera la existencia
sin tus dulces encantos! Por tí viven
los impalpables átomos; tu esencia
generadora y eternal reciben.
Por tí la religión, por tí la ciencia,
por tí el arte y la historia, por tí escriben,
en acento sublime, aunque diverso,
páginas mil que admira el Universo!

VI.

Vive para el amor cuanto es creado:
el ave que se agita en el altura,
el arroyo que cruza por el prado,
el viento que se pierde en la espesura,
el trueno que revienta en el nublado,

la flor que crece solitaria y pura,
el alma, el corazón, la fe y la idea,
todo nace de amor, amor lo crea!

VII.

¡Ah! Qué fuera de mí sin esta inmensa
pasión, que me enloquece y avasalla
y me obliga á romper la sombra densa
en que airado mi espíritu batalla!
Cuando agitado mi cerebro piensa,
cuando el enigma que buscaba no halla,
cuando el cansancio estéril me domina,
la luz de tu cariño me ilumina.

VIII.

Anima mi razón, mi inteligencia
se aviva con las luces de ese rayo
que disipa el error de mi conciencia.
Por ella, con placer, vivo y me explayo
en el revuelto campo de la ciencia,
sin desvelo, ni tregua, ni desmayo;
que esta pasión inmensa y desmedida
me presta nuevo aliento y nueva vida.

. . . .

. . . .

. . . .

IX.

¡Ah! Por qué rudo y enemigo arcano
la suerte fiera, con traidor intento,
me separó de tí? ¿Por qué mi mano
respondió tan veloz al pensamiento?
¡Luchan el bien y el mal! Vence lo humano,
domina á la razón el sentimiento,
triunfa el odio, y, esclavo de sí mismo,
va el hombre de un abismo en otro abismo!

X.

Aún recuerda espantada mi memoria,
fatigando mi espíritu cobarde,
aquella triste y maldecida historia
de aquella triste y maldecida tarde.
Del amor que formaba nuestra gloria,
los dos, haciendo peregrino alarde,
marchábamos: yo, alegre; tú, serena,
por las frondosas márgenes del Sena!

XI.

Era un hermoso día! La Sorbona,
templo de ciencia siempre, celebraba
la fiesta de su espléndida patrona.
A sus fieles alumnos congregaba
para ceñir de fúlgida corona
la frente de la reina á quien amaba,
y esa reina eras tú; tú, vida mía.
¡Día de bendición! ¡Maldito día!

XII.

Entramos en el bosque, en misterioso
paraje: levantado sobre el suelo,
sencillo, muy sencillo, mas grandioso,
quizás por eso mismo, mi desvelo
hizo formar tu trono majestuoso
al que servía de dosel el cielo;
¡que sólo de los cielos la grandeza
podía cobijar tanta belleza!

XIII.

Al ver que tú llegabas, dulces sones
llenaron el espacio; aún en mi oído

parecen resonar las vibraciones
en que estallaba al cabo el comprimido
entusiasmo, que en tantos corazones
se hubo por tanto tiempo guarecido.
Yo te entregué á tu Corte, y diligente
fuíme á ocupar mi puesto entre la gente.

XIV.

¡Desgraciado de mí! ¿Quién me diría,
quién, entre aquella gente, sospechára
que tan hermosa y plácida alegría
en lágrimas y muerte terminára?
¡Ay! Cuando pienso en la memoria impía
de aquella fiesta, que pagué tan cara,
maldigo con horror la hora serena
en que fuiste á las márgenes del Sena.

XV.

Edmundo, aquel infame que, atrevido
osó ultrajar tu nombre inmaculado;
aquel que, por tu ruego conmovido,
había mi justicia perdonado;
sin decoro, después de haberte herido,

tomó sitio, mi bien, del tuyo al lado,
dejando en tí, al hablarte, de tí en mengua,
la baba impura de su torpe lengua.

XVI.

Tú, inocente de todo, sonreías
y sus frases aleves escuchabas.
¡Desdichada de tí! No comprendías
que, al obrar de ese modo, me matabas!
No sabías, bien mío, no sabías
que mi pecho infeliz despedazabas;
que, al verte al lado del traidor Edmundo,
ví que ante mí se desquiciaba el mundo.

XVII.

Con el furor del férvido oleaje
del revoltoso mar; con el del trueno
que estalla en el espacio; así el coraje
se desbordó de mi agitado seno.
Sentí en mi frente el miserable ultraje;
y, de prudencia falto, de ira lleno,
llegué á tu lado, levanté la mano
y herí el infame rostro del villano.

XVIII.

Al ver mi insulto y á evitar un duelo,
nos rodeó la gente apresurada;
mas, cuando el rayo cae del alto cielo,
nada detiene sus furores, nada.
¡Rayo fuí yo! Con vengativo anhelo,
ciego de rabia, desnudé la espada;
y, con vista segura y pulso cierto,
tendíme á fondo y derribéle muerto!

XIX.

¡Muerto, muerto! ¡Ay de mí! Por vez pri-
y por última vez ¡lo juro al cielo! [mera
mi mano en sangre se tiñó. ¡Quién viera
mi pena inmensa y mi profundo duelo!
De la ancha herida por la boca fiera
la sangre se escapó, manchando el suelo;
y, con aquella sangre que corría,
mi rencor vengativo se extinguía.

XX.

Pues, cual si hubiera en maridaje estrecho
estado mi rencor con su existencia,

al huirse la vida de su pecho,
amenguaba el rencor su violencia.
Pensando luego en lo que había hecho,
perseguido además por mi conciencia,
torvo el semblante, el corazón sombrío,
dejé, huyendo, las márgenes del río.

XXI.

¿A dónde fuí á parar? Nadie lo sabe.
¿Qué es lo que fué de mí? Nadie lo atina.
¿Quién conoce el destino de la nave,
si un brazo vigoroso no domina
el rudo empuje ó el impulso suave
del proceloso mar en que camina,...
y no hay mar tan confuso y violento
como el revuelto mar del pensamiento?

XXII.

Supe después que humildes leñadores
me encontraron del bosque en la espesura
y que debí la vida á sus favores,
á su buen corazon y á su ternura.
Engendró el mal moral fieros dolores;

los dolores, horrible calentura;
la calentura, insomnios y agonías;
¡noches eternas ¡ay! y eternos días!

XXIII.

¡Vivo al fin! ¿Para qué? Si no he de verte,
si he de estar de mi dicha separado,
si he de apurar en mi contraria suerte
la horrible saña y el rigor del hado,
venga en buen hora á devolver la muerte
á su patria infeliz al desterrado
que, léjos de tu amor, aislado y triste,
sólo al pensar en tí sabe que existe.

XXIV.

Ya no encuentro consuelos en la ciencia.
Ya mi vista no busca en lo infinito
la eterna luz y la impalpable esencia
de aquel Supremo Creador bendito,
que alumbraba en mi ayer mi inteligencia.
Ya en la duda fatal me precipito,
y, en vano, por salvarme á la fe acudo...
¿En qué puedo creer, si de tí dudo?

XXV.

Dudo de tí, mi bien. Oye y perdona
estos ciegos delirios de mi mente.
El dolor sus martirios eslabona
en cadena fatal, ruda pendiente,
en la que horrible vértigo aprisiona
al corazón más firme y más valiente,
se abre ante mí, y, en triste paroxismo,
voy rodando, rodando en el abismo.

XXVI.

Tres meses hace ya que no te veo
y nada sé de tí. No me has escrito,
y no atino la causa y lo deseo.
¿Es mi crimen acaso? ¡Ah Dios bendito!
Si un delito de muerte me hizo reo,
sabe que, por tu amor, hice el delito;
ve que sólo tu amor puso en mi mano,
mensajero de muerte, el hierro insano!

XXVII.

Que, atento solamente á tu decoro,
por defender tu honor, jugué mi vida;

si mi triunfo ha de ser en mi desdoro,
valiera más perderla en la partida.
Si perdí, por matar, al bien que adoro;
si herí á mi amor, al inferir la herida,
del ofensor envidiaré la suerte;
que es más triste mi muerte que su muerte.

XXVIII.

Mas no es esta la causa. Tú, alma mía,
comprendes la razón de lo que digo.
Como pública fué la villanía,
también debió ser público el castigo.
No puede á la infamante cobardía
un pecho como el tuyo dar abrigo;
otra es la causa, sí. ¡Contrarios cielos,
abrid camino á mis malditos celos!

XXIX.

¿Celos dije?... Es verdad: celos que tratan
de herir mi voluntad y mi albedrío;
tormentas que agitadas se desatan
en este mar del pensamiento mío.
Celos que me atormentan y me matan,

pues yo creo, mi bien, que al raudo río,
el inclemente olvido se asemeja,
que más se crece cuanto más se aleja!

XXX.

Un remedio tan sólo en mi agonía
puedo encontrar: si mi cariño vive
hoy en tu pecho, como ayer vivía;
si, aunque léjos de mí, tu alma recibe
el beso carińoso de la mía,
y, al latir de tu pecho, lo percibe,
rompe los que te aprisionan duros lazos,
y á darme ven la vida entre tus brazos.

XXXI.

Si desoyes mi queja lastimera,
si no escuchas mi acento suplicante,
si no quieres venir donde te espera
tu siempre fiel y desdichado amante,
conságrale una lágrima siquiera
en holocausto á su pasión constante;
reza y pídele á Dios que le perdone,
y que en sus juicios su dolor le abone!

XXXII.

Pero no, tú vendrás: tu amor es mío;
mía tu voluntad. Me lo has jurado
cien veces ante Dios. ¿Cómo el desvío
en tu pecho pudiera haber entrado?
Yo reino, como siempre, en tu albedrío,
y á mi lado vendrás, dueño adorado;
piensa, mi vida, que en tu ausencia muero
y no vaciles más. Te amo y te espero.

Madrid, Marzo 1881



ELOISA Á ABELARDO.

Al oscuro rincón de mi convento
tu carta llegó al fin. Nada sabía
yo tampoco de tí. Traidor intento
supo burlar la vigilancia mía,
robándome las cartas adoradas,
por las que ausente de mi amor vivía.

No quiero referirte las pasadas
angustias, los tormentos, los dolores,
ni las horas eternas, ya olvidadas,
en que, apurando penas y temores,
pensé acabase la forzada ausencia
con la dicha ideal de mis amores.

Ya torna nuevamente á la existencia
mi corazón amante. Nueva aurora,
nueva luz de divina trasparencia,
de mi vida los ámbitos colora,
pues vienen á pedir amor eterno
á quien con alma y corazón te adora!

También yo, por mi mal, en ese infierno
de los celos caí: giró perdida,
como corcel sin freno y sin gobierno,
mi agitada razón, y, sacudida
por la duda mortal, á Dios clemente
le pedí que acabase con mi vida.

Mas vengamos con calma á lo presente:
miremos como un sueño lo pasado,
que perturbó un instante nuestra mente;
y, pues de él nuestro amor nos ha librado,
si lo recuerda el corazón un día,
digamos con placer: «lo hemos soñado.»

¿He vivido este tiempo? ¡Ah! ¿Quién po-
asegurarlo con verdad? Lejana [dría
del alma por quien vive, el alma mía
juzgó vano su amor, su ilusión vana,
no aclarando mi noche triste, oscura,
el limpio alborear de la mañana.

¡Qué largo fué mi tiempo de amargura!
¡Ay! Aún recuerda el corazón herido,

perturbando la plácida alegría
en que tu amante carta me ha sumido,
aquellas horas de profundo duelo,
de eterna angustia y de invencible olvido.

Cuando la sombra oscurecía el cielo,
su tumba abriendo al moribundo día,
el alma presa de insaciable anhelo,
buscaba, de la gótica Abadía,
el vetusto balcón que, sobre el Sena,
eleva su vistosa cristería!

Silencioso el lugar, la orilla amena;
el río que aumentaba su corriente,
por huir de su angustia y de mi pena,
todo agitaba mi intranquila mente,
trayéndome las dichas del pasado
al horrible infortunio del presente.

Mi cerebro confuso y agitado
por tantas y tan íntimas memorias,
en hirviente tropel alborotado
miraba ante él pasar las mil historias

de nuestro hermoso ayer, lleno de vida,
de ilusiones, de dichas y de glorias.

Te miraba ante mí, la frente erguida,
como cuando te vi por vez primera,
luchando en controversia enardecida;
y escuchaba tu voz tan placentera
y tan grata al oído, como al roce
de las alas de un ángel por la esfera.

¡Desdichado del sér que no conoce
de un recuerdo de amor, íntimo y tierno,
la dulce dicha y el supremo goce!
Mas ¡ah! también en malestar interno
el amante recuerdo se convierte
y el paraíso tórnase en infierno.

¡Ay! Cuántas veces mi contraria suerte
te hizo surgir ante el cerebro mío
dándome ¡ingrato! sin piedad la muerte!
Víctima del cansancio y del desvío,
no adivinaba yo tu pensamiento,
que era tuyo tan sólo, mi albedrío.

Y, ansiando poner fin á tu tormento,
dar tregua á tu dolor, paz á tus penas,
sondeaba tu inquieto pensamiento,
sin hallar en su mal horas serenas,
si á la fuerza invencible del olvido
le era dado romper nuestras cadenas!

Y entonces yo, Abelardo, el pecho herido,
turbada la razón, doliente y loca,
más bien del corazón con un latido
que con una palabra de la boca,
te imploraba piedad; mas tú me oías
con la fría dureza de la roca.

En mis amantes ojos no veías
reflejarse mi amor, é indiferente
mi amante corazón desconocías;
mi amante corazón, que sólo siente,
sólo sintió por tí, desde el instante
en que pude mirarte frente á frente.

Otras veces, mi bien, un sueño amante
me inundaba de gozo y de embeleso,

pues, como siempre, fiel, firme y constante,
te hallaba junto á mí, y, en el exceso
de mi amor, vida y alma te entregaba,
en un ardiente, interminable beso.

Mi mano con la tuya se enlazaba;
mi aliento, con el tuyo confundido,
al par de nuestros pechos se exhalaba,
y, en éxtasis dichoso y bendecido,
nuestros dos corazones se movían
al impulso tan sólo de un latido.

¡Sueños de bendición! Cuán presto huían,
y cuánta pena, y duelo, y amargura,
en su terrible despertar traían!
¡Sueña del sol la mágica hermosura;
sueña los resplandores de la aurora,...
y despierta en mitad de noche oscura!

¿Y aún dudas tú, de quien así te adora?
Pero ¡ah! ¡sí; que la duda es un tirano,
que ejerce su influencia asoladora,
y vive unida al corazón humano

como la sombra al cuerpo, el sol al día,
y la fiebre mortífera al pantano!

Mas ya no dudarás! No, vida mía,
termine ya mi indecisión odiosa.
Entre amor y deber, ¿quién dudaría?
Y el deber me une á tí; ¡yo soy tu esposa!
Dios bendijo estos castos esponsales,
una noche callada y misteriosa

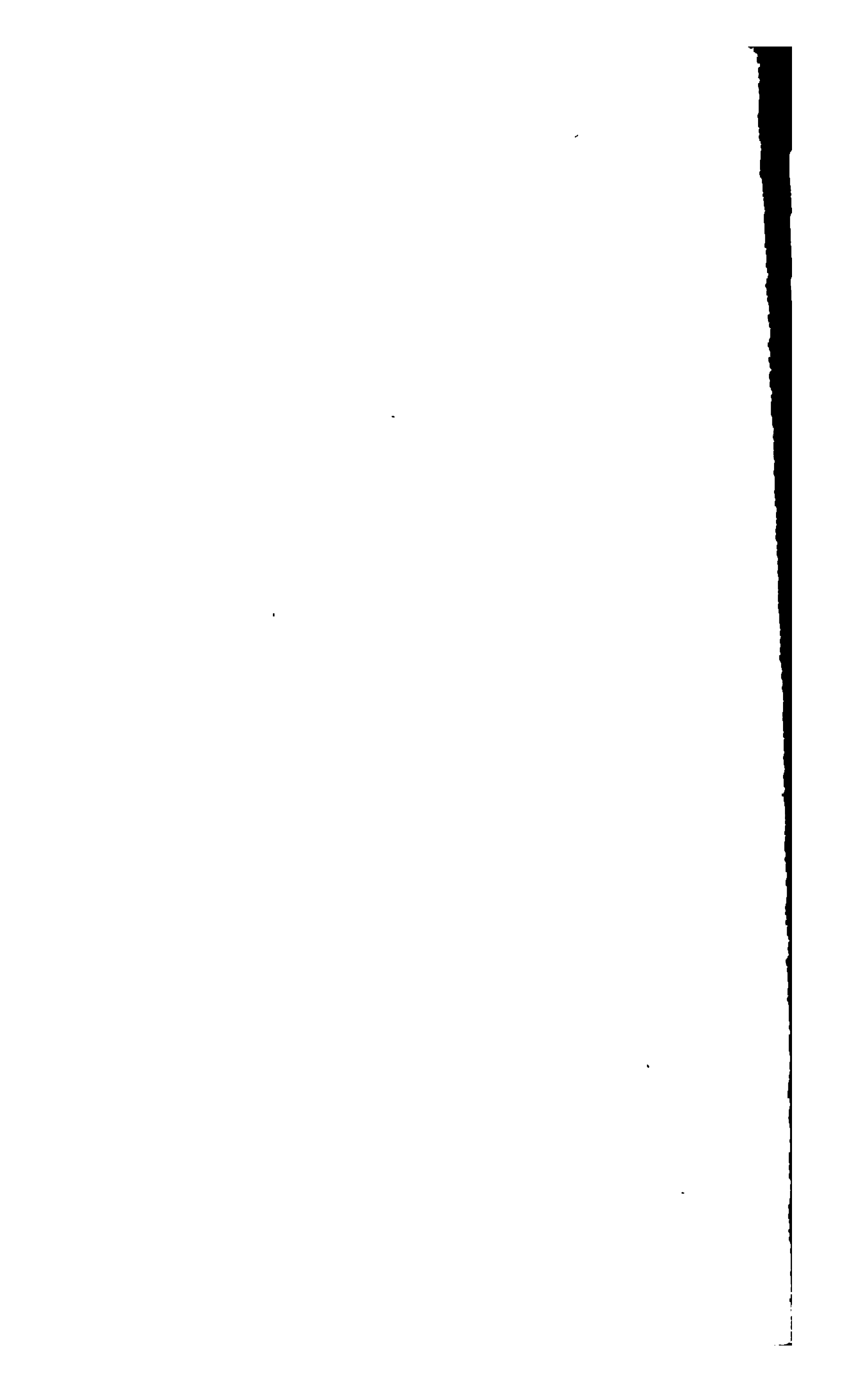
en que, soñando dichas celestiales,
y, uniéndose á la tuya mi existencia,
para siempre juramos ser leales;
promesa que aceptó la Omnipotencia
de nuestro eterno Dios, como otorgada,
en su divino nombre, en la conciencia.

Mañana mismo partiré; no hay nada
que pueda detenerme. El medio ignoro
que me lleve hasta tí. Mi apasionada
razón lo encontrará: sé que te adoro,
que eres mi bien; te buscaré, atrevida,
como busca el avaro su tesoro.

25

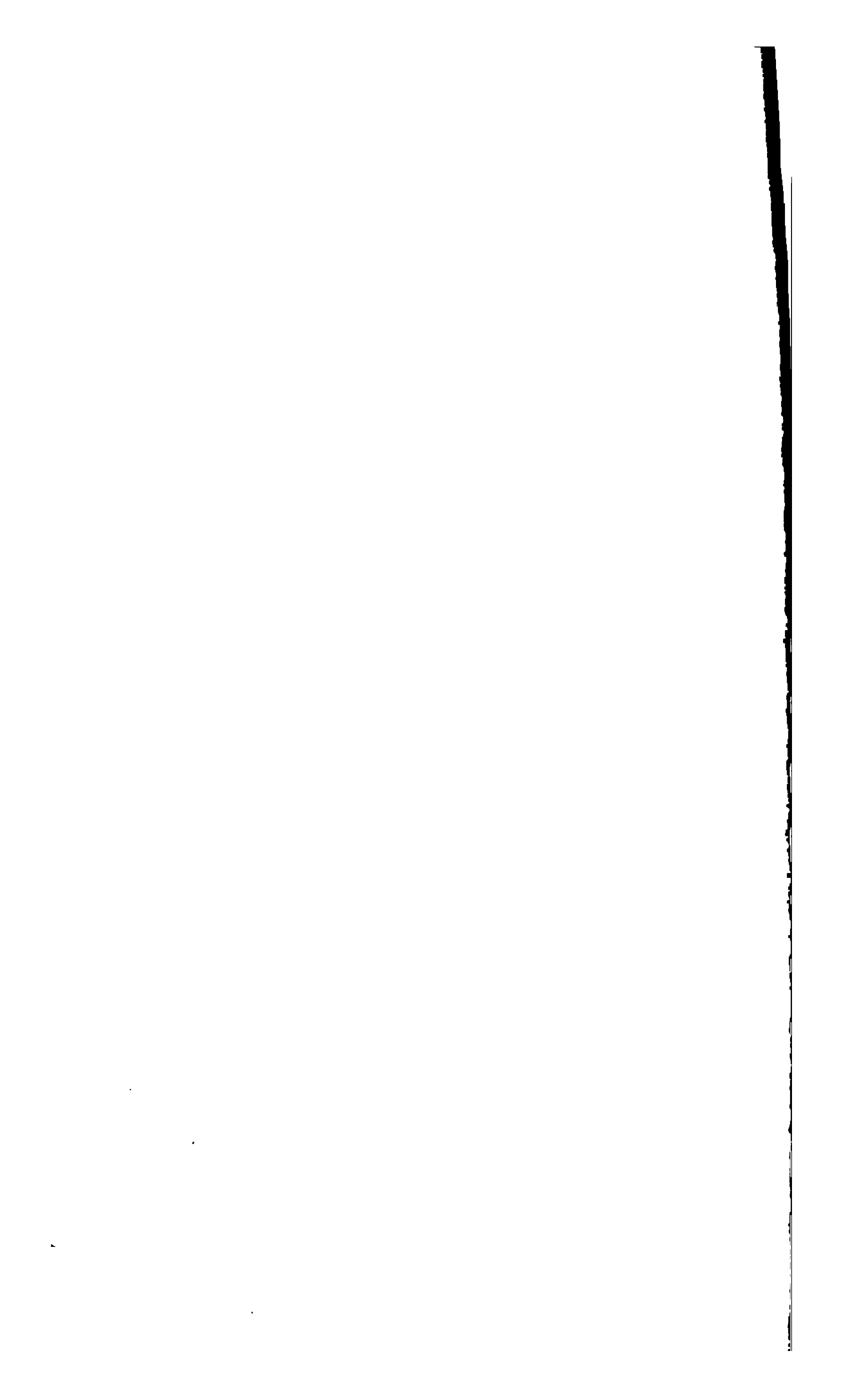
Iris de salvación, de fe, y de vida,
fué para mí tu amor: tu compañera
eterna soy: si muero en la partida,
mi alma á tu lado irá. ¡Ama y espera!





EL TRIUNFO DEL POETA

1882-1883.





EL TRIUNFO DEL POETA

I.

CAE la tarde: sus neblinas,
de las montañas surgiendo,
van en la sombra envolviendo
templos, obeliscos, ruinas.
Sobre las siete colinas
la oscuridad se desploma;
de su imperio el cetro toma
la noche, que infunde espanto,
y tiende su negro manto
sobre las calles de Roma.

II.

Con recato, con misterio,
y con marcha y planta incierta,
un hombre cruza la huerta
de un humilde monasterio.
Su rostro, abatido y sério,
á contemplarle convida,
que algo de grande se anida
en su frente despejada,
por las heridas surcada
de las luchas de la vida.

III.

Con febriles movimientos
no hace más que ir y venir,
como si quisiera huir
de sus propios pensamientos.
Calmando algunos momentos
la ansiedad, que le domina,
la hermosa cabeza inclina
sobre su pecho agitado,
y al fin se sienta postrado
en el tronco de una encina.

IV.

Con visible agitación
sondea la oscuridad:
ve á sus plantas la ciudad
en creciente ebullición.
Oye á veces el cañón
retumbar, ronco y bravío,
dominando el vocerío
que alza á lo léjos la gente,
y el rumor de la corriente
mansa y tranquila del río.

V.

Ve brillantes resplandores
que la ciudad iluminan
y que en la sombra germinan
vivos y deslumbradores.
Traen potentes clamores
un cierto nombre á su oído,
y, al oirlo, estremecido,
se alza en pié, mira y se exalta;
pero el aliento le falta,
y cae otra vez rendido.

VI.

¡Ay! dice el mísero. ¡Es tarde!
¿Por qué, por qué, ¡Diós clemente!
se agita un alma valiente
dentro de un cuerpo cobarde?
¿Por qué, con pueril alarde,
luchar y vencer procura,
si esta carnal envoltura,
harta de vivir muriendo,
á voces la está pidiendo
descanso en la sepultura?

VII.

La hora llega, en paz la espero,
en que acaben mis pesares,
los duelos y los azares
de este vivir lastimero!
Tal vez el rayo primero
de la aurora de este día,
que ansió tanto el alma mía,
como signo de victoria,
en vez de alumbrar mi gloria
ilumine mi agonía!

VIII.

Mañana el Papa, el Senado,
Príncipes, Embajadores,
magnates, grandes señores
y pueblo regocijado:
en concurso alborozado
á coronarme vendrán,
y ¡qué tristes volverán
si el alma, al fin libertada,
ya no me sirva de nada
la corona que me dan!

IX.

¡Ansia de gloria! Ambición,
sueños de la fantasía,
fama, amor, que fuisteis guía
no ha mucho del corazón!
¡Huid! mi pobre razón
al contemplaros se aterra:
cese vuestra horrible guerra
al que, próximo á espirar,
sabe que os ha de encerrar
en pocos palmos de tierra!

X.

¡Esta tardía victoria!
Mi delirio hace infecundo.
Juzgué muy pequeño al mundo
para contener mi gloria;
y hoy mi grandeza ilusoria
tan pequeña me parece,
cual la nube que se mece
en el alto firmamento,
y que, al capricho del viento,
se aumenta ó se desvanece!

XI.

¡Ayer pobre y desvalido,
y hoy por el mundo aclamado!
¿Qué razón ha motivado
este triunfo que hoy no pido?
Si soy lo que siempre he sido,
tarde me vienen á honrar!
Nombre y lauro popular
hermanos son del poder,
falsos como la mujer,
y traidores como el mar!

XII.

¡Italia! ¡Oh madre! ¡Qué ingrata
fuiste para tu cantor,
sin pensar que tu rigor
es el puñal que le mata!
¡Roma! Tu actitud retrata
de mi sino la inclemencia,
me heriste con violencia
cuando empezaba á vivir;
y hoy, que me siento morir,
quieres darme la existencia!

XIII.

Busqué la gloria animoso
para tí, mas, en mi duelo,
no hallé un rincón en tu suelo
que me otorgára reposo.
Yo le recorrí afanoso,
mas, de tu favor avara,
hiciste se me arrojára,
menospreciando mi afán,
por hereje de Milán
y por loco de Ferrara!

XIV.

¡Ah Ferrara! ¡Ah Leonor,
mujer para mí nacida,
único bien de mi vida,
mi único sueño de amor!
¡Ah! Su insaciable rigor
mostróme en todo la suerte;
pues, sin dejar á la muerte,
que presa mi cuerpo hiciera,
me dió la muerte más fiera
de encontrarte y de perderte!

XV.

Fué tu excelsa majestad
muro fuerte y giganteo,
que ni se rindió al deseo
ni allanó la voluntad.
¡Ah mezquina humanidad!
El génio que en mí vivía
á tu altura me ascendía,
y, hoy, mi triunfo lo proclama,
no habrá de durar tu fama
lo que durará la mía!

XVI.

Sólo, en extranjera zona,
de mis trovas al arrullo,
para conquistar su orgullo
he ganado una corona:
Francia mi nombre pregona,
yo el suyo sembré á mi paso;
y, la celebran acaso,
en extranjeras regiones,
mejor que por sus blasones,
por los sonetos de Tasso!

XVII.

Llegué; mas ¡ay! que, al llegar,
murieron mis desvaríos
igual que mueren los ríos
entre las olas del mar.
En vano quise luchar
y en vano quise vencer.
Luché para merecer
y no logré conseguir,
pues ni yo pude subir,
ni tú debías caer!

XVIII.

Tu desdén fué mi castigo:
así de tí me he vengado,
que, á vivir, te he condenado
eternamente conmigo:
siempre del mío al abrigo
tu nombre irá, Leonor;
y, á cambio de tu rigor
é inaudita crueldad,
te doy la inmortalidad
en mis canciones de amor!

XIX.

Mas ¿qué es esto? ¡Ya se apagan
las luminarias festivas!
Aquellos sonoros vivas
ya mis oídos no halagan.
Hálitos de muerte vagan
de mi sér en derredor.
¡Se hace mi angustia mayor!
Mi corazón late apenas
y, á la sangre de mis venas,
les va faltando el calor!

XX.

¡Luz! que soportar no puedo
esta oscuridad profunda;
la sombra todo lo inunda
y á la sombra tengo miedo!
Pero ¿qué miro? Tancredo,
Raynaldo, Aryante. Visiones
de mis pobres creaciones
que al ver que acaba mi vida,
á darme la despedida
salen de sus panteones!

XXI.

¡Sí, es Raynaldo! Es su figura
como la soñé, altanera;
mas trae rota la cimera
y hecha trizas la armadura!
No blande la lanza dura,
á matar acostumbrada,
y no brilla en su mirada
aquel rayo asolador,
por el que fué vencedor
más veces que por la espada.

XXII.

Sí; no me engaño. Tras él
vienen pajes y escuderos,
soldados y aventureros,
desbandados y en tropel.
Les sigue el Monarca infiel,
el que, con negra fortuna,
vió caer una por una,
como deshechas aristas,
las numerosas conquistas
de la odiosa media luna!

XXIII.

¿Qué los mueve? ¿A dónde irán
en procesión silenciosa?
¡Cielos! en torno á una fosa
todos parándose van!
Lléganse con triste afán
á aquel espacio sombrío:
sobre un ataud vacío
una corona se ve,
y, ese ataud, ¡por mi fe!
que no me engaño, ¡es el mío!

XXIV.

Sí, es el mío: amigos fieles
en él mi nombre escribieron;
manos amigas tejieron
esos preciados laureles.
En mis desdichas, crueles,
no me dejaron jamás!
Y ¡sombras son! ¡Ah! si vas,
alma, á ese nicho sin nombre,
ve cuán poco vale el hombre,
que una sombra vale más!

XXV.

Mas ¡por Dios! ¿quién es aquella
zagala de lindo talle,
gentil, cual lirio en el valle,
como la alborada bella?
¡Válgame Cristo! ¿no es ella?
¡Sí! Es mi Leonor querida,
que, cual hada descendida
desde el cielo de mi anhelo,
viene á convertir en cielo
este infierno de mi vida.

XXVI.

¡Ah! No. ¡Triste córazón!
No terminan tus enojos;
que, á donde fijo los ojos,
te la finje tu ilusión.
La pobre imaginación
es muy loca y muy tirana;
tanto en su dicha se afana
que, con ardor anhelante,
cuando se halla más distante
se la finje más cercana.

XXVII.

Es Aminta! Es la hermosura
plácida, dulce y serena:
también va á mi tumba, y llena
de flores mi sepultura.
¡Oh! por fin! Ya mi ventura
no es mentira, es realidad:
aplauso, inmortalidad
para mi nombre ignorado!...
¡Goza, que al fin has triunfado,
miserable vanidad!

XXVIII.

Mas mi cabeza delira!
Todo á mis pies se estremece:
cuanto veo, me parece
que en tropel confuso gira!
Mi pecho apenas respira;
mi vista incierta flaquea;
con ímpetu me golpea
sin cesar el corazón,
y ya no halla mi razón
la relación de la idea!

XXIX.

Vamos de aquí. Causa espanto
esta oscuridad tan densa;
mas ¡mi angustia es tan intensa
y tan hondo mi quebranto!...
Tiene el cuerpo peso tanto,
que mi fuerza no es bastante
para moverle. Arrogante
voluntad, ¡cómo te humilla
la vil materia! ¡La arcilla
siempre del alma triunfante!

XXX.

Dijo, y cayó: inútilmente
quiso vencer otra vez,
del cuerpo la rigidez
su voluntad impotente.
Hosco, iracundo, impaciente,
desgarra su vestidura;
golpea en la piedra dura
su descarnada cabeza,
y ya en sus ojos empieza
á fulgurar la locura!

XXXI.

Después de una larga lucha
marcha el infeliz rendido;
sólo su débil quejido
entrecortado se escucha.
Calando la ancha capucha
sobre el rostro macilento,
sale un fraile del convento,
hacia el Tasso se encamina,
y hállale, al pié de la encina,
desmayado y sin aliento!

XXXII.

Ásele con brazo fuerte;
sobre sus hombros le pone,
y á arrebatar se dispone
aquella presa á la muerte.
El peso del cuerpo inerte
al débil hermano abate;
mas sintiendo el acicate
del deber que le espolea,
ni desmaya en su tarea,
ni deserta del combate.

XXXIII.

Va la caridad con él!
Ella le ayuda y le exalta,
y halla el vigor que le falta
para llegar al cancel.
Al fin traspasa el dintel
y entra en la santa mansión,
á tiempo que el esquilón,
del convento solitario,
con acento funerario,
convidaba á la oración.

. . . .

. . . .

XXXIV.

Al rayar el nuevo día,
que tanta gloria anunciaba,
en ola, creciente y brava,
el pueblo agitado hervía.
La muchedumbre corría,
siempre inconsciente y banal,
ante el cortejo Papal,
ansiando, con impaciencia,
ver el fausto y la opulencia
de aquella Corte oriental.

XXXV.

Apenas el sol radiante
iluminó el Vaticano,
desplegó el lujo romano
su resplandor más brillante.
Y el Senador arrogante,
el magnate, el contadino,
en confuso remolino,

torrente de oro y de plata,
poblaron la columnata
que hizo célebre al Bermino.

XXXVI.

Con ansia espera la hora
aquel hirviente tropel,
y pronto corre por él
una nueva aterradora.
Aunque la verdad se ignora,
se dice que Tasso ha muerto;
y, en horrible desconcierto,
el suceso se comenta...
la bola de nieve aumenta,
sin saber nada de cierto!

XXXVII.

La soberbia mole Adriana
dá la señal de partida:
agrúpase de seguida
toda la Corte Romana.
Por la puerta Vaticana
sale el cortejo de honor,

y, entre tan grande esplendor,
deslumbrante de hermosura,
se descubre la figura
del Vicario del Señor.

XXXVIII.

Es inútil procurar
el intentar describir
el continuo ir y venir
de las olas de aquel mar.
Logra con pena pasar
la brillante comitiva,
y, el hecho que la motiva,
grande, inaudito, elocuente,
hace que grite la gente:
«¡Viva el Papa!» «¡El Tasso viva!»

XXXIX.

Llega por fin al convento;
mas, el ruido dominando,
el bronce, á muerte doblando,
resuena en aquel momento.
Dando tregua al sentimiento,

al Papa el Prior espera:
dále la noticia fiera;
el Papa duda un instante;
pero, diciendo «¡adelante!»
sube la pobre escalera.

XL.

En una celda sombría,
sobre un lecho asaz mezquino,
el poeta peregrino
su último sueño dormía.
La Comunidad yacía
junto al lecho, en oración,
rezando, con triste son,
de la agonía las preces,
que eran ahogadas á veces,
por los ecos del cañón.

XLI.

Aquel cuadro, sin segundo,
que, á un tiempo fascina y hiere,
viene á hacer del *Miserere*
como un sarcasmo hacia el mundo!

El canto grave y profundo
llevaba en sus inflexiones
sollozos, imprecaciones,
ayes, todos los lamentos
que arranca con sus tormentos
la muerte á los corazones!

XLII.

En la celda solitaria
penetra Su Santidad:
dá fin la Comunidad
á su cristiana plegaria;
la sábana funeraria
separa el Papa, animoso,
y fija la vista ansioso,
y, en aquel semblante, advierte,
la belleza de la muerte,
la belleza del reposo.

XLIII.

Murmurando una oración,
con voz torpe y vacilante,
pasa el Papa un largo instante

en honda meditación.
Venciendo al fin su emoción,
con vibrante voz, exclama:
«El cielo, que te reclama,
tus sufrimientos abone,
y á tu siglo le perdone
el olvido de tu fama!

XLIV.

Reciban hoy tus despojos,
como justos desagravios,
estas frases de mis labios
y este llanto de mis ojos.
Siempre por senda de abrojos
marchará el génio en la tierra;
pues, en perdurable guerra,
con el odio y con la envidia,
sólo vence su perfidia
cuando la tumba le encierra!»

XLV.

Tal dijo: el verde laurel,
que oprimía febrilmente,

colocó en la helada frente
del insigne vate aquél.
Salió, y salieron tras él
magnates, grandes señores,
Príncipes, Embajadores,
Cardenales, contadinos,
soldados y capuchinos
y suizos y Senadores.

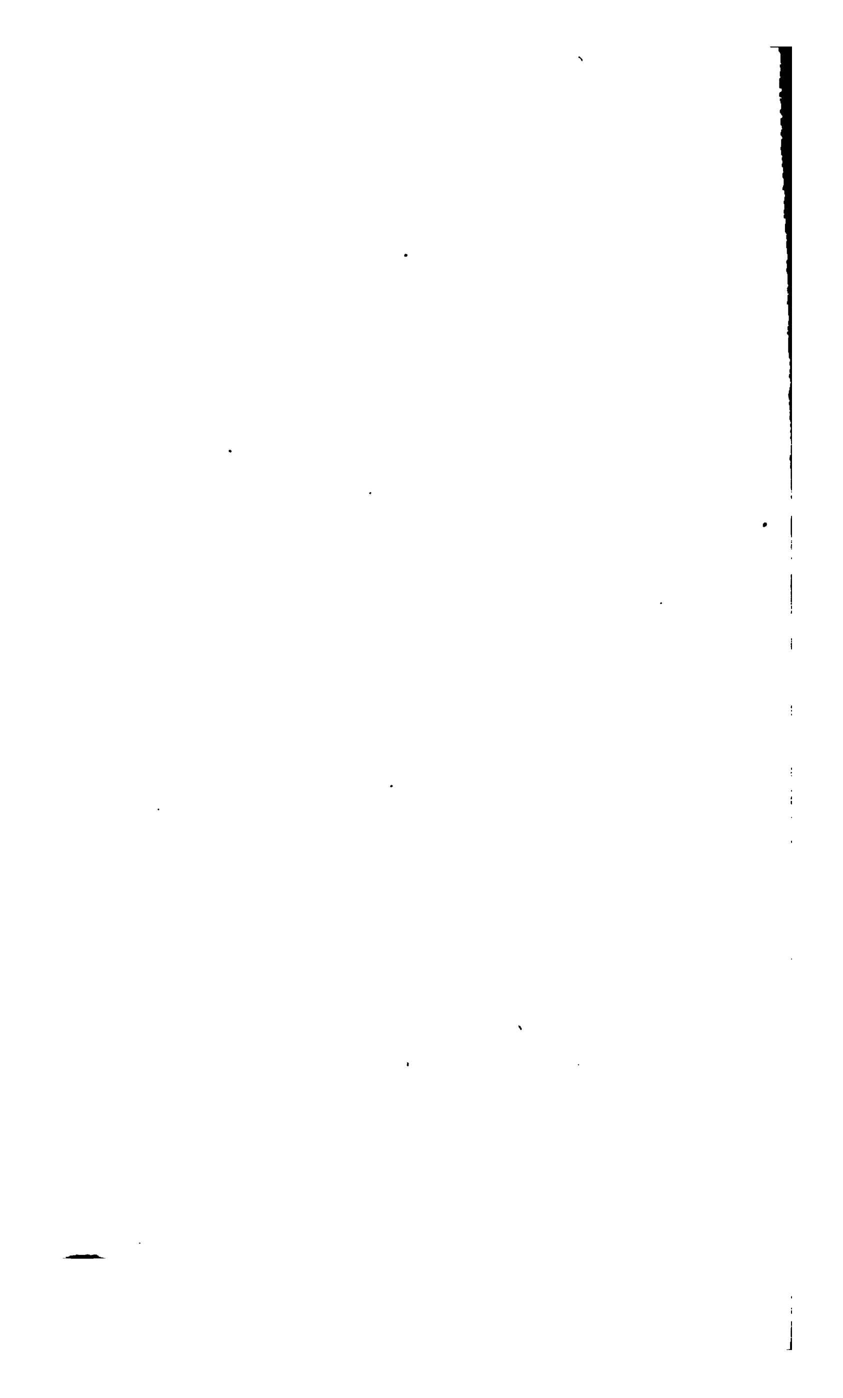
XLVI.

Con indecible estupor,
mezclado de hondo pesar,
vió la multitud pasar
todo el cortejo de honor.
Pero, ante el grande esplendor
de la papal comitiva,
el hecho que la motiva
surge del pueblo en la mente,
y grita con voz potente:
«¡Viva el Papa!» «¡El Tasso viva!»

XLVII.

Llega el Papa á su mansión:
los grandes desaparecen.
Mudos de espanto, enmudecen
la campana y el cañón.
Termina la animación.
Vuelve la tranquilidad.
Poco á poco, la ciudad
su vida normal recobra,
y, contenta de su obra,
descansa la humanidad.

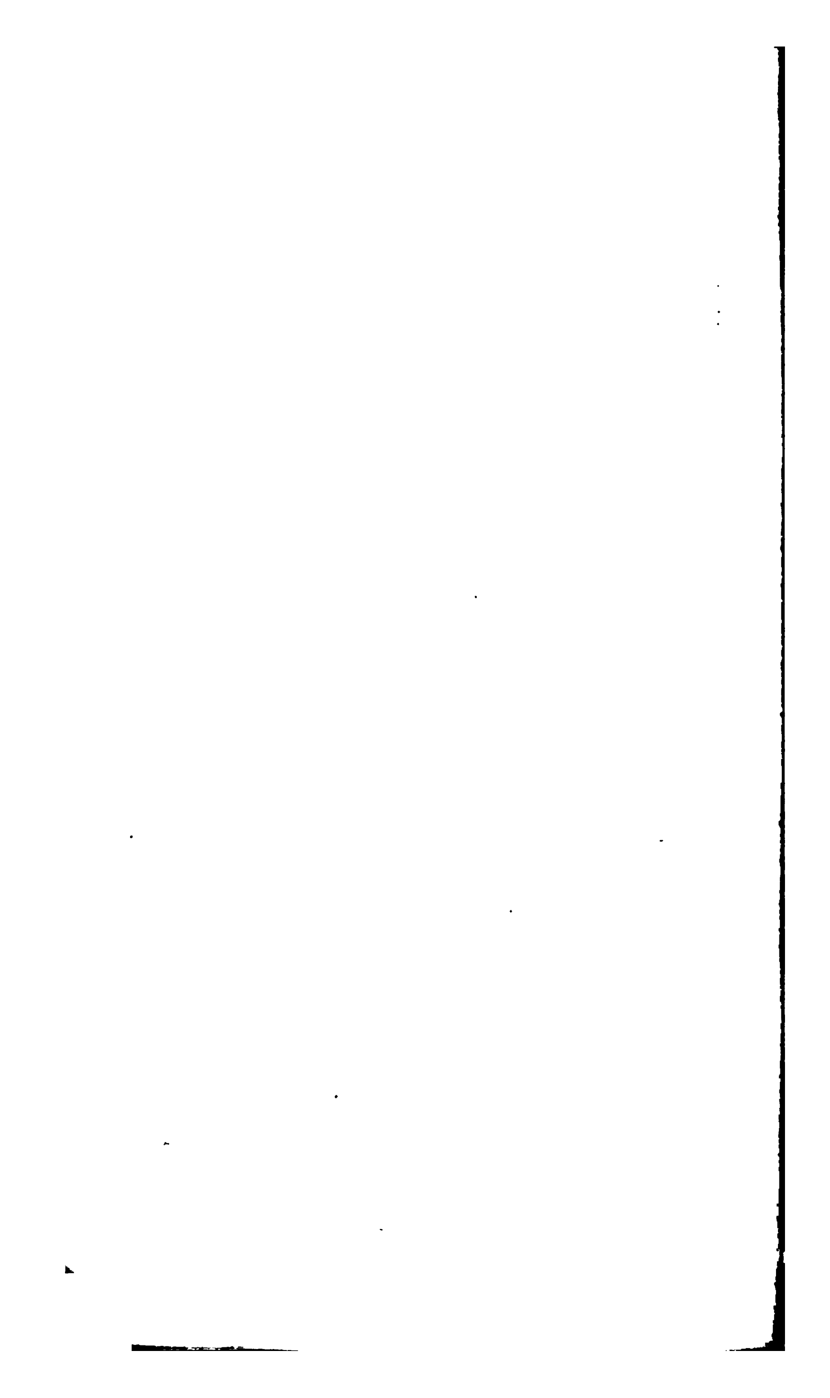




LA LOCA DE LA PLAYA

MARZO 1883

PRIMERA PARTE.





LA LOCA DE LA PLAYA

I.

¡Oh costa de Cantabria! Rudo asiento
de mi patria querida,
cuyo firme cimiento
es cadena del viento
y dique de la mar embravecida;

II.

Monte de Urieta, erguido y arrogante,
señor de las montañas,
que dominas triunfante,
tan inmenso y gigante
como el revuelto mar en que te bañas;

III.

¡Mar Cantábrico, fiero y tormentoso,
que, en la borrasca, acreces
tu seno proceloso,
tan triste y luctuoso
que formado de lágrimas pareces!

IV.

Concha que dora el sol: limpias arenas
que la ola besa amante,
y que vivís ajenas
al dolor y las penas
que el mar encierra que teneis delante;

V.

Olas enormes, crespas é irritadàs,
de nítida blancura,
por el Señor creadas,
y mil veces sagradas,
por ser de tantos cuerpos sepulturà!

VI.

Iluminad mi oscuro pensamiento:
dadle la poesía
y el dulce sentimiento
que teneis, monte, viento,
olas, playa desierta y mar bravía;

VII.

y haced que mi alma de poeta, llena,
de vuestro amor fecundo,
pueda narrar serena
la historia de una pena,
de una pena, es decir, casi de un mundo!

VIII.

Cuentan en el país que era Mariana,
no importa el apellido,
una hermosa aldeana,
más gentil y galana
que el fresco lirio en el Abril nacido.

IX.

Era más que mediana su estatura;
el pié, menudo y breve;
rica la dentadura;
la tez, serena y pura,
blanca como los ampos de la nieve.

X.

Sujetaba su talle, alto y derecho,
falto de más aliño,
un jubón tan estrecho,
que su redondo pecho
se dibujaba audaz tras el corpiño.

XI.

Negro mate el cabello, repartido
en trenzas, por su espalda
se arrastraba tendido,
como esclavo rendido,
hasta besar los bordes de la falda.

XII.

Iguales en lo negro á sus cabellos
sus ojos seductores,
tan limpios y tan bellos,
que, sus vivos destellos,
eran señuelo celestial de amores.

XIII.

Y era, en resumen, la gentil Mariana,
por su cara y su talle,
por lo hermosa y lozana,
la más bella aldeana
que podía encontrarse en todo el valle!

XIV.

Hija de acomodados labradores
de aquel muy pobre suelo,
formaban sus amores
las rústicas labores
con que pagaba su tributo al cielo.

XV.

El amor de sus padres y el cuidado
del blanco caserío,
de castaños poblado,
escondido y aislado
al pié de la montaña, junto al río,

XVI.

eran los solos goces que tenía
aquella niña, hermosa
como la luz del día;
y así feliz vivía,
si envidiada, tal vez, nunca envidiosa.

XVII.

Los mozos la asediaban, y hubo *indiano*
que nadaba en doblones,
que la ofreció, aunque en vano,
para lograr su mano,
deponer á sus pies sus patacones.

XVIII.

Ella escuchaba á todos, complaciente,
y amable y cariñosa;
mas, si algún pretendiente
la esperaba en la fuente,
para hablarla de amor, ya era otra cosa;

XIX.

pues, llena al punto su brillante herrada,
apresurando el paso,
tornaba á su morada,
diciendo de pasada:
«No me hable usted de amor, que no me
[caso.»

XX.

Si alguno, más tenaz ó más amante,
un día y otro día,
la imploraba anhelante,
ella, siempre constante,
su eterno «no me caso» repetía.

XXI.

Y al cabo los galanes desistieron
de lograr su amor puro.
Por fin se convencieron
y todos se dijeron:
«¿Quién vence un corazón tan frío y duro?»

XXII.

¡Siempre, cuando en amante desvarío,
el amor nos inflama,
y encontramos desvío,
llamamos duro y frío
á todo corazón que no nos ama!

XXIII.

Pero ¿por qué razón la niña hermosa,
á quien todos querían,
era tan caprichosa,
tan terca y desdeñosa?
¿Era acaso verdad lo que decían?

XXIV.

No ¡por Dios! Todo sér vive sujeto
á los dulces amaños
del amor indiscreto.
¡Siempre existe un secreto
en todo corazón de veinte años!

XXV.

También el de Mariana lo tenía,
y escondido en el fondo
de su pecho vivía.
Nadie lo conocía.
¡Cuando es grande el amor está tan hondo!...

XXVI.

Amaba, sí, la niña ciegamente,
con esa vehemencia,
con ese amor ardiente
que, si una vez se siente,
basta para llenar una existencia.

XXVII.

Puro, sencillo, al impudor ajeno,
fuente de luz y calma,
aquel amor sereno
se despertó en su seno
como una bendición para su alma.

XXVIII.

¡Oh amor! Eterno amor, faro fecundo
de paz y de consuelo!
¡Paraíso del mundo!
Unico bien profundo,
que el hombre alcanza del rigor del cielo!

XXIX.

Sublime inspiración! Meta soñada
en el ciego delirio
del alma apasionada!
ya seas todo ó nada,
ensueño, ó realidad, gloria ó martirio.

XXX.

¡Bendito tú que, al soplo de tu aliento,
animas la existencia,
das vida al sentimiento,
vigor al pensamiento,
y fuerzas en su lucha á la conciencia!

XXXI.

Un pescador llamado Juan Gorría,
hijo de humilde cuna,
que en su barca vivía,
pues sólo poseía
su barca y su valor, como fortuna,

XXXII.

conquistó de Mariana la belleza,
alcanzando la palma
de domar su fiereza.
Cuando á luchar empieza,
no hay victoria difícil para el alma.

XXXIII.

Érase el pescador alto y erguido,
varonil su apostura,
ancho el pecho y fornido;
en su rostro curtido
brillaba de sus ojos la dulzura.

XXXIV.

Revelaba su aspecto la energía;
negro el naciente bozo,
su boca descubría.
Era, en fin, Juan Gorría,
lo que puede llamarse un guapo mozo.

XXXV.

Nadie más ágil que él, ni más ligero;
en aquellos parajes
llamábanle el primero.
¡Cuántas veces venció como remero
á los bravos remeros de Pasajes!

XXXVI.

Ninguno ni con fuerza asoladora
del mar el hondo abismo
agitó destructora;
la galerna traidora
pudo jamás vencerle en heroismo.

XXXVII.

Lleva, de su valor, prueba patente,
aunque el mozo rehusa,
hablar de ello á la gente,
la medalla pendiente
al lado izquierdo de su tosca blusa.

XXXVIII.

Y cuando Juan reposa
y abandona su bote,
ora baile la danza cadenciosa,
la *aurrescua* famosa,
ora juegue un partido de rebote,

XXXIX.

siempre él el primero;
no hay ninguno más diestro y más pujante;
no hay en el mundo entero
ni mejor marinero,
ni mozo más erguido y arrogante.

XL.

¿Que extraño, pues, que, si el amor la
á él sucumba rendido [gana
el pecho de Mariana?
Para aquella aldeana
era el honrado Juan un buen partido.

XLI.

Pero ¡ah! la juventud no es previsora;
y la vejez madura
es más calculadora,
aunque á veces ignora
que no está en el dinero la ventura.

XLII.

Los padres de Mariana, desde el día
en que, ya con certeza,
vieron que ella quería
al pobre Juan Gorría,
huérfano y desprovisto de riqueza,

XLIII.

á la boda, con ansia deseada,
se opusieron de un modo,
que la niña cuitada
halló, desesperada,
imposible su amor, su dicha, todo.

XLIV.

Pero Juan, orgulloso y atrevido,
y á la lucha avezado,
no se dió por vencido.
¡Aquel amor querido
era el único bien del desgraciado!...

XLV.

Mas ¡ay! en vano, en su agitada mente,
formaba un plan y ciento,
frenético y demente!
¡Un corazón que siente
hace á veces tan torpe al pensamiento!...

XLVI.

Soberbia la razón, pretende en vano
ser señora del mundo;
y el corazón humano
es para ella un arcano
tan negro, tan difícil, tan profundo,

XLVII.

que nunca, para eterno desconsuelo,
de su fiero egoismo,
podrá romper tan misterioso velo.
¡Ni se limita el cielo,
ni se llega hasta el fondo del abismo!

—

XLVIII.

Dando tregua al dolor que le mataba,
al muelle bajó un día,
y vió que aparejaba,
y su carga acababa,
rumbo á la Habana, el bergantín «María.»

XLIX.

El cuadro no era nuevo: mas, no obstante,
Juan, inmutable y fijo,
le miraba anhelante,
cuando una voz vibrante
«¿Quieres venirte con nosotros?» dijo.

L.

Alzó los ojos Juan, y, sobre el puente
del bergantín velero,
vió al capitán Lafuente,
marino inteligente,
con el cual ya sirvió de marinero.

LI.

Dudó; pero, con frase decidida,
contestó: «Soy del viaje
á que usted me convida,
siempre que mi venida
no le cause estorsión al equipaje.»

LII.

«Nada de eso.» - «Pues voy.» «Pues trato
«Adiós, y hasta mañana.» [hecho.»
Lanzó un suspiro el pecho
de Juan; mas, satisfecho,
dirigióse hacia casa de Mariana.

LIII.

Llegó: bajo el portal abovedado
del blanco caserío,
de castaños poblado,
escondido y aislado
al pié de la montaña, junto al río,

LIV.

Mariana con sus padres se encontraba,
el anciano leía,
la pobre madre hilaba,
y Mariana enjugaba
su llanto con la ropa que cosía.

LV.

Ahogó Mariana al verle un ¡ay! doliente
y dejó su costura:
su madre, diligente,
fué á su lado; la frente
alzó el viejo, dejando la lectura.

LVI.

Juan, con voz conmovida,
más franca y animosa,
así dijo en seguida:
«Motiva mi venida
el pedir á Mariana para esposa.

LVII.

Ella es mi bien. Soy pobre, pero honrado;
su cariño es profundo;
cien veces lo ha jurado.
Soy joven y esforzado.
Mañana parto para el Nuevo Mundo.

LVIII.

Y allí, en lucha tenaz con mi pobreza,
trabajaré á destajo
por lograr la riqueza,
y será su belleza
el premio de mi esfuerzo y mi trabajo.»

LIX.

Nada más dijo Juan. Enternecido
dudó el viejo un momento;
mas después, decidido,
dijo: «Acepto el partido:
á trabajar, muchacho, y ten aliento.

LX.

Tres años te concedo: que tu brazo
encuentre la manera
de abreviar este plazo.
Ahora, dale un abrazo,
y sé digno del premio que te espera.»

LXI.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

LXII.

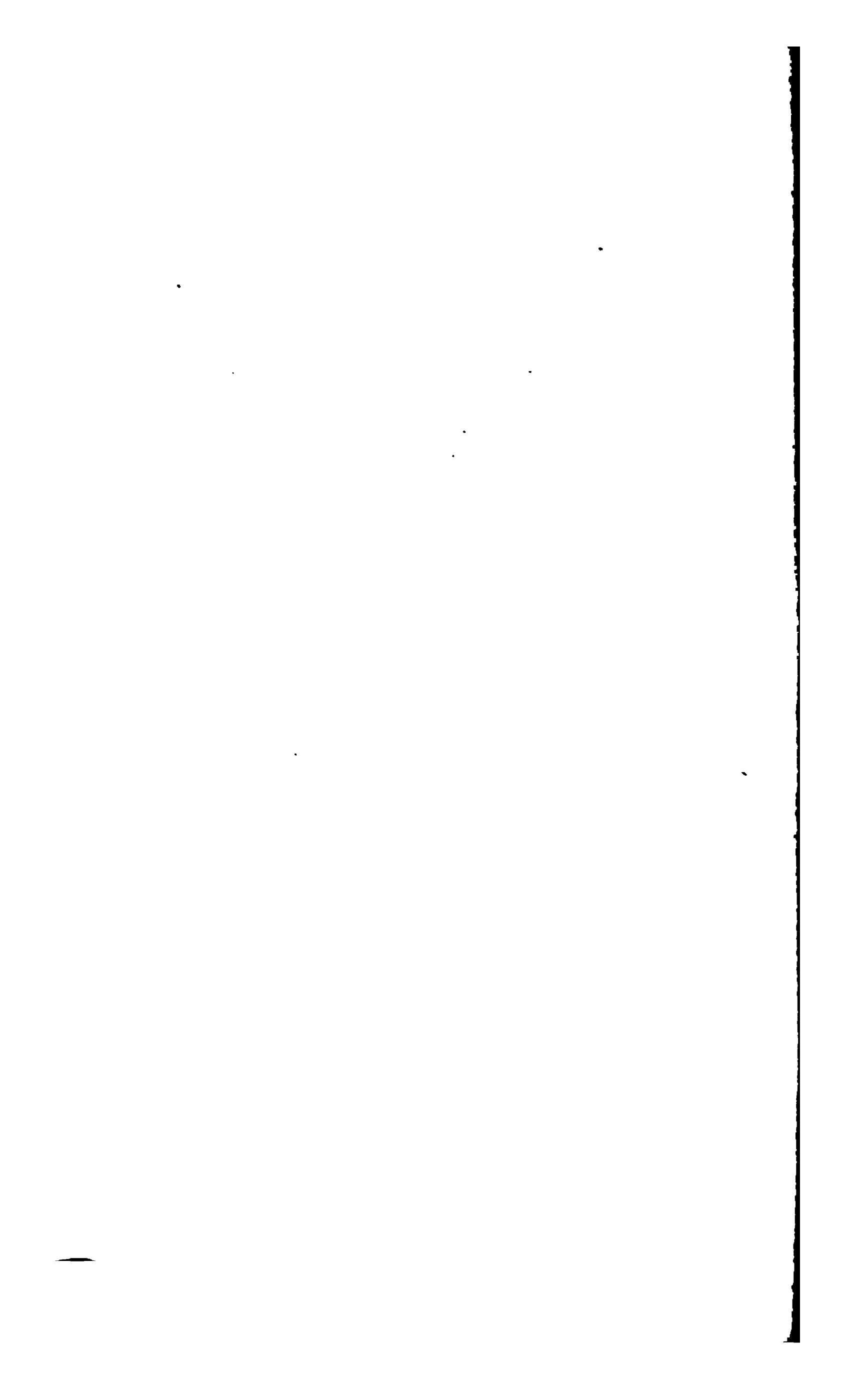
¡Y para qué añadir que al otro día,
al rayar la mañana,
el bergantín partía,
y en el mar le seguía
la amorosa mirada de Mariana!

Pau, Febrero 1883.

LA LOCA DE LA PLAYA

PAU.—NOVIEMBRE, 1883

SEGUNDA PARTE.





LA LOCA DE LA PLAYA

SIEMPRE firme en su amor, siempre cons-
Juan Gorría á Mariana [tante
escribía anhelante,
cada vez más amante,
desde la rica tierra americana.

No fué loca esperanza la que un día
le llevó al Nuevo Mundo:
su fortuna crecía;
el cielo bendecía
su trabajo tenaz, grande y fecundo.

Mariana, fiel, amante y cariñosa,
calmaba de la ausencia
la inquietud dolorosa
con la esperanza hermosa
de aquel sueño de amor de su existencia;

y, pensando feliz y enamorada
en el día cercano
de su dicha soñada,
su ajuar de desposada
preparaba y cosía por su mano.

Lleno de fe su corazón creyente,
visitaba la Ermita,
que en la áspera pendiente
de una roca imponente
guarda la imagen del Señor bendita.

Del templo en la capilla más oscura,
elevaba de hinojos
esa plegaria pura
que el labio no murmura,
pero que arranca llanto de los ojos.

Su solícito afán y su cuidado
adornaba con flores
aquel altar sagrado,
santuario elevado
por la inocente niña á sus amores.

No hubo voto de Salve ó Romería
que Mariana no hiciera.
Siempre su fe por guía,
del altar colgó un día
las trenzas de su negra cabellera,

pensando con bendita confianza,
con fervoroso anhelo
y sublime esperanza,
que, rezando, se alcanza
lo que desea el corazón, del cielo!

¡Feliz el alma que en la fe nacida,
llena de amor divino,
la guarda como egida
que oponer en la vida
á los fieros combates del destino!

Ella ignoraba que la dicha humana
es cual la blanca nube
que forma la mañana
y que, arrogante y vana,
del viento á impulso por el cielo sube;

más que, al llenar el sol de resplandores
el alto firmamento,
funde con sus ardores
esos ténues vapores
que al fin arrastra en su carrera el viento,

dejando, tras su huella de un instante,
terso el cielo y en calma
más hermoso y brillante,
un recuerdo constante
y una ilusión nueva en su alma.

Da la fe dulce paz, placer fecundo
al alma que la encierra;
mas ¿quién sabe en el mundo
por qué arcano profundo
está el cielo tan léjos de la tierra?

¿Quién puede descifrar por qué motivo
á veces quien más ruega,
con fervor puro y vivo,
no alcanza lenitivo
y su oración hasta el Señor no llega?

¿Por qué razón el alma que se inmola
tormentas y no calmas
encuentra triste y sola?
¡Qué bien dijo Argensola;
«Ciego, es la tierra el mundo de las almas!»

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

Al espirar el plazo prefijado,
el padre de Mariana
recibió un abultado
pliego certificado
que le trajo el correo de la Habana.

El pliego era de Juan: el mismo día
su bergantín abandonaba el puerto:
Ya á su tierra volvía,
ya á Juan le parecía
real su ventura y su destino cierto.

En letra, por la firma garantida
de banqueros seguros,
mandaba reunida
la fortuna adquirida
por su honrado trabajo: ¡seis mil duros!

¡Pobre fortuna! pensarán sin tino
los señores banqueros;
¡capital bien mezquino!
Mas, para un campesino,
esos pocos dineros, son *dineros*.

Tal suma representa el verde prado,
la casa solitaria,
el establo abrigado,
el maizal colmado
y la frondosa encina centenaria.

Y léjos, en límite perdido,
que forma el horizonte,
con afán adquirido
el robledal erguido,
corona eterna del gigante monte,

representa las vacas bien cuidadas,
el gentil gallinero,
las ovejas cebadas,
las mieses apretadas
y el abundante pasto en el otero.

¡Pensad, los que en el mundo poderosos,
de vuestro oro seguros,
lo aumentais codiciosos;
pensad bien, ambiciosos,
lo que se puede hacer con seis mil duros!

Hombre práctico el padre de Mariana,
cobrada en el momento
la letra de la Habana,
una casa cercana
á la suya compró, que era un portento.

La casita es pequeña, muy pequeña;
más que casa, es un nido.
¡Cómo sueña, el que sueña
que al lujo que desdeña
suceden el reposo y el olvido!

Tiene, en cambio, más grande su cercado
que las casas vecinas;
y, además de un buen prado,
todo él está poblado
de robles, de castaños y de encinas.

Grande es la huerta, y en la orilla amena
las aves, con sus trinos,
espantan toda pena.
¡Incomparable escena
para un dúo de amores campesinos!

Mariana, por su madre aconsejada,
y, aún más, por el anhelo
de toda enamorada,
de hacer de su morada
un paraíso en miniatura, un cielo,

logrólo, y, á través del laberinto
de sus muchos quehaceres,
fué un cielo aquel recinto:
¡lo que puede el instinto
cuando quieren tenerlo las mujeres!

Nada faltaba: ni el sitial erguido,
aforrado de cuero
asiento del marido,
al regresar rendido
por las rudas faenas del casero;

la amplia cama colgada, y bien mullida,
las sillas torneadas,
la imagen bendecida
de la Virgen querida,
consuelo de tristísimas veladas;

bien llena, y al abrigo, la leñera;
la cocina radiante,
con su limpia espetera,
que brilla y reverbera
del sol poniente al rayo vacilante;

el heno en el hogar apisonado;
y el provisto granero,
del viento resguardado;
el hogar abrigado
para las frías noches del Enero...

Y, si con estas cosas se concierta
una mujer amante,
siempre al amor despierta,
y el alma, siempre alerta
para agradar á un hombre, ya es bastante.

¡Qué porvenir tan grato y halagüeño
se forjaba Mariana!
¡Cuánto encanto risueño,
cuánto apacible ensueño
envuelto entre las brumas del mañana!

Pensando nada más que en Juan Gorría
y en su pasión ferviente,
mayor de día en día,
pues crecía y crecía
con la rápida fuerza del torrente,

¡Ah! gozaba, en sus sueños de ventura,
los santos regocijos
de una conciencia pura,
que los goces apura
del sagrado cariño de los hijos.

Y soñando, mil veces, del esposo,
evitaba el abrazo,
por guardar el reposo
del niño candoroso
que dormía tranquilo en su regazo!

¡Pobre mujer! Su amante pensamiento
no encontraba pesares,
sino en todo contento!
Y es tan voluble el viento
y tan traidor el fondo de los mares!...

Sobre el mar más tranquilo, de repente
una brisa se lanza,
y, en su furia creciente,
sólo ella es suficiente
para hundir para siempre una esperanza.

Llegó, por fin, el suspirado día:
surcó en aguas de España
el bergantín «María,»
en la costa bravía
que el Cantábrico mar furioso baña.

A Santander estaba destinado
su rico cargamento,
y, una vez entregado,
ya el viaje terminado,
tornaba á hacerse al mar en el momento

hasta llegar á la ciudad querida,
de los eúskaros joya,
que, arrogante y erguida,
dá animación y vida
al monte Urgull, en que su espalda apoya.

¡Quién describe la dicha del marino
cuando, con rumbo cierto,
fiado en su destino,
por fin de su camino
pone la proa al suspirado puerto

donde se halla el hogar, la amante esposa,
los travesuelos hijos,
la madre cariñosa
y la quietud dichosa
henchida de sublimes regocijos!

Ni quién puede expresar lo que sentía
en aquellos momentos
el pobre Juan Gorría,
que tan cerca veía
el logro de sus dulces pensamientos.

Loco, febril, inquieto é impaciente
no se daba reposo,
y, del buque en el puente,
¡cuántas veces su mente
llamó al viento traidor y perezoso!

De pronto, su mirada penetrante,
del sol á los reflejos,
descubrió muy distante,
como un punto flotante,
que se iba condensando allá á lo lejos,

. . . .

. . . .

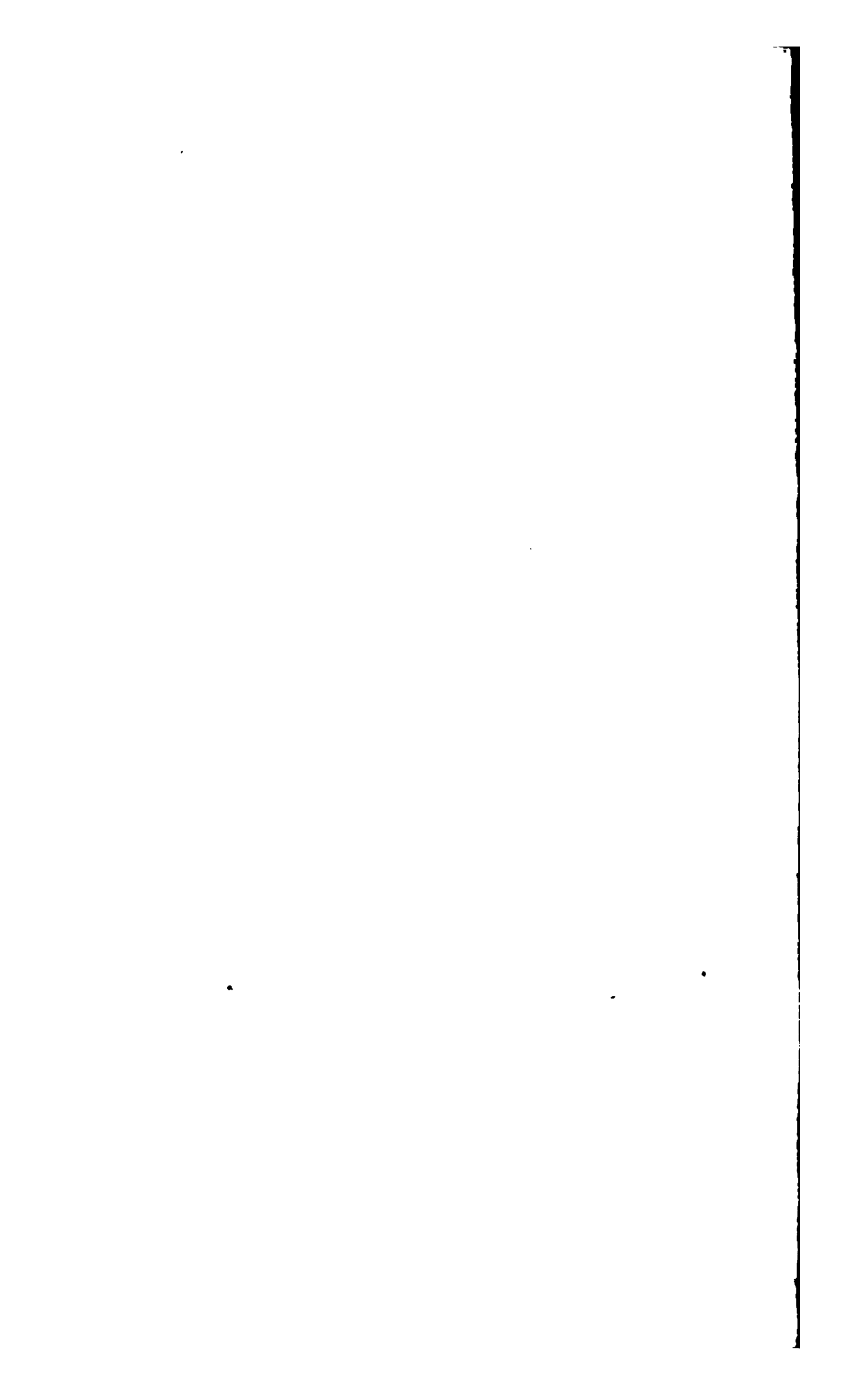
. . . .

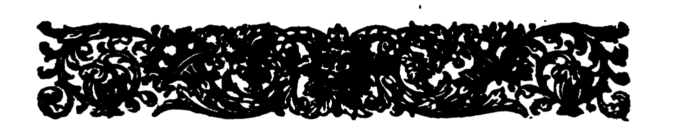
. . . .

. . . .



PÁGINAS DE UN ALBUM





PRIMERA PÁGINA DE UN ALBUM

UNA página en blanco. ¡No es posible!
de mi amor en el album
es preciso llenar, amada mía,
las páginas en blanco.

Yo no quiero dejar ningún resquicio
por donde pueda osada
penetrar, como gérmen de desdicha,
el triste desencanto.

Acompáñame tú: sigue mi ejemplo;
escribe tú también, por si logramos
que no quede, en el libro que escribimos,
ni una página en blanco!

(Diciembre, 1883.)





(¿ . . . . ?)

ESTÁS á mi lado
mis coplas leyendo,
y, en tanto, pretendes
que yo escriba versos.
No, á fe, no es posible
cumplir tu deseo,
que á empresas más gratas
me impulsa mi anhelo.

Todas las ideas
que hay en mi cerebro,
¡cuántas ilusiones
agitan mi pecho!

99

Bien pueden fundirse,
en estos momentos,
más que en ditirambos,
bien mío, en un hecho.
¿No atinas? Acércate...
¡de mí estás muy lejos!
¿No es cierto que todo...
se funde en un beso?

(1881.)





EL CEMENTERIO

ESTÁ triste la tarde:
cubren el cielo
las nubes con celajes
torvos y densos.

Entre las ramas secas,
con ronco estruendo,
ruge amenazadora
la voz del viento.

¡Tarde lóbrega y triste
como el recuerdo
que en el alma guardamos
por los que han muerto!

. . . .
. . . .

Al lado de la Corte,
sobre un pequeño
montecillo de arena,
pobre y escueto,

se elevan las paredes
de un cementerio,
donde guardan los vivos
queridos restos.

Ante un nicho sencillo,
pero que es templo,
porque el alma de un ángel
guarda en su seno,

una mujer, de hinojos,
se ve á los léjos,
como la muda estatua
del sufrimiento.

Enrojecen las lágrimas
sus ojos bellos:
tiene pálido el rostro,
blanco el cabello.

La mano del destino
doblar ha hecho,
á impulso de las penas,
su talle esbelto.

¡Quién, cuando así la mira,
no ve al momento
que fué madre, y su hijo
vive en el cielo!

¡Qué corazón, que tenga
fe y sentimiento,
para el mal de una madre,
no tiene un eco!

Detrás de una columna
del Cementerio,
con la capa española
su faz cubriendo,

un soñador, que guarda
tristes recuerdos,
y que está entre dolores
en su elemento,

contemplaba este cuadro,
sublime y tierno,
que conmoviera el alma
del más escéptico.

Tal vez hondos y tristes
presentimientos
su corazón hirieran
al propio tiempo.

¿Quién penetra el arcano
del pensamiento?
¿Quién del alma adivina
los mil secretos?. . . . . .

. . . .
. . . .

Abrió el nicho la madre:
con brazo trémulo,
llenó de florecillas
su ámbito estrecho.

¡Y las hermosas flores
reverdecieron,
al hallarse tan cerca
de aquellos restos!

¡Hermosas florecillas!
Quizás el cielo,
por uno de sus sabios
hondos misterios,

en la agitación lenta
del Universo,
en que unos cuerpos mueren
y nacen de ellos,

cual del sombrío cáos,
el día espléndido,
otros cuerpos, esencia
de aquellos cuerpos,

de los restos de un niño
puro y risueño,
hace tomen las flores
su nacimiento.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

Después de un breve rato,
juntos salieron
la madre y el poeta
del Cementerio.

Ni á una frase sus labios
camino abrieron.
¡Nada hay tan elocuente
como el silencio!

Pero observó el poeta,
que allá, á lo léjos
del sombrío horizonte,
rasgando el velo

azulado y hermoso,
límpido y terso,
su diáfana pureza
lucía el cielo.

Y, al inclinar la vista,
notó que el cieno,
que sus plantas hollaban,
cubría el suelo.

Y dijo, cabizbajo,
quedo, muy quedo:
«Si vió este lodo el niño
del Cementerio,

¡qué mucho que tendiera
su errante vuelo!
¡Qué mucho que del mundo
se huyera presto!

¡Ay! ¡Dichosas las almas
que consiguieron,
sin mancharse de lodo,
volverse al cielo!»

(19 de Diciembre de 1881.)



EL PRIMER ANIVERSARIO

Con júbilo extraordinario
y con profundo dolor,
hoy celebra nuestro amor
su primer aniversario.
Júbilo, porque la esencia
del amor eternamente
nos une: dolor ferviente,
porque lo engendra la ausencia.
Mas, no obstante, en este día,
aniversario de amor,
es mayor, mucho mayor,
que la pena, la alegría.

Pues la distancia olvidando,
menospreciando la ausencia,
con nuestra doble existencia
tiempo y espacio salvando,
de las dichas ideales
respirando en las regiones,
gozando las ilusiones
de los sueños celestiales,
vemos, con placer profundo,
que es nuestro cariño fuerte
contra el vaivén de la suerte
y los azares del mundo;
que no fué el capricho vano
el que le dió nacimiento,
ni la ilusión del momento,
ni el torpe deseo humano,
ni la necia vanidad,
que le dá origen á veces,
ni una de esas *pequeñeces*
que tiene la humanidad;
que es una pasión, que afluye
á nuestras almas, profunda;
que es un río que fecunda,

no un torrente que destruye.
Y, ante esta dulce creencia,
¿qué importan, amada mía,
la triste melancolía
y las penas de la ausencia?
¿Qué importa que con enojos,
perdidas quietud y calma,
haya dolor en el alma
y lágrimas en los ojos,
si muy pronto hemos de ver,
pasado nuestro quebranto,
también en los ojos llanto,
pero llanto de placer?
¡Ah! Cuando llegue ese día,
que, con alma y vida, ansío:
¿quién de tu pecho y el mío
podrá medir la alegría?
Cuando te estreche á mi seno
buscando amante desquite,
cuando tu pecho palpite
junto al mío de amor lleno,
todas las tristes memorias,
todas las horas sombrías,

las negras melancolías
y las malditas historias
de este tiempo de dolor,
se hundirán en el olvido
y surgirá, engrandecido
de sus ruinas, nuestro amor.
Adiós; en vano querría
decir más: valor y calma.
¿Quién podrá hacer que tu alma
se separe de la mía?
Nadie: pues, entonces, vé
á la lucha decidida:
¡siempre se vence en la vida
cuando hay esperanza y fe!





RESPUESTA

¿QUÉ es amor? me preguntas, é impaciente
anhelas te conteste con urgencia,
y tu amor me revela tu impaciencia,
pues, quien habla de amor, amores siente.
Es ardua la cuestión: difícilmente
la puede resolver quien su existencia
ha consagrado á amar con vehemencia
y siempre amó de modo diferente.
Amor, es á la vez gozo y tormento,
dolores y placeres sin medida,
constante desear del pensamiento,
fundiendo en el crisol del sentimiento
el alma, el corazón, la fe y la vida!

(Madrid, 1874.)





SUEÑOS

—

¿Es sueño ó realidad? Estoy con ella;
de sus ojos los fúlgidos destellos
de vez en cuando, cual la luz del día,
alumbran mi cerebro.

Su cuerpo está del mío separado
por espacio tan breve y tan pequeño,
que, sólo con moverme, un beso amante
dejar en ella puedo.

Nadie perturba nuestra hermosa calma,
nada rompe este plácido silencio,
en el cual, al impulso del cariño,
se espacia el sentimiento.

Solos los dos estamos. Ella escribe,
y yo, sombrío, con tristeza veo
cual se desliza rápida su mano,
llenando el papel terso.

Escribe y no es á mí! Mas ¡ah! con calma
sufrir mi angustia y mi tortura debo.
Yo no tengo derecho á que me escriba
y otro tiene derecho.

La Sociedad, la Ley, la Iglesia misma,
como á mísera esclava, la dan dueño;
una frase ha bastado á someterla
á eterno cautiverio.

Lo breve, lo mortal, lo transitorio
á lo que es infinito pone término;
pero domina el cuerpo y sus cadenas
quebranta el sentimiento.

Las leyes no dominan sobre el alma:
el alma á su anhelar no ve linderos:
se contiene lo humano, lo tangible,
pero nunca lo eterno.

Y ¿siempre será igual? Siempre lo mismo
ha de estar el espíritu sujeto
á esas leyes absurdas, por las cuales
se rige el Universo?

Ah! no. La redención del alma humana
llegará al fin. El anhelado premio
alcanzará el espíritu. ¿Quién sabe
si esta vez no serán sueño los sueños?





¿.................?

DICEN que soy honrado y es mentira:
¡lo veo en mi conciencia!
Yo soy... un miserable, como muchos
de los que hay en la tierra.

Sobre mi frío rostro llevo siempre
ceñida la careta,
que oculta, á los que miran mi semblante,
de mi alma la miseria.

Yo transijo con todo: si un momento
indómita se eleva
mi conciencia en el alma, en el instante
humillada se enerva.

Transijo con su infamia y la hago mía.
Comprendo que te afrenta
y me callo, y lo sufro, y, al sufrirlo,
hago mayor tu ofensa.

Oh! no puedes amarme: es imposible;
á su nivel me encuentras.
Yo soy tan miserable como él mismo...
más, si serlo pudiera.





SEIS AÑOS

AYES DE UNA MADRE.

SEIS años! ¡Quién lo diría!
¡y aún lo recuerda mi mente.
Mi sufrimiento latente
se aumenta de día en día.
¡Ay! en vano mi agonía
pretende el tiempo calmar:
una roca es mi pesar
de tan profundo cimiento,
que ni la conmueve el viento
ni la desmorona el mar.

Sufriendo el combate rudo
de las olas de la vida,
en esa roca querida

contra mis males me escudo.
Siempre, cuando lloro, acudo
á refugiarme en su altura;
y, en mi profunda amargura,
aunque el alma el dolor llena,
encuentra alivio mi pena
en su propia desventura.

¡Ay! mañana cumpliría
seis años! ¡Quién me dijera
que tan breve y fugaz fuera
la sola ventura mía!
Él, mi encanto, mi alegría,
mi esperanza, mi consuelo;
él, que en mis horas de duelo
mi horrible pena calmaba,
cuando á vivir comenzaba
me huyó, ingrato, y voló al cielo.

¡Oh! desgraciada de mí!
En él mis dichas cifré:
era un sueño, desperté
y aislada y sola me ví.

¡Qué importa, pués le perdí,
que entre el mundano turbión
quiera loca mi razón
hallar un placer soñado,
si es, por mi mal, un helado
sepulcro mi corazón!

No hallo nunca horas propicias,
siempre las enturbia el llanto.
¿Qué caricia tiene encanto,
si recuerdo sus caricias?
¿Qué valen esas delicias
de los amantes excesos?
¿Qué valen los embelesos
de una pasión anhelante?
¿Qué los besos de un amante,
comparados con sus besos?

Dicha, placer, ilusiones
esa riqueza querida
con la que adornan la vida
las amorosas pasiones;
seductoras ilusiones,

calma de amor placentera,
goces que mi pecho espera,
ventura que logró el alma...
¡todo lo diera con calma,
porque seis años cumpliera!

. . . .

. . . .

Ante el sepulcro de su hijo,
desfigurado el semblante,
las frases que dejo escritas
decía, triste, una madre.

Yo la dejaba, en silencio,
que sus penas desahogase,
mas de sus frases dudaba,
con ser su dolor tan grande.

Y es porque sé que no existe
en el mundo miserable,
recuerdo que no se olvide
ni dolor que no se acabe.

(Madrid, 1881.)



SONETO

Tu ingenio, tu dolor y tu belleza
el amor engendraron que en mi pecho
oculto vive y vivirá, á despecho
de la ley que marcó naturaleza.
Si hoy la pasión á germinar empieza,
dentro del alma tomará gran trecho;
nadie evita el amor, ni nadie ha hecho
que al corazón domine la cabeza.
Mas no temas, mi bien, que el desvarío
de la pasión me ciegue de tal suerte
que provoque tu enojo y tu desvío;
sabré callar por miedo de ofenderte,
pues mi amor, que es inmenso, como mío,
se contenta tan sólo con quererte.

(Julio, 1881.)





SONETO

¿Dudo? ¿Creo? No sé: mi pensamiento
en vano busca la verdad desnuda;
en vano apelo, demandando ayuda,
á la sincera fe del sentimiento.
Dentro del corazón, en violento
combate sordo y en batalla ruda,
riñen airados la maldita duda
y el infinito amor que por tí siento.
Mujer, mujer, á quien rendí sin pena
el alma que en tus ojos se retrata,
la propia vida y la ventura ajena,
dá fin á mi dolor; y, fiel ó ingrata,
haz morir el amor que me enajena,
ó acaba con la duda que me mata!

(Madrid, 1881.)





SONETO

Tras de la oscura noche el claro día,
tras la ruda tormenta la bonanza,
después del infortunio la esperanza,
y después de la pena la alegría.
La duda horrible, pertinaz, impía,
se trasforma en risueña bienandanza;
ni tú temes falsía ni mudanza,
ni yo temo mudanza ni falsía.
Ya no arrancan suspiros los enojos:
en goces se convierten los desvelos,
y en flores se trasforman los abrojos.
Acaba la ansiedad, mueren los celos,
y otra vez para mí brilla en tus ojos
la limpidez serena de los cielos!

(Madrid, 1881.)





A. . . . .

DULCE bien, amada mía,
estrella y luz de mi alma,
compendio de mis amores
é imán de mis esperanzas:
aprovechando gozoso
la soledad que me ampara,
voy á escribirte una epístola
con buen fondo y forma mala.
Sin razón alguna, en verso
he principiado mi carta;
y, en verso, aunque sea malo,
es forzoso terminarla.
Tu carta, luz de mi vida,
recibida esta mañana,

irá por siempre en mi pecho
constantemente grabada.
El perfume cariñoso
de tus amantes palabras,
aún me envuelve compasivo
y de ventura me embriaga.
Anoche, que ví nublado
tu rostro, por una ráfaga
de disgusto, que á mi pecho
ruda tormenta auguraba,
sufrí lo que no es decible,
pues no hay dolor, en quien ama,
más grande que el sufrimiento
de la persona adorada.
Mas hoy tu carta disipa
las mortales asechanzas
que á mi ventura los celos
y las dudas preparaban.
Nunca está el mar más hermoso
que después de una borrasca,
ni el sol después de haber roto
los nublados que lo empañan.
Tú eres el sol de mi vida,

y eres el mar de mi alma:
¿qué mucho que goce, loco
de ventura y de esperanza,
si veo á mi sol sin nubes
y veo á mi mar en calma?
Esta mañana, bien mío,
(ríete de mis tontadas)
he llorado de alegría
cuando recibí tu carta.
¡Te amo tanto! ¡Es tan inmenso
mi amor!... Y tanto me ahogaba
la pena, desde ayer noche,
cuando salí de tu casa,
que al ver, por tu carta amante,
que, como te amo, me amabas,
salió el dolor, por mis ojos,
convertido en una lágrima.
¡Y hoy no te veo, bien mío!
La noche ¡qué triste y larga
será para mí! Tú, en tanto,
¿qué harás?... Espero con ansia
la luz del día. ¡Ah! ¡Bendita
será la aurora que esparza,

con la claridad del mundo,
la claridad de mi alma!
Te veré á las dos en punto:
me envolverán tus miradas,
resonarán en mi oído
tus amorosas palabras,
y tú verás en mis ojos,
y en mi voz apasionada,
que eres tú, dulce bien mío,
estrella y luz de mi alma,
compendio de mis amores
é imán de mis esperanzas.

(1881.)





JURAMENTO

SIEMPRE tuya! ¡Cuántas veces,
junto á la tumba de un ángel,
regalaron el oído
y el corazón estas frases!

«Siempre tuya,» repetías,
desfigurado el semblante,
borrando dichas presentes,
huellas de añejos pesares.

Hoy el mismo juramento,
con la misma voz amante,
delante, me repetiste,
del sepulcro de tu madre.

¡Ah! ¡Quiera el cielo que nunca
vaya, triste, á demandártele,
á la tumba de tu hijo
ó al sepulcro de tu madre!

(30 Octubre 1882.)



ILUSIONES Y ESPERANZAS

De *holgazán* me has acusado,
y en verdad que no te engañas,
pues ha días que no escribo
ni una letra en estas páginas.

¿Por qué? Ni lo sé, ni encuentro,
aunque lo busco, la causa
de este silencio enojoso,
que me enerva y que me mata.

No es, mi bien, que el sentimiento
se haya agotado en mi alma,
ni que no encuentre mi pluma,
para expresarlo, palabras.

En cada día que huye,
en cada instante que pasa,
más y más crece y se aumenta
el amor en que me inflamas;

pero hay misterios recónditos
en el fondo de las almas,
con fuerza tal, que á menudo
la voluntad avasallan;

que cubren dichas y goces,
ilusiones y esperanzas,
con tan sombríos celajes,
tan impenetrables gasas,

que, ni recuerdos dulcísimos,
ni halagüeñas esperanzas,
logran que, libre el espíritu,
de aquellas tinieblas salga.

. . . .
. . . .

Ay! En tanto que te vea
á tu cadena amarrada;
mientras la suerte enemiga
quiera mantenerte esclava;

mientras no goce tu cuerpo
la libertad de tu alma
y estés á un dueño sujeta,
que te oprime y que te manda,

no extrañes, mi bien, que, á veces,
sombría esté mi mirada,
ni que, á mi pesar, espiren
en mi boca las palabras.

Piensa entonces que, en mi pecho,
la tempestad se desata,
y ten compasión del sitio
donde la nube descarga.





LO QUE ME QUEDA

CUANDO era casi niño, tuve un sueño
de gloria y de ambición.
Hirió la triste realidad mis ojos,
y mi sueño pasó.

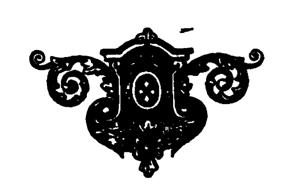
En aras de la patria, ofrecí luego
mi fe y mi corazón.
Torpes todos, la patria destruímos
con bárbaro furor.

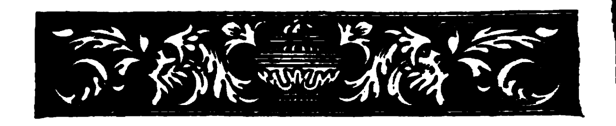
En mi escondido hogar, pretendí al
condensar mi placer: [cabo
no sé lo que pasó; pero es lo cierto
que desierto lo hallé.

Hoy cifro en tí mi vida y mi ventura,
y tiemblo sin querer,
al ver que en tí sola deposito
los restos de mi fe.

Si algún día la mano del destino
viene mi amor á herir,
yá sin hogar, sin ambición, sin patria:
¿qué sería de mí?

(Noviembre, 1881.)





LA INCERTIDUMBRE

MUCHO tardas: la impaciencia
ya me agita y me devora,
y empieza, loco, á cubrirse
mi pensamiento de sombras.
¿Dónde estarás, que no vienes,
cuando ya sonó la hora
en que te hallas otros días
al alcance de mi boca,
que busca y halla en la tuya,
siempre amante y cariñosa,
lenitivo de mis males
y alivio de mis congojas?
¿Por qué te retrasas tanto?
Aunque durase una hora

la misa, para venir,
tenías tiempo de sobra.
Ya es la una: me lo dice
la manecilla traidora
del reló, que, de mi dicha,
los breves ratos me roba,
y aún no vienes. La impaciencia,
con más fuerza, me devora,
y, con más razón, se cubre
mi pensamiento de sombras.





¿. . . . .?

HASTA cuándo, vida mía,
hemos de vivir penando,
continuamente esperando
de la redención el día?
¿Será nuestra espera vana
y eternas nuestras cadenas?
¿No encontrarán nuestras penas,
de ese consuelo, el mañana?

(Mayo, 1881.)



¿. . . . .?

YO no sé lo que pasó,
ni sé lo que podrá haber,
ni qué podrá suceder.
Sé tan sólo que llegó...!!!

(Abril 30, 1883.)



BORRASCA EN UN CORAZÓN

Cuando, rindiendo homenaje
á tus queridos recuerdos,
te acompaño, vida mía,
al humilde cementerio,
donde yacen tu cariño
y tus amantes ensueños,
y tus dulces esperanzas,
y tus benditos anhelos,
miro agitarse, tenaces,
en el fondo de mi pecho,
con fortaleza inaudita,
encontrados sentimientos:
dolor, ternura, cariño,

compasión, ira, despecho,
mal reprimidas envidias
y mal comprimidos celos;
dolor, por tu desventura;
cariño, por él que ha muerto;
ternura, por lo que sufres;
compasión, la que te debo;
ira, por ser de quien era;
despecho, envidia y celos,
por no haber yo disfrutado
las primicias de tu afecto.

. . . .

. . . .

¿Cómo explicarte las penas,
los indecibles tormentos,
que mi espíritu acongojan
en estas horas de duelo?
Si es mi cariño delito,
¡míreme benigno el cielo!
que el castigo de mi culpa
en el corazón le llevo!

(Madrid, 1881.)





SONETO

Vivir juntos los dos, solos y aislados,
sin que nadie turbase mi ventura;
gozar de tu cariño y tu hermosura
sin zozobras, ni penas, ni cuidados;
lograr, en dulce paz, los deseados
delirios que se forja mi locura;
rodearte de amor y de ternura
unidos siempre y siempre apasionados;
y luego, cuando al fin de la jornada,
de los años rendido bajo el peso,
tornase el cuerpo á su pristina nada,
de nuestro amor, en el postrer exceso,
darte, bien mío, el alma enamorada,
con el postrer suspiro, el postrer beso!

(Mayo, 1882.)





SÚPLICA

Si, yo léjos, percibe tu oído
palabras lejanas,
responde con frases amantes,
á aquellas palabras.

Si, yo léjos, abrasa tus labios
aliento de fuego,
con el alma, bien mío, responde,
responde á aquel beso!!

(Biarritz, 20 Setiembre 1882.)





¡NO TE SEPARES DE MÍ!

Cuando yo parta de aquí,
cuando esté de tí alejado,
¡por Dios, mi dueño adorado,
no te separes de mí!

Si alguno se acerca á tí,
con frases halagadoras,
si, cual te adoro, me adoras,
¡no te separes de mí!

Piensa que en tu amor fundí
con mi fe, mi sentimiento,
y, por no darme tormento,
¡no te separes de mí!

Si tus deseos cumplí,
si llené tu corazón,
¡bien mío, por compasión,
no te separes de mí!

(Anglet, 20 Setiembre 1882.)





AYER Y HOY

Siempre á tu lado el pensamiento mío
estuvo en esta ausencia:
ni por un solo instante, de mis ojos
se borró tu presencia.

Hoy que al fin, para siempre, al lado tuyo
venturoso me hallo,
te miro, quiero hablar, y nada digo,
y á mi pesar me callo.

Si no es posible que expresarte pueda
lo que mi pecho siente:
¿nó es cierto, vida mía, que el silencio
será más elocuente?

(Pau, 10 de Noviembre 1882.)





A UN PAQUETE DE CARTAS

CUAL depósito sagrado,
paquete, á mis manos vienes,
y, en tu breve espacio, tienes
mi corazón encerrado.
De un ensueño idolatrado
eres tangible expresión;
y, aunque se afirme que son
las cartas de amor locuras,
tú despiertas mil ternuras
en mi amante corazón.

En tí se nota la huella
del amor que me domina:
en tí mi mente adivina
la amante figura de ella.

En tí comenzó mi estrella
á irradiar nuevos fulgores;
en tí viven los mejores
deleites que yo sentí,
porque se guarece en tí
la vida de mis amores.

La goma que te sujeta
guarda las dichas sin nombre
de los delirios del hombre
y los sueños del poeta.
Una ventura secreta
al asirte me enamora:
no estás á mi alcance ahora
por olvido ni desvío,
y ¿cómo, si el dueño mío,
como le adoro me adora?

¿Desvío ú olvido? No.
¿Quién se puede imaginar,
que ella me pueda olvidar,
ó pueda olvidarla yo?
Libre á amarme comenzó:
libre comencé yo á amarla.

Si vivo para adorarla
y vive para adorarme,
¿cómo puede ella olvidarme,
ni cómo puedo olvidarla?

Te tengo, y quiero leer
los delirios que escribí
desde que dentro de mí
volvió el alma á renacer.
En tí de nuevo á querer
comencé con alma y vida,
y, en la pasión bendecida
que hoy me arroba y me enajena,
mi bien y la dicha ajena
puse osado en la partida.

A impulso del sentimiento
vida y deberes jugué,
y, aunque á tanto me arriesgué,
ni me enmiendo ni arrepiento.
Con su amor vivo contento.
¿Soy feliz? ¿Soy desgraciado?
¡No sé! Ni lo he averiguado,
ni averiguarlo podría.

Sé que feliz moriría,
como muriese á su lado.

¡Cuántas amantes historias
tu breve espacio condensa!
¡Cuánta dicha tan inmensa!
¡Cuántas envidiables glorias!
¡Cuántas benditas memorias
en tus páginas se miran!
¡Ay! ¡Mis sentidos deliran,
al leerte, y se embelesan;
que oyen labios que se besan,
y oyen almas que suspiran!

Pronto, mi pecho lo ansía,
muy pronto, paquete amado,
te alejarás de mi lado
buscando á la prenda mía.
Funda entonces tu porfía,
cifra tu mejor empeño,
en decir al dulce dueño,
que avasalla el corazón,
que no es verdad, que no son
los amores, siempre, un sueño.

Que alguna vez aparecen
con tanta fuerza en la vida,
que el alma en ellas anida
y la existencia embellecen.
Díla que nunca perecen
si nacen con tanto brío:
Díla que, enojo ó desvío,
jamás su poder destruyen,
y que los enojos huyen
como las ondas del río.

Díla que si soy un niño
que esclavo del corazón
prescindo de la razón
y hasta me enojo y la riño;
vea, en mi enojo, cariño;
en mi riña, amor ferviente;
prueba de amor elocuente
en mi injusticia y rigor,
pues nunca pudo el amor
ser frío ni indiferente.

(Madrid, 1882.)





TU RECUERDO

Estoy solo: me han dejado
de mi pobre casa dueño,
y nadie puede turbarme
en mis dulces pensamientos.
La soledad me entristece,
y, buscando un compañero,
me apodero, ansioso y loco,
de tu seductor recuerdo.
Aún de tus amantes brazos
siento el calor en mi cuello,
y aún en mi frente resuena
el crujido de tus besos.
Aún en mi oído retumban

de tus palabras los ecos,
y, aun cuando cierre los ojos,
dentro del alma te veo.
El perfume delicioso
que se exhala de tu aliento,
aún me rodea y me envuelve
en atmósfera de fuego.
Y aún te descubro á mi lado
y entre mis brazos te estrecho,
con el ardor invencible
del insaciable deseo.
¡Cuánta locura, amor mío!
¡Cuánto delirio quimérico!
¡Qué de goces no logrados!
¡Qué de deleites supremos!
¡No sé lo que por mí pasa!
Paréceme que despierto,
con nueva vida, á la vida,
tras de prolongado sueño.
Años tras años pasaron,
sin que el latido más lento
mi corazón conmoviera,
para los amores muerto.

Llevóme la suerte loca
de mi pobre patria léjos,
y horizontes de ventura
ante mis ojos se abrieron.
Busqué, con vária fortuna,
en amantes devaneos,
alguno que despertase
en mi corazón un eco;
algo que, arrancando al alma
de los remachados hierros
con que airados la aprisionan
la indiferencia y el tedio,
la devolviera la vida,
gigante del sentimiento,
logrando que, como el Fénix,
renaciera de su incendio.
En vano fué. Lograr pude
amoríos pasajeros,
que tan sólo á mis sentidos
halagaron un momento.
El desvarío en los unos,
la falsía en muchos de ellos,
y, en todos, ó en casi todos,

lo fácil del vencimiento.
Dentro del alma apagaron,
apenas nacido, el fuego,
que siempre fué fácil triunfo,
de derrotas mensajero.
Hoy, después de mil combates
de encontrados sentimientos,
en mi corazón irradia
la luz de pasados tiempos.
En tí se encuentra su foco;
de tí vienen sus reflejos:
¿qué mucho que, siendo tantos,
los contemple, casi ciego?

(Agosto, 1882.)





¡SÓLO MÍA!

—

YÁ te alejaste de él: medita ahora,
con tranquila conciencia,
y, repite á mi oído, en voz muy baja,
tus constantes promesas!

«Sólo tuya,» dijiste muchas veces;
repítelo otra vez; pero antes piensa,
que ahora puedo mejor de tu conducta
pedirte cuenta.

Yá no sería obligación tu falta,
sino traidora ofensa,
y no hay alma en el mundo que transija
con la traición artera.

Dime otra vez tu amante juramento;
dímelo; pero piensa
que, de hoy en adelante, más que nunca,
he de pedirte cuentas!

(Mayo, 1882.)



BARCAROLA

A orillas del Adriático,
viendo sus olas
estrellarse en la quilla
de nuestra góndola,

mientras la blanca luna,
pálida y sola,
con sus tibios fulgores
la mar colora,

tú y yo, en calma apacible
y en paz dichosa,
del pasado evocamos
dulces memorias.

Y, pensando en las dichas
que el alma goza,
si nuestros ojos hablan
callan las bocas.

¡Ay! En ciertos instantes
las frases sobran;
¡si una mirada encierra
la vida toda!

¿No es así, vida mía?
no me respondas.
Ven junto á mí... más cerca,
más cerca... ahora.

Tu pecho palpitante
mi pecho toca;
me miras... Gondolero,
vuelve la góndola.

(Venecia, 4 Junio 1882.)





EN LA GRUTA.

—

SOLOS los dos en la gruta;
estrellándose en las rocas
con violencia inaudita
llenas de furor las olas;

cubierto el cielo de nubes;
cubierta el alma de sombras;
una lágrima en los ojos
y ni una frase en la boca,

mirábamos del Océano
la inmensidad asombrosa,
cual nuestro cariño, grande;
como nuestra pena, honda.

Yo te miraba en silencio;
tú me mirabas absorta,
siendo intérpretes los ojos
de nuestras mútuas congojas.

Al fin, cogiendo tu mano,
con voz destemplada y ronca,
una palabra tan sólo
pudo murmurar mi boca.

Altar fué el mar; ara santa,
las rudas y enhiestas rocas;
la inmensidad, el testigo
de aquellas eternas bodas.

Es que dos almas amantes,
fundidas en una sola,
ante el cielo, para siempre
unieron su vida toda.

(Biarritz, Julio 1882.)

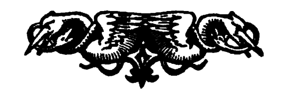




TÚ

Tú guardas de París toda la vida,
todo el encanto y esplendor de Nápoles,
la coqueta arrogancia de Florencia,
de Ginebra las plácidas imágenes,
de Roma la grandeza sacrosanta,
de Venecia los goces ideales:
todo cuanto es amor, y dicha, y vida,
y sentimiento, y corazón, y arte.

(Biarritz, Julio 1882.)





SUEÑOS

¡Si es sueño, que no despierte!
¡que la realidad no venga
á herir, con su mano ruda,
mis fantásticas quimeras.

¡Está á mi lado! La miro
seguir febril su tarea,
y mi mente se extasía
con la ventura de verla.

Pretendo verter en vano,
sobre el papel, las ideas
que en mi cerebro se agitan
informes, vagas, inciertas.

¿Qué he de decir? Que la quiero;
que es la luz de mi existencia;
que en ella tan sólo pienso;
que vivo sólo por ella.

(Noviembre, 1882.)



LA HIEDRA

Al tronco del árbol viejo,
estrechamente enlazada,
crece la hiedra, prestando
color á sus secas ramas.

Ella al tronco carcomido
en el invierno resguarda
de los fieros vendavales
que su existencia amenazan.

Ella, durante el estío,
rico pabellón levanta,
bajo cuya fresca sombra
el árbol viejo descansa;

y ella le da tanta vida,
tal le adorna y le engalana,
que un árbol viejo, sin hiedra,
parece un cuerpo sin alma.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

En la gótica abadía,
ya desierta y solitaria,
con sus hojas adornando
las ojivas agrietadas;

en los restos del castillo,
en la abierta barbacana,
en el derruído muro
de la torre legendaria,

allí florece la hiedra
tejiendo verdes guirnaldas,
y dando nuevos encantos
á aquellas glorias pasadas.

Siempre allí, donde la muerte
su terrible paso marca,
para amenguar sus estragos,
la hiedra humilde se alza.

Nace libre como el viento;
la libertad la dá sávia,
y la ociosidad la hiere,
y la esclavitud la mata.

Hoja humilde de los bosques,
santo emblema de constancia,
compañera del que muere
y consuelo del que ama,

oye mis ruegos, y, el día
que deje al cuerpo mi alma,
florece sobre la losa
de mi tumba solitaria.

(Pau, 27 Enero 1883.)





19 MARZO

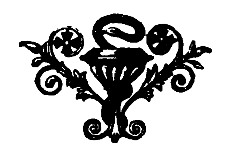
Los recuerdos que en tí viven
hoy, bien mío, se despiertan
y cubren tu pensamiento
con un velo de tristeza.

Hoy, acaso más que nunca,
tu ángel perdido recuerdas,
y más el dolor te hiere,
y más su ausencia lamentas.

Por eso yo que partícipe
pretendo ser de tus penas,
pues las penas son menores
cuando se sufren á medias,

á tus recuerdos consagro
estos renglones, en prenda
de ser mi alma, de la tuya,
en el dolor compañera;

de que tu angustia comparto
y comparto tu tristeza,
y que son mías las tuyas
como son tuyas mis penas.





ÚLTIMA PÁGINA DE UN ÁLBUM

—

«De este libro la página primera
escrita fué por mí:
haga Dios que la página postrera
no se escriba por tí.»

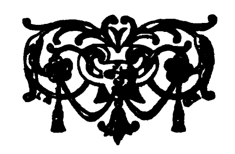
Esto decía al empezar el libro
y, esto repito ahora,
al trazar agitado estos renglones
en la última hoja.

Mucho dicen las páginas escritas,
pero es más lo que callan;
suplan tu corazón y tu cariño
lo que en el libro falta.

De esta manera, al empezar muy pronto
á escribir otro libro,
podré decir, amante y satisfecho,
lo que digo al principio:

«De este libro la página primera
escrita fué por mí:
haga Dios que su página postrera
no se escriba por tí.»

(Pau, 19 Marzo 1883.)





TÚ Y YO

—

UNA rosa amarilla, otra encarnada
sobre tu corazón.
¿No ves en esas flores, vida mía,
la imagen de los dos?

De querer á una rosa, la otra rosa
ha perdido el color.
Tú eres la rosa de color brillante,
la amarilla... soy yo.

(Mayo, 1883.)





EN TODAS PARTES

Mujer, ángel de pasión,
que á mis ojos te presentas,
y aun, á tu pesar, alientas
á mi amante corazón;
si es mi dicha una ilusión,
si es mi amor un desvarío,
si es un sueño lo que ansío,
sueño que no he de lograr:
¿por qué viniste á reinar
en el pensamiento mío?

Tu imagen mi paso guía;
te miro, en mi amante alarde,
en las sombras de la tarde,

en los fulgores del día;
veo, en la noche sombría,
tu bello rostro querido,
y, en vano, llamo al olvido
para alivio de mi queja;
que tu imagen no me deja
ni despierto ni dormido;

quiero apartarme de tí
para calmar mi dolor,
y á tí me vuelve el amor
que siento dentro de mí.
¡Loco soy obrando así,
pues tu desprecio me hiere,
que, en verdad, más cuerdo fuera,
al comprender tu desvío,
arrancar del pecho mío
el corazón que te quiere!

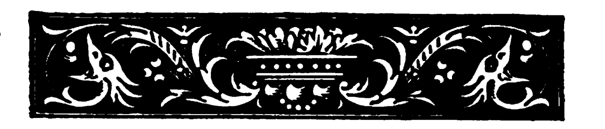
¡Ah! Si lo pudiera hacer!
¡Si yo lográra quebrar
esta aspiración de amar
que en mí despiertas, mujer!

¡Si yo pudiera romper
esta cadena de enojos,
que, entre punzantes abrojos,
me une á tí con embeleso!
¡Ay! Si no estuviera preso
en la cárcel de tus ojos!

. . . .
. . . .
. . . .

Mas ¡ah! soy loco, en verdad,
en pintarte mis dolores.
¿Quién recuerda entre las flores
el yermo y la soledad?
Eres feliz: mi ansiedad
y mis penas dá al olvido;
mas, por el cielo, te pido,
que, si sufres algún día,
recuerdes, amada mía,
al que tanto te ha querido!





DE VIAJE

I.

¡Al fin, al fin llegó la ansiada hora!
Ya llega á la Estación; ya toma asiento;
cuanto más se aproxima este momento,
más y más la impaciencia me devora.
Ya la columna de humo se evapora,
perdiéndose en las ráfagas del viento,
que arroja de su seno turbulento,
nuevo volcán, la audaz locomotora.
Ya se escucha sonar á la campana,
se oye del pito el áspero silbido,
ya se mueve la enorme caravana,
ya se vuelve hacia mí, ya le despido;
no ha sido, no, nuestra esperanza vana;
ya se alejó, mi vida. ¡Ya ha partido!

II.

Noche de bendición! ¡Noche querida!
¡Jamás, aunque te cubran con su velo
las pardas nubes, encontró mi anhelo
una noche á esta noche parecida!
En ella la ventura apetecida
me da la suerte: término, el desvelo;
en ella encontraré mi luz, mi cielo,
mi porvenir, mi aspiración, mi vida.
Noche de mi ventura mensajera,
aunque tarda estuviste, ya has llegado,
no fuiste de mi amor vana quimera;
gracias te da, de gozo enajenado,
mi corazón... mas ¡ah! que ella me espera.
Ella me espera, sí. Corro á su lado.

III.

De nuestro amor la aspiración ardiente
cúmplese al fin; mañana, sin enojos,
verse podrán sin pena y sin sonrojos,
con tu profundo amor mi amor ferviente.

En su lenguaje mudo y elocuente
podrán hablarse sin temor los ojos,
y tú podrás poner tus labios rojos
una vez y otra vez sobre mi frente.
La noche de hoy, con tu destino ata
el mío, tras de férvido combate,
en el cual el cariño se aquilata.
Nunca este lazo de aflojarse trate;
y, si en aciago día se desata;
¡maldito de los dos quien lo desate!

(1883.)





PRIMERA PÁGINA DE OTRO ALBUM

De este libro segundo hoy es el día
de escribir en la página primera,
pues, aunque nada digan mis renglones,
dice mucho la fecha.

Sin gusto y sin humor, no hay en mi
acaso ni el esbozo de una idea. [mente
¡Hay cariño en el alma! que ella supla
la fantasía muerta.

Al abrir este libro, aunque en tu pecho
el amor que me juras no existiera;
al ver el día en que escribí estos versos,
de fijo me recuerdas.

¡Dichoso yo que, en el feliz pasado,
de una manera tal me uní contigo,
que, aunque olvidarme quieras, no es
que me dés al olvido! [posible

(19 Junio, 1883.)





¡JAMÁS TE OLVIDARÉ!

Dulce vida de mi vida:
¿estoy soñando ó despierto?
¿Es posible que tú anoche
te incomodases por celos?
¿Es posible que tú creas
que quien te rindió sereno
con la vida el albedrío,
con el alma el pensamiento;
que quien sólo por tí vive,
que quien en tí fija el término
de sus dulces ilusiones
y sus amantes ensueños,
pueda, de tu amor querido,
apartar por un momento

la idea que está en tí fija,
como está fijo el acero
en el imán, que es el norte
de todos sus movimientos?
¿Has visto algún sér tan *bobo*
que, cuando posee un cielo,
pretenda, loco ó estúpido,
trocar su edén en infierno?
¡Ah! Mi bien, cuando el sol nace,
ocúltanse los luceros;
pues todo reflejo muere
ante sus vivos reflejos.
Si tú eres sol de mi vida,
no albergues nunca en tu pecho,
ni temores infundados,
ni imaginarios recelos;
pues alma que un amor siente,
como el amor que te tengo,
y en centro de gloria vive,
jamás sale de su centro.

(Diciembre, 1883.)





EL TERCER ANIVERSARIO

TRES años! ¿Quién lo diría?
¿Quién, al pensar los engaños
del mundo, presumiría
que tu pasión y la mía
iban á durar tres años?

¿Quién, al vernos empezar
con tanto fuego á querer,
no habrá llegado á pensar
que, tanta vida, al nacer,
era signo de acabar?

¡Cuántos se habrán alegrado,
pensando que tu desvío
ó mi genio arrebatado,

hubieran... ¡Cuánto me río
al ver que se han engañado!

Y además, lo más tremendo
es que me voy sospechando
que, hasta contumaces siendo,
nos seguiremos queriendo
por seguirles engañando.

Surquemos, pues, con valor
el mar en dulce bonanza:
que, en tanto que sin temor
rija, piloto, el amor
la nave de la esperanza,

sin temor al tiempo vario,
ni á los choques turbulentos
de nuestro sino contrario,
celebraremos contentos
uno y otro aniversario.





Á ELLA

HACE apenas media hora
que de tí me he separado,
y está de gozo inundado
el corazón que te adora.
¡Cuánta amorosa caricia!
¡Qué bien, tras rudo martirio,
viene un rato de delirio
y de indecible delicia!
Las nubes que ayer nublaron
nuestro horizonte risueño,
como fantasmas del sueño,
veloces se disiparon.
Y hoy, en fin, tras el dolor

que ayer turbó nuestra calma,
percibe gozosa el alma
la inmensidad del amor!
¡Ah! Tú no sabes, bien mío,
que ya, mi amor soberano,
no es mezquino amor humano,
sino ciego desvarío;
tú no sabes que mi pecho
ya no puede contener
tu cariño, pues va á ser,
para contenerle, estrecho;
no sabes, hurí querida,
que, en mi amante sentimiento,
eres tú mi luz, mi aliento,
la esencia, en fin, de mi vida;
«que es mi delirio mayor,
»mi más legítimo orgullo,
»adormecerme al arrullo
»de tu acento seductor;»
que, en dulce y amante lazo
indisoluble y estrecho,
cuando es pedestal tu pecho,
ó tu amoroso regazo,

de mi cuerpo, que al calor
tuyo vive, vida mía,
mi existencia te daría
en un delirio de amor.

. . . .

¡Ah! Si mañana pudiera,
como desea mi pecho,
cálmar en algo, bien mío,
tus amargos pensamientos;
si estar pudiera á tu lado,
y, con amantes extremos,
recoger las tristes lágrimas
que te arranquen tus recuerdos;
si participar pudiera
junto á tí del sufrimiento
que para siempre ha dejado
la horrible muerte en tu seno;
si ya que no me es posible
amenguar tus sentimientos,
contigo el placer tuviera
de compartirlos al menos...
¡No es posible! Si te basta
saber que contigo peno;

que con tus placeres vivo
y con tus pesares muero,
entonces, luz de mi vida,
ensancha, ensancha tu pecho,
que lo que en uno rebosa
puede en dos hallar asiento;
piensa que siempre á tu lado
se encuentra mi pensamiento,
que *estoy siempre de tí cerca*,
aunque me encuentre muy léjos;
que, para amores, bien mío,
como el amor que te tengo,
ninguna influencia ejercen
distancia, ausencia ni tiempo;
que no hay distancia posible
que no salve el pensamiento,
y, lo que en el alma vive
es, igual que el alma, eterno.

(Junio, 1883.)





MIS DESEOS

ENTRE las niñas, el perro
y el fabricante alavés,
parece el cuarto que habito
una torre de Babel.
¿Cómo fijar una idea,
aunque vengan diez á diez,
con esta horrible algazara
que aumenta á más no poder?
¿Era estrenar una pluma
mi objeto? Cumplílo, pues
lo mismo en muchos renglones
puede decirse que en cien.
Que, como siempre, te quiero,
que, como siempre, soy fiel,
que espero que tú lo seas
constantemente y... Amén.

(1.º de Setiembre, 1883.)



MI PROPÓSITO

No he de salir de aquí sin que mi pluma
escriba en estas páginas,
lo que mi labio calla, pero á voces
repite siempre el alma!

No he de salir de aquí sin que, vencida
mi pereza tirana,
evoque las memorias del pasado
siempre dulces y gratas.

No he de salir de aquí sin que consigne
que el amor no se acaba,
cuando tiene por sólido cimiento
la mútua confianza.

No he de salir de aquí sin que antes que-
en esta sola página, [den,
estampados recuerdos, ilusiones
y dicha y esperanza!

(Pau, 18 de Marzo, 1884.)





EN UNA PANDERETA

¿QUIERES que escriba aquí? Pues á tu gusto
por más que *será música*,
dado el sitio en que pongo mis renglones,
cuanto escriba mi pluma.

Mas, por si acaso queda en tu memoria
grabada alguna idea
de lo que yo te escriba, Julia amiga,
en esta pandereta,

sabe que se asemeja á un instrumento
el corazón del hombre:
su són, dulce ó ingrato, sólo pende
del modo que se toque.

(Madrid, Mayo, 1884.)





SEXTO ANIVERSARIO

SEIS años hace yá! ¿Quién lo diría?
¿Quién podrá sostener que fué un capri-
el nudo amante que por tantos años [cho
me unió contigo?

En la existencia, al corazón humano
agitan muchas veces tempestades
que, sin mover su fondo, forman olas
al parecer gigantes.

Mas se calman muy pronto; se convierten
en brisa los furiosos vendavales,
y quedan sólo fúnebres memorias
de esas furias del aire.

Hay otras tempestades que, al contrario,
no agitando jamás la superficie,
eternas laten, sin que nunca pasen,
y nadie las olvide.

Y así también, los corazones nuestros
guardan eterno engañador reposo,
mientras se agita siempre apasionado
el amor en su fondo.

(Octubre, 14, 1884.)





DUDAS Y CELOS

¡SIEMPRE igual! ¡Siempre lo mismo!
¡Siempre con igual anhelo,
yendo en demanda de un cielo,
hallarse con un abismo!
¡Siempre ese hombre, eternamente
tras tu huella caminando!
¡Siempre á mi amor anunciando
una desdicha presente!
En vano llamo en mi ayuda
al amor que por tí siento...
¡No hay humano pensamiento
sin la sombra de una duda!
Duda, ¡maldito dolor!
Celos, ¡martirio maldito!

que, cuando amar es delito,
son castigos del amor!
¿Por qué ¡oh Dios! su trasparencia
el alma no deja ver?
¿Por qué no es dado leer
lo que guarda la conciencia?
¡Ah! menguado pensamiento,
que tan cruel me torturas!
Dudas, celos, amarguras,
inexplicable tormento,
que, con torpe violencia,
vienes á turbar mi calma...
¡mejor que herirme en el alma,
hiere mi pobre existencia!
¿Qué soy sin ella? Menguada
arista, que el torbellino
arrastra: nave sin tino
por la tormenta llevada;
cuerpo sin alma, que vá
caminando á la ventura;
sombra densa, noche oscura
que nadie iluminará.
Dudas impías, ¡dejadme!

no hagais que apure la hez
del cáliz; ó de una vez
tened valor y matadme;
que es preferible morir
á descender de los cielos
y al inpulso de los celos
lentamente sucumbir.



PÁGINAS DE UN ALBUM

POLÍTICAS Y FILOSÓFICAS.

13



VOLVERÉ

—

DEL nido en que sus padres le dejaron,
un pajarillo huyó:
sus alas por el viento le llevaron,
sus ojos del vacío se asombraron
y al nido se volvió.

Yo he dejado en mi casa, madre mía,
el nido en que nací;
pero, al cruzar la inmensidad sombría,
espero con afán volver un día
al nido que perdí.

No conmueva el dolor tu pecho amante
si yo te abandoné;
pues, como el ave, que volaba errante,
muy pronto, presuroso y anhelante,
al nido volveré!

(Roma, 1868.)





EN EL MONASTERIO DE SAN ONOFRE

MEDITACIÓN.

CAE la tarde: sus neblinas,
de las montañas surgiendo,
van en la sombra envolviendo
templos, obeliscos, ruinas.
Sobre las siete colinas
la oscuridad se desploma;
de su imperio el cetro toma
la noche, que infunde espanto,
y tiende su negro manto
sobre las calles de Roma.

Oscuro el monte y el llano,
tan sólo brilla una luz

en la gigantesca cruz
que corona el Vaticano.
Su tibio fulgor lejano
lanza un rayo moribundo;
pero aún el cáos profundo
la oscuridad ilumina,
y aún parece que domina
con su resplandor el mundo.

Yo estoy mirando este ocaso,
cuyo encanto me fascina,
sentado al pié de la encina
que prestó su sombra al Tasso.
Fijo la vista al acaso
en la cúpula grandiosa
del Templo, y la luz hermosa
que antes en la cruz brilló,
ya en la sombra se perdió
desvanecida y medrosa.

Y ante la noche temida,
que por doquiera me envuelve,
con espanto se revuelve

el alma sobrecogida.
Busca luz, calor y vida
su convulso movimiento,
y, en su anhelar violento,
sólo vé sombra en el monte,
y sombra en el horizonte,
y sombra en el pensamiento!

¡La oscuridad me rodea!
no hallo una luz bendecida,
ni en el mundo de la vida,
ni en el mundo de la idea!
Mi pobre razón flaquea;
mi corazón se estremece;
el espíritu padece
á impulso de mil temores,
y, en tanto, llena de horrores,
la tiniebla avanza y crece!

Ansiando luz, mi conciencia
la busca por todas partes,
en el mundo de las artes
y en el mundo de la ciencia.

En la sacrosanta esencia
de la religión bendita;
pero ¡ay! que, en su horrible cuita,
encuentra mi corazón
artes, ciencia y religión
llenos de sombra maldita.

La duda, el materialismo,
lo variable en la creencia,
la mortal indiferencia
y el cruel escepticismo,
hundieron en un abismo,
que aterra por lo profundo,
á este manantial fecundo
de vida, que anima y créa,
y es la noche de la idea
más negra que la del mundo.

Sin luz, en triste sopor,
los espíritus se aduermen,
pues de la existencia germen
es la luz, que es el calor.
Sin ella, luto y horror

sólo es dado conseguir;
y, en este afán de inquirir,
que quiere el hombre saciar,
cansado ya de pensar,
no sabe cómo sentir!

Apagado el sentimiento
y la razón apagada,
no se conmueven por nada
el alma ni el pensamiento.
Ni por un solo momento
lucha el espíritu fuerte;
tiembla la razón, que advierte,
de pavor sobrecogida,
que, envuelta en sombras la vida,
no es ya vida, sino muerte!

¡Menguados los frutos son
del humano entendimiento!
¡Ha apagado el sentimiento
sin dar luz á la razón!
La pobre generación,
que en este momento alienta,

vé que la duda fermenta,
presiente que la fe huye,
sabe que el nublado afluye,
¡y está sola en la tormenta!

. . . .

. . . .

Por tan triste pensamiento,
aterrado y conmovido,
los ojos clavé afligido
en el alto firmamento.
Y, en aquel mismo momento,
vi, con inmensa alegría,
que allá, á lo léjos, surgía
la luna, y, en débil luz,
iluminaba la cruz
donde halló su fin el día!

(Roma, 1870.)





LA INMENSIDAD

ESTABA solo y miraba
de noche la inmensidad
de mundos, que en el espacio
se cruzan, vienen y van.
Miraba miles de estrellas
entre las sombras pasar,
agitándose confusas
y moviéndose á compás.
Me asombraba su grandeza
de tal suerte y modo tal,
que á comprender no alcanzaba
su límite regular,
y me preguntaba inquieto:
«Dios mío, ¿será verdad

que esta inmensidad grandiosa
no halle término jamás?»

. . . .

. . . .

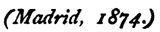
Pasé meditando un rato,
y, cansado de pensar,
quise sondear mi alma
y halléme otra inmensidad.
Y, al descubrirla, pensando
que, en el mundo, cada cual
una inmensidad encierra
que no termina jamás,
llevé el pensamiento, osado,
á la causa primordial,
origen de toda causa,
principio y fin á la par,
y halléme á Dios presidiendo
el concierto universal
de los mundos, y me dije
con emoción singular:
«Sólo en Dios, en Dios tan sólo
se encuentra la inmensidad.»

(Madrid, 1874.)



TIEMPOS Y TIEMPOS

AYER, al buscar esposa,
el amante preguntaba
al que á su novia trataba:
«¿Sabe usted si es virtuosa?»
Hoy, lo positivo á cuenta
con lo material se junta,
y el novio sólo pregunta:
«¿A cuánto asciende su renta?»
De tal divergencia infiero,
llena el alma de inquietud,
que ayer se buscó *virtud*
y que hoy se busca *dinero*.



(Madrid, 1874.)





LA SOMBRA

Una vez al reparar
que mi sombra me seguía
y que en pos de mí venía
sin quererme abandonar,
me dije al ver que á mi lado
siempre vino y siempre irá:
«Así en la existencia vá,
en pos del ocio, el pecado.»

(Madrid, 1874.)





VANIDAD DE VANIDADES

CUENTAN que un conquistador
quiso humillar, altanero,
á sus pies, el mundo entero,
á impulso de su valor.
Y, cuando acabó prolijo
de explicar lo que quería,
cuentan que uno que le oía
con menosprecio le dijo:
«Si cima das á tu empresa
y eres del mundo señor,
¿harás con eso mayor
el espacio de tu huesa?»

(Madrid, 1875.)





Al Excmo. Sr. D. Manuel Ruiz Zorrilla

ESPERANZA.

¡Musa bendita de mi edad temprana!
¡Inspiración divina y floreciente,
hermosa, cual la luz del medio día
que, gentil y galana,
diste forma á los sueños de mi mente
y alas á mi revuelta fantasía!
¿Por qué tan pronto de mi lado huiste?
¿Por qué, dime, te escondes?
¿Por qué cuando mi voz te llama triste
á mi voz no respondes,
como en tiempos pasados respondiste?
¿No tiene el mundo yá luz ni colores?
¿Por qué la senda ante mis pies se cierra,

que siguieron felices trovadores?
¿Por qué, al cantar, el corazón se aterra
y me obliga á arrojar la pobre pluma,
que entre mis dedos con furor se aferra?
Ayer ante una flor, ante una espina,
que formó del torrente el remolino,
ante la erguida y solitaria palma,
cumpliendo su destino,
que es sentir y cantar, cantaba el alma
el picacho del monte,
la flor modesta que nació en la umbría,
el águila caudal que se mecía
en la etérea región del horizonte;
la inocente ovejuela,
que al aprisco marchaba,
dejando en pos, cual luminosa estela,
el vellón que en los brezos se enredaba;
los negros ojos, ó los blondos rizos
de una dulce hermosura,
en la que el alma se forjaba hechizos
de mágica ventura;
las patrias glorias, la feliz creencia
que aprendí en mi niñez, tan dulce encanto

dejaban en mi sér, que, sin conciencia
tal vez de lo que hacía, alzaba un canto
al cual mi presunción en su demencia
prestaba tal valor que parecía
que, á través de una mágica ilusoria,
su velo ante mis ojos descorría
el porvenir, que á mi canción abría
el templo de la gloria.
Hoy si, venciendo mi mortal pereza,
tomo la pluma con febril empuje,
anhelando abra cauce mi cabeza
á alguna idea que en su fondo ruge,
ante el blanco papel vacilo y dudo;
me faltan las palabras y el aliento
y, aunque me esté dictando el pensamiento,
nada puedo decir; ¡me siento mudo!
¿Es el temor el que mi pecho embarga,
ó acaso el zozobrar de mi conciencia?
¿Es el saber que la verdad amarga,
ó el despecho fatal de la impotencia?
¡Ah! no le sé, ni intento
profundizar misterios tan extraños,
pues, por mi mal, presiento

que, al peso de continuos desengaños,
se apoderó del alma el desaliento!
El amor pasó ya con sus visiones;
huyeron las risueñas ilusiones,
que de placer el alma estremecían;
los cielos, que mis ojos descubrían,
se entoldaron con fúnebres crespones.
Ya el corazón no late
por cualquier ilusión encantadora:
la pasión no le sirve de acicate,
se rinde sin combate
al peso de la duda abrumadora.
La patria está dormida; casi muerta:
el vate no la excita,
ni á comprenderla acierta,
ni su amante canción la resucita,
ni su enérgico canto la despierta.
Perdida la memoria
de nuestra antigua inmarcesible gloria,
nos arrastramos en el triste estado
de un pueblo desgraciado,
sin ayer, sin mañana, sin historia.
El grito que los buenos

lanzan por que resuene en su conciencia,
se pierde por los ámbitos serenos,
sin que venza la torpe indiferencia
de los más, el aplauso de los menos.
La moral es un mito;
el ardor religioso, muchas veces,
encubridor grosero de un delito;
conjunto de rastreras pequeñeces
el político afán, y hasta se encierra
en el sagrado hogar, en ruda lidia
con la virtud, la envidia,
ese engendro maldito de la tierra.
¿A quién, pues, ¡cielo santo!
encaminar el raudo pensamiento?
¿Cómo entre duelo é infortunio tanto
puede el moderno vate
fuerza tomar y recobrar aliento
para lanzarse al desigual combate?
¿A dónde llevará su vuelo osado
la pobre inteligencia,
si el amor ha pasado,
y quizás todavía no ha llegado
la edad de la conciencia?

No lo sé: los añejos ideales
de Dios, Patria y Honor, todos cayeron
á impulsos de furiosos vendavales
que sus rudos cimientos sacudieron,
de la tierra arrancando
su secular raíz: ansiosa el alma,
sin darse en su inquietud tregua ni calma,
se estremece, buscando
alguna nueva idea
que, cual aire purísimo, despeje
la atmósfera fatal que nos rodea,
en la cual el espíritu envejece,
la existencia se hastía
y el corazón se asfixia y se atrofía!
¡La idea surgirá! ¿Cuándo? ¡Dios sabe!
Él tan sólo la clave
guarda del porvenir; pero entre tanto
que te apiadas del mundo, ¡Dios bendito!
deja que alce mi voz libre de espanto:
de mi conciencia apoya el débil grito,
¡no importa que mi canto
logre sólo perderse en lo infinito!

(Madrid, 20 Junio 1878.)



A LA VIRGEN DE LA SOLEDAD

RECORDANDO tus pesares
y tu profunda agonía,
vengo á tus pobres altares
á ofrecerte los cantares,
que brotan del alma mía.
Y á fe que indigno cantor
te toca, Virgen sagrada:
¿cómo el pobre Trovador,
que no ha padecido nada,
puede cantar al dolor?
¿Qué son las penas humanas?
¿Qué las locas ambiciones?
¿Qué las pasiones livianas

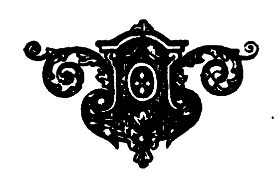
y las dichas ya lejanas
y las muertas ilusiones?
¿Qué vale la lucha ardiente
que en esta edad no creyente,
riñe en pertinaz porfía
con la fe, que, ciega, guía,
la razón que, viendo, miente?
¿Qué valen los sinsabores
de deseos no logrados,
ó de perdidos favores,
cuando se ven comparados
con tus acerbos dolores?
Pero yo te cantaré:
el recuerdo evocaré
de mi dulce edad temprana
cuando con mi madre anciana
iba de tu altar al pié.
Ella dará á mi canción
aquel sentimiento santo
que encierra su corazón!
No son míos, suyos son
los cantares que te canto!
Ella me enseñó á rezar,

ella me enseñó á sentir,
y, herida por el pesar,
ella me enseñó á esperar,
enseñándome á sufrir.
Siempre tu nombre escuché
unido á sus oraciones;
y tanto en él confié,
que en mi lucha de pasiones
y en las ruinas de mi fe,
se alzaba tu soberano
nombre, siempre bendecido,
con el poder sobrehumano
que tiene el eco lejano
de algún recuerdo dormido.
¿Por qué tuvo el alma mía
por tí tal predilección?
Porque tu fiera agonía
le habló siempre al corazón
y nunca á la fantasía;
porque te ví sola, inerte,
sufriendo el dolor más fuerte;
porque siempre te encontré,
como te soñó mi fe,

compañera de la muerte!
Por eso tú, Madre mía,
cuando la duda sombría
su furor desencadena
é inunda el alma la pena
y el corazón la agonía;
cuando el sentimiento huído
es por la razón domado
y al fin sucumbe, vencido
como roble descuajado
por el viento enfurecido,
tú, en mi duelo asolador
vienes á prestarme calma,
dando alivio á mi dolor,
y el bálsamo de tu amor
infiltras, Madre, en el alma.
Y yo, por eso, te adoro
y en mis angustias te imploro
y á tus fieras agonías
úno las tristezas mías
y con tus pesares lloro.
Que eres, Señora, el mejor
emblema del más allá

á que tiende nuestro amor;
que al cielo sólo se va
por la senda del dolor!

(Madrid, 1880.)





EN LA SIERRA

OTRA vez, Sierra-Morena,
tus altas cimas escalo,
y con tus aires respiro
y con tu aroma me embriago.

Nada de cuanto descubren
mis ojos, está cambiado
de como por vez primera
lo ví, no me acuerdo cuándo.

Guadalquivir, como siempre,
presta vida y savia al campo,
perdiéndose entre olivares,
á lo léjos, en el llano;

en la mitad de la Sierra
las huertas, con sus naranjos
y sus verdes limoneros
y sus rosales tempranos;

y, coronando la cima,
entre robles centenarios,
las casas blancas, asilo
de los pobres ermitaños.

Todo lo encuentro lo mismo:
en la llanura, el trabajo;
el reposo, á media Sierra;
la recompensa, en lo alto.

Todo lo mismo, y no obstante,
noto que te falta algo
de cuanto en tí descubría
hace muchos, muchos años.

Aquel tinte de belleza,
aquel poético encanto,

aquel misterio sublime
de tus bosques perfumados,

todos aquellos deleites,
que yo en mi memoria guardo,
y que aún á veces animan
las horas de mi pasado.

¿Qué pasó en tí? ¿Por qué causa,
por qué movimiento extraño
no eres para mí lo que eras
hace muchos, muchos años?

¿Por qué motivo cambiaste?
¿Por qué misterioso arcano,
que ni tu cambio comprendo,
ni te conozco en tu cambio?

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

Mas no, pensamiento loco,
que vives siempre en el cáos!
¡Nada se cambió en la Sierra:
soy yo solo el que ha cambiado!

(Córdoba, Abril, 1880.)





HARTZENBUSCH

DESDE el oscuro taller
se elevó al patrio proscenio,
amparado por el genio
y su anhelo de vencer.
No se vió desfallecer,
jamás se dejó abatir,
nació para combatir,
combatió para triunfar,
triunfó para trabajar
y murió para vivir!

Hoy, de la piedra mortuoria
que sus despojos encierra

irradia sobre la tierra
el resplandor de su gloria.
Su brillante ejecutoria
está en sus obras grabada;
y, en esa eterna jornada,
en la que termina el hombre,
sólo por ellas su nombre
flotará sobre la nada!

Dénos ejemplo su vida;
y, al cumplir nuestro destino,
no ataje nuestro camino
lo rudo de la subida.
¡Ay de aquel que en la partida
de luchar con fe no trate!
¡Ay del hombre que se abate,
olvidando en su delirio,
que no hay dicha sin martirio
ni victoria sin combate!

(Madrid, 1881.)





MI DESEO

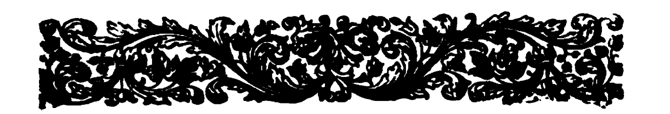
EN UN ALBUM.

VERSOS me pides, y á fe
que hace mucho tiempo ya
que mi musa muerta está,
sin que yo atine por qué.
Pero, teniendo por guía
mi voluntad y tu empeño,
al fin sale de su sueño
la cansada lira mía.
Mas, no hallando nada en mí
que pueda ofrecerte ufano,
con el fervor del cristiano
le pido á Dios para tí,

que por tus horas serenas
se deslicen los pesares,
cual las olas de los mares
sin dejar huella en la arena:
que, en este vaivén incierto,
en que Dios al hombre lanza,
la nave de tu esperanza
bogue de la dicha al puerto,
pues no hay mayor aflicción
que llevar, buscando olvido,
como náufrago perdido
á remolque el corazón.

(Madrid, 1881.)



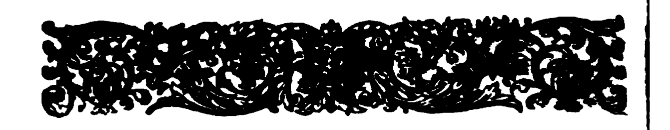


EL AMOR PROPIO

MEZCLA de malo y de bueno
el buen medio es su virtud:
viéndose, al pensar sereno,
que, en gran dosis, es veneno;
y que, en pequeña, es salud.

(Madrid.)





LA LUZ

—

¡Fiat lux! dijo el Señor,
¿y, al punto, la luz se hizo.
De sus ojos al calor
brotó; después, se deshizo
en un mar de resplandor.
Con su lumbre purpurina
tiñó el extenso horizonte:
iluminó la colina,
y la fuente cristalina,
y el mar, y el valle, y el monte.
Por todas partes brilló:
todo el mundo iluminó,
faro de bendito anhelo,
que, estando fijo en el cielo,
al mundo sus rayos dió.

¡Mas ¡ah! no alcanza mi ciencia
cómo, si tan pura esencia
tanto fulgor nos envía,
se halla á veces tan sombría
y oscura nuestra conciencia!

(*Madrid.*)





¡SIEMPRE LUCHANDO!

QUE es preciso creer, nadie lo niega;
mas del mundo en las luchas,
¡cuán pocas son las almas que no pagan
su tributo á la duda!

Lo mismo el sabio, que el oculto arcano
de las verdades busca,
que el ignorante, que, cual planta estéril,
pasa su vida oscura;

tanto el poeta, que crear pretende
un mundo con su pluma,
como el guerrero que tomarlo intente
en la contienda ruda;

la virgen, en sus sueños de inocencia,
al lado de la cuna;
la pobre madre que su vida mide
por sus horas de angustia;

en el mundo, en la celda, en el reposo
de la vida más pura,
no hay un alma, una sola, que se libre
del poder de la duda.

¡Feliz el alma que vencer consiga
en la terrible lucha!
¡Desgraciada, mil veces desgraciada,
el alma que sucumba!

(22 Junio 1883.)



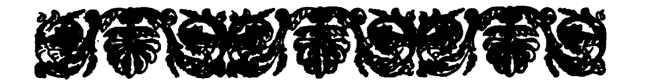


LA INUNDACIÓN

Furioso el huracán las ondas riza
del río, de su cauce desbordado,
que el valle inunda, é, invadiendo el prado,
de estragos y de muerte le matiza.
Convertido en torrente se desliza
hasta que, vuelto á su primer estado,
el valle mismo, que dejó asolado
con sus aguas impuras, fertiliza.
También en el continuo movimiento
de la vida infeliz, buscando el «sea»
se desborda agitado el pensamiento;
destruye, inunda, arrasa; pero créa,
dejando tras las ruinas del momento
los gérmenes de vida de la idea!

(Pau 24 de Noviembre de 1882.)

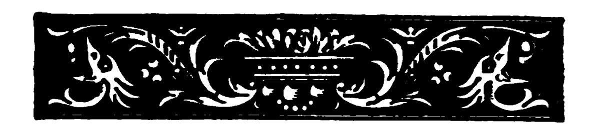




Á ESPAÑA

OTRA vez, fatigado peregrino,
torno á pisar tu idolatrado suelo,
del cual me alejan el rigor del cielo
y la ruda inclemencia del destino.
Pero ¡ah Patria! que este alto en mi camino
mi pena acrece y mi profundo duelo,
pues no hallo en tí lo que soñó mi anhelo
de mi mente en el raudo torbellino.
Pensé hallarte potente é ilustrada,
siguiendo con vigor y paso fuerte
del progreso la senda dilatada,
y te hallo débil, abatida, inerte,
al torpe fanatismo encadenada,
y sumida en el sueño de la muerte.

(Setiembre, 1884.)



EL PENSAMIENTO

En los tiempos de lucha en que vivimos,
de tal modo la fe nos abandona,
que, de una en otra idea, el pensamiento
camina como errante mariposa.

La luz de la razón tiene por guía:
le alumbra á veces como clara antorcha,
y á veces le confunde y le perturba
el humo denso que la llama arroja.

Sin rumbo fijo, ni certeros fines,
perdido entre esperanzas y zozobras,
ni sabe á dónde vá; y acaso, acaso,
el mismo punto de partida ignora.

¡Pensamiento! Tirano de las almas,
mar agitado de revueltas olas:
¿qué hallarás como premio, vida ó muerte?
¿Qué encontrarás al fin, luces ó sombras?

(Madrid, Octubre, 1884.)





CANTARES

—

El día de los difuntos
al Cementerio no voy,
que yo tengo un cementerio
dentro de mi corazón.

Flores y lágrimas ornan
las sepulturas cristianas:
si lágrimas, ¿por qué flores?
y si flores, ¿por qué lágrimas?





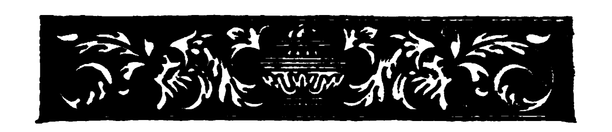
LA REPÚBLICA

Al Excmo. Sr. D. Nicolás Salmerón y Alonso.

No es la impura ramera desgreñada
que, agitando la tea destructora,
ejerce su influencia asoladora
sobre la imbécil turba amotinada;
es la altiva matrona reposada,
que el bien anhela y la virtud adora,
estrechando con mano protectora
de la justicia la luciente espada.
Tal vez el insensato desvarío
á que conduce el interés humano
murallas opondrá á su poderío,
pero todo su esfuerzo será vano;
que al fin la humanidad es como el río,
que, ó se seca, ó le traga el Oceano.

(Madrid, Diciembre, 1884.)





CANTARES

No sé lo que á mí me pasa
con las ojeras que tienes,
que unas veces me disgustan
y me gustan otras veces.

—

Si quieres saber, bien mío,
lo mucho que yo te quiero,
ponte á contar una noche
las estrellitas del cielo.

—

Tu nombre escribí en el alma
y por siempre escrito está.
¿Dónde escribiste tú el mío
que no lo puedo encontrar?

Me gusta el cielo sin nubes
y los mares sin borrascas,
y las flores sin espinas,
y sin ceñito tu cara.

—

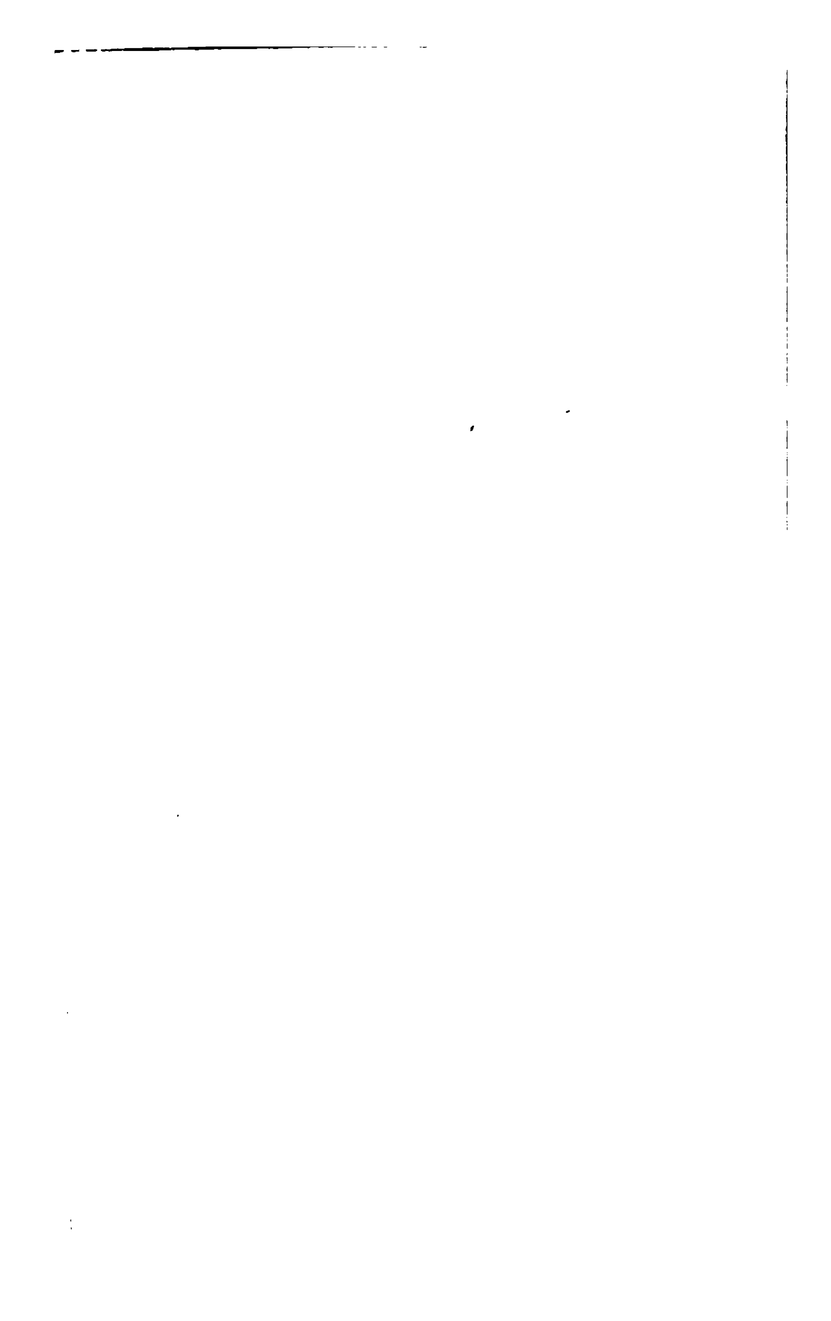
Soy insufrible, soy caprichoso;
por cualquier cosa rabio de celos;
tengo un carácter insoportable,
pero... te quiero.

—

No te incomodes si te armo un lío,
y te amenazo, y... HASTA TE PEGO!!!
. . . .
Son estas cosas muy naturales,
porque te quiero.

(Julio, 1882.)





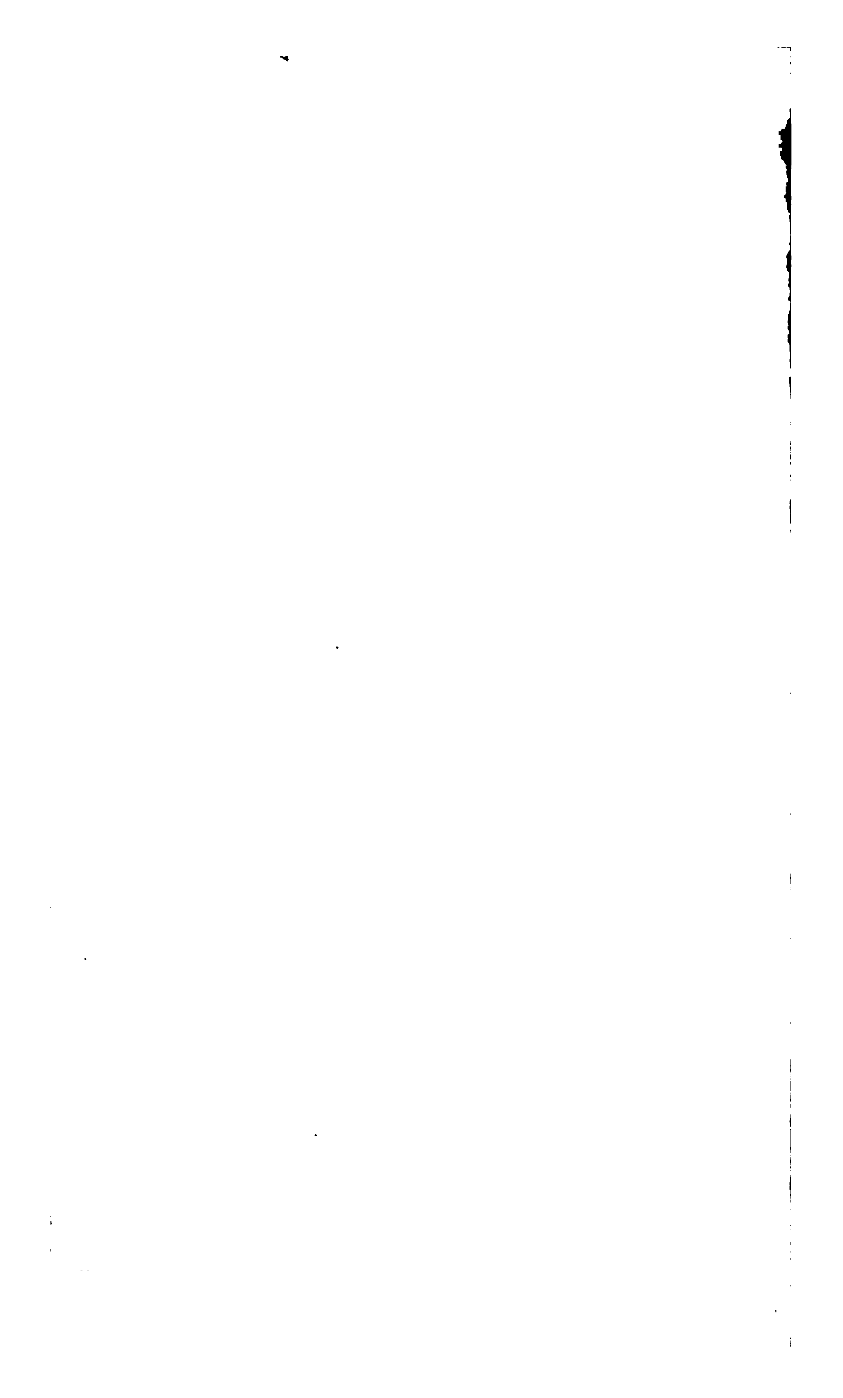
INDICE.

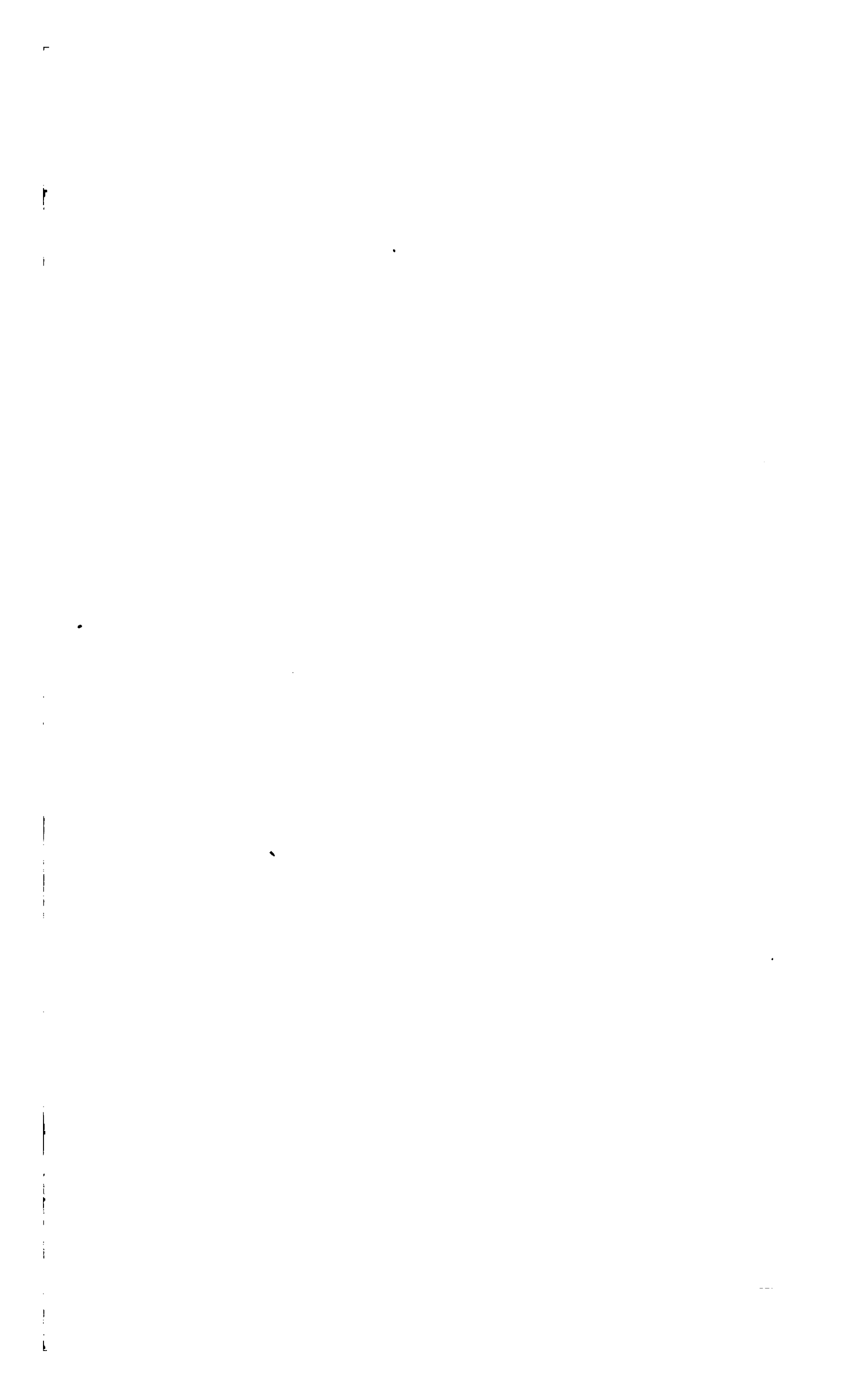
Páginas.

Páginas.

Páginas.







OBRAS DEL MISMO AUTOR.

	Pesetas.
Poesías, primera serie, un tomo. . .	3
Los Dos Alarcones, comedia en tres actos y en verso.	2

En colaboración con D. Carlos Luis de Cuenca:

La Herencia de un Rey, drama en tres actos, en verso.	2
Una Boda en Palacio, comedia en tres actos y en verso.	2
Luchas Heróicas, drama en tres actos, en verso.	2

Con D. Francisco Pérez Echevarría:

El Paraíso de Milton, drama en tres actos, en verso.	2
El Ejemplo, drama.	2
Saldo de Cuentas, comedia.	2
Los Infelices, comedia.	2

